

# *Warmipura*

## Historias cotidianas de mujeres colombianas



**Warmipura**  
Historias cotidianas  
de mujeres colombianas

Compilador/Editor  
AECID Colombia

Ilustraciones  
Diana Pérez

Diseño y Diagramación  
Idea y Recurso SAS



cooperación  
española



Oficina Técnica de Cooperación de la Embajada de España en Colombia

Pablo Gómez-Tavira  
Coordinador General

Fernando Rey  
Adjunto al Coordinador General

Miriam Arredondo  
Responsable de Programa Género en Desarrollo

Begoña Fernández  
Responsable de Proyecto Crecimiento  
Económico para la Reducción de la Pobreza

Mercedes Alonso  
Responsable de Programa Unidad  
de Calidad y Programación

Mercedes Álvarez  
Responsable de Tierras – Sector Construcción de Paz

David Montesinos  
Responsable de Programa Agua y Saneamiento Básico

Diana María Salcedo  
Consultora de Transversalidad de Género

Área de Comunicación Institucional  
Constanza Kahn, Janis Lozano y Juan David Sánchez



Comité de revisión:

Cecilia Barraza  
Consejería Presidencial para  
la Equidad de la Mujer

Paloma Gómez  
Humanismo y Democracia

Laura Quintero  
Agencia Presidencial de Cooperación  
Internacional de Colombia

Diana María Salcedo  
Consultora de Transversalidad de Género

Constanza Kahn, Janis Lozano y Juan David Sánchez  
Área de Comunicación Institucional

Embajada de España en Colombia  
Agencia Española de Cooperación  
Internacional para el Desarrollo (AECID)  
Oficina Técnica de Cooperación  
Carrera 11 A # 93-67 Piso 3  
PBX: (57-1) 7441001  
Fax: (57-1) 7441016  
[www.aecid.org.co](http://www.aecid.org.co)  
[general@aecid.org.co](mailto:general@aecid.org.co)  
Bogotá - Colombia

## Prólogo

La AECID en Colombia, ha incorporado desde 2011 el Género en Desarrollo como una de sus prioridades sectoriales y como uno de los ejes transversales de trabajo, enfocado en la institucionalización y el fortalecimiento de capacidades. Este enfoque transversal de trabajo, busca además la complementariedad de las actuaciones entre los sectores de trabajo priorizados en el Marco de Asociación País.

Este libro y las narraciones aquí recopiladas, forman parte de esas acciones de transversalidad y complementariedad, que se impulsan desde el sector de género en desarrollo con el sector de crecimiento económico para la reducción de la pobreza.

Para la AECID en Colombia, es importante reconocer las experiencias de las mujeres y el aporte que hacen al trabajo de reproducción de la vida y de producción de bienes materiales. A través de esta convocatoria abierta, buscamos rescatar las historias de mujeres que reivindican sus labores diarias desde diferentes escenarios. Su voz y la de muchas otras, están en cada una de las líneas de este libro.

La labor de recopilar estas historias, ha significado revivir cada uno de los momentos por los cuales miles y miles de mujeres en el mundo han pasado. Historias cotidianas que mujeres y hombres desde diferentes visiones han dejado impresas en las páginas de este libro.

La AECID quiere agradecer especialmente a todas estas personas que por primera vez y de manera inédita escribieron historias propias o de otras. De manera especial, reconocer las narraciones de las niñas y los niños de la escuela “Las Mercedes” de la zona rural de Usme en Bogotá; de ellas y ellos, de su forma de ver el mundo y de las reivindicaciones que hacen a la labor de las mujeres surgen las mejores iniciativas para transformar las relaciones desiguales de poder, que impiden el acceso pleno a los derechos de las mujeres y a su ciudadanía.

Esperamos que este libro, las voces, las experiencias y las letras de cada autora y autor, puedan llegar a muchos rincones del país y que se constituyan en evidencia histórica de las constantes transformaciones que hacen las mujeres desde sus vidas y prácticas cotidianas.

**Fernando Rey**  
Adjunto al Coordinador General



# ¿Qué pasaría si yo me muriera?

Laura María Carvajal Echeverry

**E**l domingo al atardecer me espera en el parque de San José, Elvira Rojas, una mujer trigueña, de baja estatura y risa contagiosa. Sin habernos visto nunca, me reconoce de inmediato y me abraza al bajarme de la camioneta que dos horas antes había tomado desde la cabecera municipal de Inzá. Me invita a sentarme en el puesto de comidas donde preparan deliciosas empanadas de pipián, arepas de carne, tamales, avena y tinto. Desde hace varios años Elvira, junto a sus compañeras del grupo de mujeres de la vereda han mantenido esta actividad para conseguir los ingresos con los que han conseguido un terreno colectivo en San Martín, una vereda cercana.

Ella me dice un tanto angustiada: —Hoy le toca quedarse donde Damaris porque mi familia llegó de sorpresa de Popayán, pero no se preocupe que ya hablé con ella para que la reciba—. En medio del bolate en que Elvira andaba me encuentro con Damaris, una hermosa y sonriente mujer de 30 años, quien fue anteriormente la Coordinadora del grupo de mujeres. Caminamos juntas hacia su casa que queda arriba de la capilla. Luego de presentarme a sus dos hijos y a su hija me lleva al cuarto donde me hospedaré por un par de días.

El lunes en la mañana me informan que no habrá trabajo comunitario en la tierra de San Martín, entonces llevo a la casa de Elvira. En la cocina, en el segundo piso, ella ya ha trajinado bastante. Al amanecer se levantó; dio de comer a las gallinas; se arregló; hizo el desayuno para sus familiares de Popayán, a María –su suegra, a quien ella llama La Abuela–, a su esposo Luis y a su nieto Camilo, hijo de su hija Lucía, quien se ha ausentado para realizar una pasantía. Elvira me invita a tomar tinto y a desayunar mientras ella corre de un lado al otro ante los ojos de María y los míos. La gallina del almuerzo la tiene lista para ponerla en agua hirviendo y pelarla. María, quien tiene más de 80 años, suele observarla sentada en un banco cerca al fogón mientras

trabaja en la casa; en ocasiones le ayuda a cocinar, a lavar los platos, a hacer algunas labores de limpieza,—como cada una tiene su forma de hacer las cosas es gracioso escucharlas discutir sobre cuál es la manera correcta—. A María le gusta también preparar el café para la familia, le gusta pillarlo, soplarle los restos de cáscara, tostarlo y molerlo.

Los visitantes se han ido con Luis a la finca, a unos 15 minutos de camino, si en unas horas no vuelven Elvira deberá llevarles el almuerzo.

En la tarde Elvira me lleva a conocer la finca donde trabaja con su esposo, propiedad de María —la Abuela—, donde aprovechamos para coger café. Elvira también es propietaria de un pedazo de tierra heredada de su padre. Según me cuenta, la repartición de la tierra fue inequitativa entre los hermanos y hermanas de su madre y ella nunca tuvo tierra. En la finca, la cogida del café no nos rinde, la mayoría está verde y debemos explorar cada cafeto buscando las pepas amarillas o rojas y echarlas en el coco, —el recipiente que se amarra a la cintura para ir guardando el café que se coge—. No rinde el trabajo, pero sí la conversa. Elvira me cuenta cómo le fue en Bogotá, por esos años en que trabajó en casas de familia para darles el estudio a sus hijas e hijo en La Plata. Para ella fue una buena experiencia, pues los patrones le daban un buen trato.

—El trabajo de la cocina es de todos los días, uno no tiene descanso y además toca hacer el trabajo material, ayudar a trabajar, a coger café, desyerbar las matas de yuca, sembrar arracacha... a mí me gusta sembrar cuando arranco arracacha o yuca, para no quedarme sin nada. Para mí es raro descansar, el domingo también trabajo pero en el chuzo de las empanadas y la avena. Descanso cuando hay comité de salud, las compañeras nos dicen que no hagamos nada porque ellas van a trabajar. Ese es el único día que me puedo levantar tarde, a las 8:00 a.m., y a esa hora las gallinas están con hambre, pican la puerta para que les dé comida. Creo que una de esas fue la que nos comimos hoy. Después de eso me levantó y se me quita el sueño, me pongo a hacer el desayuno y la comida pero cuando estamos trabajando se nos embolata la comida, entonces solo hago café.

— ¿Y Don Luis no hace comida?

—No, no hace porque le da pereza. Él nunca cocina y Lucía está ocupada con el niño los domingos, le da al niño algo de comer de lo que nosotras hacemos en el chuzo.

En uno de los únicos momentos donde nos podemos sentar exclusivamente a conversar me relata sobre el día en que murió su padre; él llevaba bastante

tiempo enfermo y tenían que turnarse entre los hermanos y hermanas para cuidarlo. En ese proceso Elvira debía irse un par de días para cuidarlo a la casa de su hermana Lucely, y se devolvía rápidamente para realizar las actividades de mantenimiento de su casa. Por las circunstancias su esposo, Luis, la dejaba salir por más tiempo a pesar de que no le gustaba que permaneciera fuera de la casa.

—A mí me tocaba ir hasta las ocho de la noche, cambiaba el turno con un hermano que se quedaba hasta la medianoche y después yo volvía. Cuando mi papá descansaba yo dormía y me iba para la casa a hacer mis quehaceres, preparaba la comida antes de salir nuevamente. Así duramos casi un mes con mi papá enfermo. Al final me tocó a mí sola. Era un día de trabajo y había harto café, eso fue un miércoles, estaba Trinidad, mi hija; Lucely tenía que dejar almuerzo a los trabajadores de una junta por ahí cerca.

A las 11:30 a.m., mi hija, Trinidad, empezó a arreglar la loza para llevarles almuerzo a los peones de la junta. Le comenté a Trinidad que me iba para la casa porque debía darle de comer a las gallinas, además Luis se había ido temprano a la finca y le había asegurado que iba a madrugar para alimentar las gallinas, pero no pude madrugar. Entonces le dije a Trinidad que se fuera con Lucely a ayudarle a bajar el almuerzo porque yo me iba y en ese momento mi papá ya estaba en agonía. Cuando se fue Lucely mi mamá salió de la casa a traer unas mazorcas mientras yo seguía haciendo oficio, estaba sacando una ropa y no dejaba de mirar a mi papito. Ese día él tenía los ojos abiertos, pero siempre permanecía con los ojos cerrados. Me llegó a la cabeza el pensamiento de que algo iba a pasar. Mi papá intentó hacer un ruido, tosió duro. Entonces yo me asomé, corrí una cortina y vi a mi papá con los ojitos abiertos moviendo la mano como saludando. Le cogí la mano y me la apretó duro, de pronto vi cuando abrió los ojitos y los fue apagando. Me puse a rezar y no hice nada más. Cuando no me aguanté me puse a llorar y mi mamá me escuchó, le dije que él había falleció. Ella salió corriendo a llamar a mi hermano y él llamó a Lucely, se vinieron todos con los trabajadores que por la angustia no comieron nada. Botaron el arroz, que era con yuca y carne, echaron todo en una bolsa y salieron corriendo, y no hubo trabajo ni nada. Todos se fueron para la casa. Mi papá tenía 82 años cuando falleció.

Elvira me cuenta esta historia mencionando cada detalle sobre las actividades que realizaba ese día. Me inquieta su preocupación constante por atender las múltiples necesidades de los seres vivos que la rodeaban: las gallinas que debían ser alimentadas, la cena de su familia en su casa, el almuerzo de los trabajadores, la ropa que debía ser lavada, la agonía de su padre, el velar por la tranquilidad de su madre en medio de la situación. Pienso entonces

en la experiencia de semejante acontecimiento desde la permanencia de lo cotidiano y desde la noción inquebrantable de responsabilidad frente a las y los otros. Seguimos conversando y, más adelante, cuando le pregunto acerca de lo que le gustaría contar sobre su historia, me dice:

—A mí me gustaría hablar de lo que le toca hacer a uno, del trabajo que toca hacer, porque si no lo hace uno quién más lo hace. Me pregunto ¿Qué pasaría si yo me muriera?, ¿Qué sería de Luis y la Abuela?, ¿Cómo harían ellos sin mí?

Es ella quien me hace preguntar ¿cómo se crea y se perpetúa este sentido de obligatoriedad del trabajo que mantiene la vida?, ¿Cómo se vuelve natural, incuestionable e inquebrantable la exclusividad de las mujeres en el cumplimiento de esta responsabilidad? y ¿Dónde sitúa ella sus emociones, sus deseos, su necesidad de ser cuidada también?

# Una terrible noche

Liliana Paola Dorado Arboleda

Aquella noche triste, Sara continuó viendo como los jóvenes parecían borregos repitiendo mecánicamente las órdenes que de arriba les impartían y pudo ver más allá: los cerebros vacíos de las personas adultas que los llenaban poco a poco de un producto llamado resignación e incluso vio como a través de una poderosa y moderna máquina les quitaban el corazón, pero lo más grave es que presencié cómo muchos niños y niñas gastaban su preciosa juventud frente a un cajón –que ya no era tridimensional, era más bien plano–, que les decía: cómo debían actuar, qué debían hacer y qué debían sentir. Sara sintió cómo un escalofrío invadía todo su cuerpo mientras deseaba que todo eso fuera sólo una mala jugada, pero ellos y ellas seguían allí, oyendo que ya todo estaba perdido.

A medida que pasaban los segundos la escena se recrudecía más y más, eran más los jóvenes borregos, más los adultos sin cerebro y sin corazón. Cuando se percató que eran más los niños y niñas que iban al des-peñadero sintió cómo un calor profundo le invadía todo su cuerpo, como pudo respiró profundamente, tomó fuerzas y se despertó. ¡Sí, se despertó! Cuando estuvo más tranquila supo, sin haberse levantado de su cama, que todo había sido parte de una terrible pesadilla y esa mañana se levantó con ganas de continuar con su labor de maestra, de seguir contagiando a más personas de sus deseos de hacer las cosas diferentes, de entregar todo desde su corazón y su experiencia para que un grupo de chiquitos aprendan en aquella sencilla escuela mucho más que leer y escribir. Se levantó con ganas de que en aquel territorio indígena en el que trabajaba, el destello de luz que desprendía de aquellos niños y niñas se pudiera traducir en la ilusión de un presente mejor, para beneficio de una comunidad que lo necesitaba y de una madre tierra que estaba clamando para que sus hijos no se olvidaran de ella.

# *La cosedora de redes*

*Esperanza Cerón Villaquirán*

**P**aulina no alcanzaba a sus 9 años el pedal de la máquina Singer aunque había ganado la habilidad de juntar las telas de popelina y trazar una costura recta. Oficio que su tío le enseñó pacientemente el mismo día que las monjas la echaron de la escuela por su incapacidad para recitar los mandamientos, obedecía a su condición de hija natural, como llamaban a los hijos de uniones no bendecidas. En realidad, su alma campesina criada entre indígenas estaba ligada a otra idea de lo divino.

Todo sucedió ese mismo año, cuando llegó al pueblo con su madre y hermano desplazados por la violencia que su padre enloquecido por el alcohol les había causado. Pasó de la vereda a una pensión estrecha, entró y salió de una escuela donde sacaba sobresaliente en todo menos en catecismo, le tocó huir varias noches del barrio por la amenaza de las matanzas desatadas después del asesinato de Gaitán. Su primer descubrimiento político ocurrió allí, al parecer ella y su familia eran liberales y debían escapar de los conservadores. Lo paradójico era que en el pequeño pueblo los liberales remendaban, cocinaban, armaban muebles y hacían toda clase de oficios para los conservadores.

Atada a la máquina Singer fue pasando su adolescencia, siempre con hilos colgándole del pelo y de la ropa, hasta que conoció a mi padre. Un hombre deslumbrante, inteligente, sindicalista metido a poeta, que la hizo caer redonda; inspirada por las películas mexicanas en blanco y negro donde la chica esforzada al final era feliz. Fue pariendo, a intervalos de amores y maltrato, a tres hijas, hasta el mismo día que estalló casi al frente de su casa un camión de pólvora que dejó un enorme hueco en las calles de Cali y en su corazón.

Harta de violencias, enamorada de sus hijas les prometió que ellas jamás repetirían su historia. Regresó al pueblo dispuesta a emprender otra vida,

pero a mediados de los cincuentas las mujeres no hacían eso, así que tuvo que arrastrar por varias décadas la condición marginal de mujer desobediente, de mujer que no quería tener un hombre.

Así que, sentada en esa máquina crió hijas propias y ajenas. Sin salir a buscar llegaron a su casa parientes desahuciados, primas caídas en desgracia de otras malas relaciones, campesinas desplazadas de otros conflictos en el Cauca, personas con problemas que se quedaban por semanas, meses o años. Todo esto mientras cocía pacotilla desde las 4:00 a.m. hasta casi media noche para algún empresario caleño que le pagaba puntualmente mal.

Allí sentada ordenaba la casa, criaba perros, gatos, loros y matas, todos ellos objeto de sus comentarios y quejas mañaneras: – que allí no te orines, que como te vuelva a encontrar piojos te arranco todas las hojas, que ya están las arepas, que báñate rápido...-. Allí sentada recetaba remedios para la vecindad, ponía inyecciones, abrazaba a los que venían a llorarle, acompañaba a las amigas que abortaban, nos advertía sobre jamás señalar a nadie como ladrón, puta o marica.

Allí sentada cantaba tangos y boleros y de vez en cuando su voz se hacía tenue mientras cierta humedad se reflejaba en sus ojos, que al cruzarse con los míos se iluminaban para no mostrar tristeza. Yo no lloro, decía, yo ya lloré todo lo que me tocaba en toda la vida.

Y allí sentada, cosió sin proponérselo una red de vecindad, de solidaridades que aún la rodean; ni un solo día de su vida ha estado sola. En los peores momentos ha llegado alguien a retribuirle su generosidad. A sus ochenta y tantos años sigue siendo el soporte emocional de sus vecinas y familia extendida. Todos volvemos a ella cada día reverenciando su sabiduría, trabajada en resistencias a todos los poderes patriarcales: la iglesia, la escuela, la calle, los empleadores... Ella es para nosotros la flor del trabajo, de la ética del cuidado.

El trabajo para ella fue su redención y la nuestra. Trabajar fue su camino de la autonomía, jamás se fue de vacaciones ni obtuvo una pensión. Su vida es la vida de tantas campesinas arrojadas a las ciudades. Su vida es la reverencia y el homenaje a las mujeres anónimas que sostienen este país.

# Costuras y Margaritas

*Julieth Alemán Yepes*  
Para mi abuela

**D**e nuevo sale el sol, todos los días parecen repetirse, es así como comienza la jornada de trabajo para tener un plato de comida caliente. Margarita se ducha rápidamente, sale de la casa con sus tres hijos, los deja en la puerta del colegio y ella sigue para la fábrica.

Su lugar de trabajo es gris, casi parece una celda, es poco el aire que recibe y la luz... mejor no hablemos de la luz. Empieza arreglando uniformes, luego los dobladillos, pega hasta 50 cremalleras y deja el molde del vestido listo para mañana. ¡Ah, esas manos! Antes en el pueblo esas manos eran admiradas; en el pasado Margarita fue profesora y allí era feliz, pero como son las cosas duras y difíciles de la vida, el padre no la quería ver de maestra e Ignacio, su novio, estaba pidiendo su mano constantemente.

La vida no le fue muy justa, pues al marido se lo mataron los malos, se olvidaron que ella tenía niños y los dejaron sin nada. Pero como buena mujer de campo ella se levantó, vino a la ciudad y trabajó en todo cuanto pudo, el empleo de modista le ayudó para poder mantener la familia. Las jornadas eran agotadoras, y ella misma se sorprendía de resistir tanto: trabajar de madrugada, cortarse con las tijeras, pasarse la aguja de la máquina por la uña, sus manos se ponían a veces débiles pero ella sabía muy bien que tenía que alimentar tres bocas con esas manos tan maltratadas.

Los días pasaban y todo era incierto, algunas veces se permitía respirar un poco por la ventana pequeña de su taller, en otros momentos anhelaba estar jugando con sus hijos; remendaba y pegaba botones con el mismo entusiasmo de una madre que sale al sol para ver a sus pequeños correr un domingo. Experimentaba esas emociones, confinada en ese mundo donde sólo ella conocía sus secretos.

La soledad en la ciudad – y en esa fábrica en especial– era demasiado pesada; el ambiente frío a veces le congelaba los dedos y coser se hacía demasiado difícil, una gota de sangre era un acto bárbaro pues es el traje de otro el que hace, todo debe ser impecable, todo debe llevar un acto de paciencia y sacrificio pues así lo demandaba esa sociedad nada protectora con las madres solitarias.

Su máquina es su amiga, en ella pasa las horas, vuelve una y otra vez a recordar la razón de su vida: los hijos bonitos que Ignacio le dejó. Aquellos días el lugar de trabajo no es gris, al contrario, una ola de colores y olores la abrazan, vuelve y retoma esa vida pasada, vuelve a acordarse del río en donde se bañaba, los árboles de mandarina y naranja donde le gustaba treparse, donde le enseñó a sus dos hijos mayores a subirse para saciar la garganta seca. Esos días en donde ella no conocía un arma, un golpe, una muerte que la dejara tan cansada y tan llena de tristezas.

Pero no todo es malestar en su vida, pues Margarita cuenta con sus tres luces, y en medio de su inocencia, ellos la miman, la tienden de besos, le curan las heridas del alma y las heridas físicas. Saben que Margarita hace todo por ellos y viceversa.



La nostalgia del pasado alimentaba la imaginación de Margarita, contándole su vida a sus hijos mantenía la memoria fresca; además, para ella era un privilegio tener a esos tres niños, pues ellos eran los que más la adoraban, la llenaban de besos y de esas caricias que traspasan cualquier herida.

Margarita vuelve a esa pesada máquina. Crak rak crak, dobladillo, botón, cremallera, corta, cose, quita y arregla, ésta es la vida que lleva, la que por infortunio le tocó vivir en ese presente.

Margarita retoma su pedal y va contándome su historia.

La tela blanca se está deslizando en mis piernas, ella me mira con esos ojos maternos que tantas noches se quedaban fijos a la aguja y el corte, va trazando con el hilo y el pedal esa historia de ayer, esa aventura que le hizo cambiar. Entre cada sonido que produce la máquina, Margarita continua narrándome su vida, yo la miro atenta porque quedo fascinada con esta nueva heroína que se me presenta, me olvido por un segundo que es mi abuela y la imagino gigante con su máquina, tratando de vencer todas las maldades del mundo. Crak rak crak.

# *Es un día normal*

*Claudia Liliana Faria Castellanos*

Cinco de la mañana suena el reloj y es hora de levantar a los niños, hacer el desayuno, preparar la lonchera, sacar los uniformes limpios, peinar a la niña y lustrar los zapatos del niño. Faltan 10 minutos para las 6 a.m. todos salen de casa, debo sacar la basura, hacer las camas, arreglar la cocina, y mientras se está haciendo el almuerzo, echar la ropa a la lavadora, bañarme y arreglarme. Mi salario no da para pagar los servicios de una empleada. Salgo a las 7:30 a.m. no sin antes responder dos correos y hacer algunas llamadas, por cierto olvide desayunar debido al dolor lumbar que vengo presentando hace dos semanas, junto con una hemorragia que parecía periodo pero se alargó más de lo normal, esto consecuencia de mis viajes en moto a diferentes veredas de la región. Es así, como me gano la vida, llego al sitio pactado para asistir a una reunión que apoyar un proyecto productivo, hace parte de mi trabajo pero esta labor no es remunerada, acaba la reunión y encuentro cinco correos, debo irme rápido pues la buseta que va para la siguiente vereda me deja y no quiero seguir montando en moto. Culmino con mi trabajo, y ya son las 5:00 p.m., el clima está lluvioso y pido al conductor de la moto tener cuidado de no caerme, al llegar a casa 7:30 p.m. me esperan mis dos hijos de 8 y 10 años con tres tareas, loza por lavar, comida por hacer, y un esposo que llega a ver televisión y pide “retribución amorosa” por su ayuda del día –sirvió el almuerzo a los niños.

Termina todo en discusión cuando le recuerdo mi problema de salud, siendo las 11 p.m. aun reviso informes y alisto lo del siguiente día, y así pasa la semana. En uno de esos viajes de más de una hora, de los cuales me gasto 45 minutos en moto, pienso en que para qué nos liberamos las mujeres: antes debíamos estar pendiente de la casa y los hijos, ahora del trabajo, el jefe y el marido. Las responsabilidades se triplicaron, la salud empeora cada día, y liberamos a los hombres, pues ellos siguen sólo realizando la misma labor con la diferencia que la mujer le colabora con la mitad de los gastos y todas las responsabilidades del hogar. ¡Que viva la liberación femenina!

# El novenario

*Pablo Iván Gálvis Díaz*

**A**l abrir el sobre, en un trozo de papel amarillento, leyó: -Ofelia, mataron a González en Villa Caro... Lo siento, Nina.

Miró que la sombra aún no pisaba la segunda línea blanca en el suelo de la cocina, pero sin importar mandó los niños a sus casas. Y el alma se le desmoronó en mil pedazos. Pensó en correr y transitar nuevamente las doce horas de camino, pero la costumbre a lo inverosímil y el deber de maestra no le permitían esos arranques, así que determinó hacer un duelo de nueve días, uno por cada año de noviazgo.

El primer día no vistió de luto, pues los únicos tres vestidos que tenía eran azul cielo, amarillo y de flores de colores, y los usaba en los días de fiesta o en el domingo de pascua. Así que se puso una cinta aislante en el brazo izquierdo y recordó la última vez que lo vio junto a las mulas llevando sus baúles y rumbo a Sardinata, el día de su último traslado. De camino al cementerio lo siguió con la mirada, desde la vitrina de su tienda, entre pan de hojita, panelas, huevos y pedazos de periódicos en los que venían envueltas las lozas para la venta, las ollas, las cucharas, las vasijas y las pailas que dieron origen a su afición por la lectura y en las que Ofelia releía noticias viejas sobre matrimonios elegantes que la hacían suspirar y otras sobre policías asesinados que la entristecían y la hacían pensar en él. Recordó nuevamente su porte, su dignidad, su estilo incluso al momento de partir. Lo extrañó por entre el jardín de la tía Josefa, su figura se perdía entre las pencas de sábila, las rosas, las orquídeas veraneras y las chocolatas florecidas. Ofelia recordará siempre ese pensamiento que tuvo cuando lo vio por primera vez: -Será un buen marido para mi hermana Nina-. Desde lo alto de un árbol de guayaba, lo ve desaparecer entre la neblina, y suspira presintiendo en su interior que la vida no le dará la oportunidad de mirar su rostro nuevamente.

Llega la noche y olvida rezar. La rabia del amor perdido le enmudece la fe.

Al amanecer el canto de los gallos borró las líneas que González le había marcado en el piso de la cocina, donde la sombra del techo indicaba las horas en que debía sacar a los niños a descanso y cuando se culminaba su jornada escolar. Ofelia recordó esa primera visita de González a este lugar olvidado por la distancia, la soledad y el abandono, donde su vida se repetía cada ocho días así: los lunes en la tarde se bajaba a la quebrada a lavar ropa y en la noche llegaba la visita ineludible con el más allá. Los martes llegaba el correo. Los miércoles visitaba a doña Olga y tomaba chocolate con leche. Los jueves, día de asueto, dormía una hora más atrasando el hambre. Los viernes preparaba las clases de la próxima semana y calificaba los cuadernos. El sábado emprendía el camino a su hogar y los domingos... eran domingos. Esa visita le había traído la certeza de que estarían por siempre unidos.

Bajando hacia la quebrada, se encontraba una roca gigante, con la figura de una india, donde doña Olga le había dicho que los jóvenes que se sentaban juntos sobre esta piedra a mirar el río se casarían y serían felices. Inés nunca se sentaba sobre esa piedra pero con tiza le hacía la sonrisa a la india, el cabello, el ombligo y le ponía diferentes vestidos. Los jóvenes del caserío la invitaban a sentarse y ella se rehusaba siempre. Esa tarde de mayo en que González llegó a visitarla. Ella, sin pensarlo, lo invitó a que contemplaran el atardecer desde aquella roca, sintiéndose siempre vigilada por el ojo inquisidor de doña Olga. Él, inocente de todo, la vio reír y escuchó como siempre sus historias, sus tristezas familiares, los chismes del pueblo y de la vereda o de las amigas del hogar en villa Caro; los comentarios sobre cada niño y sus dificultades o avances en la escuela, y el bla, bla, bla que lo enamoraba cada vez más. Sin comprenderlo, la sintió más cariñosa y alucinante que nunca. Se atrevió a rozarle el dedo meñique. Y mirándola de reojo, con su vestido azul cielo y sus mangas hasta la mitad del antebrazo, pensó en pedirle matrimonio.

Llegó la noche y no agradeció nada, pues la certeza de una vida en soledad le arrebató la conciencia.

El tercer día, ayunó, aunque su vida era un ayuno continuo. Esa mañana de abril se limitó a sorber dos tragos de agüapanela, el pedazo de chocheco y el triz de carne seca los dejó para el almuerzo. Esa mañana lo recordó, pues González era impredecible siempre y lograba arrebatarle el corazón en las condiciones más extremas. Como aquella mañana de navidad donde a fuerza de sueño por dormir a sus ocho hermanos para mitigar el hambre, escuchaba caer una brizna de lluvia sobre el tejado de zinc. Parecía una navidad corriente, de hambre, angustia, silencios, nostalgias y envidias por saber que les había

traído el niño Dios a sus vecinas: vestidos, juguetes y tamales. Ella, pasando saliva, sentía lo injusto de la vida para con su prole y le reclamaba al niño Jesús no conocer su dirección. De pronto, Ernesta, su madre, abre la cortina, le toca el dedo gordo del pie izquierdo y le dice:

—Ofelia, levántese, que llegó Gonzales a visitarla. —Lo miró sonriente.

Llevaba un costal de fique lleno de bastimento y en la otra mano dos gallinas criollas. Inmediatamente despertó a sus hermanos Norberto y José, quienes se fueron a buscar la leña; Nina y Elena corrieron con tinajas de barro a traer el agua del pozo del pueblo.

Aminta y Alicia entretenían a Gonzales con la poesía del cucarrón marrón en la ventana. Ernesto y Silverio dormitaban en la estera junto a la cocina. Ernesta, con Jorge en su vientre, miraba a Ofelia tan inalterable e inalcanzable para González, que en silencio adoptaba a este buen hombre como hijo de sus entrañas. ¡Qué navidad! llena de alegrías, de cánticos, poesías, de gusto en la boca de un sancochísimo de amor.

Llegó la noche y desechó la compañía de las ánimas, pues con la muerte del hombre que le traía magia a su vida perdió el sentido de lo trascendente, de lo esotérico y del allende.

El cuarto día, sábado, no emprendió el camino a su pueblo, no cruzó treinta y cuatro veces la misma quebrada, no penetró el bosque lúgubre lleno de espantos, animales peligrosos y misterios. Tampoco repitió la oración que le enseñó su padre, para espantar animales salvajes: —¡Detente animal feroz! Inclina tu barba al suelo, primero Cristo que vos—, y tampoco la recitó a la entrada del bosque, donde combatía con espíritus malignos que la espiaban y la seguían camino de la escuela. Ni la recitó para detener los feroces perros de la hacienda Naranjales, que en sus fauces habían devorado terneros, ovejas, y perseguido muchas personas. Se quedó encerrada en su escuela, no abrió puertas ni ventanas. Sentía que el aire le pesaba, que la luz la desasía en nostalgias, que el contacto con la vida le era irresistible, que no soportaría la travesía del viaje, y lo peor, que a la llegada a la Victoria, su pueblo, no podría dejar de mirar ese poste de luz en medio del parque que le recordaría aquella noche en que González, con la picardía a flor de piel, la invitó a agarrarse de su mano y sentir el pasar de la corriente en el único poste de luz que iluminaba la penumbra del parque central. La Victoria, pueblo perdido en la montaña, con dos calles empinadas y un pequeño valle, fue testigo de aquella noche mágica de unión de manos y pícara acción, pues Gonzáles sabía que los observaban detenidamente. Fue una experiencia maravillosa para Ofelia, no sólo porque

sintió el cosquilleo de la electricidad en los dedos, en las manos y en el brazo, sino porque sintió por primera vez en el vientre un millar de mariposas que des-pertaron sin control.

Luego vino el reclamo de su primo Vicente, que los estaba mirando desde la esquina del comando de policía, pues él se pavoneaba por todo el pueblo diciendo que ella era su novia y que, en poco tiempo, sería su esposa.

Llegó la noche y perdió la memoria, pues esa noche no la arrulló el recuerdo del roce de sus dedos con González ni el sabor de ese beso robado que González se atrevió a darle una noche en la tienda, mientras ella le vendía media libra de café, excusa que se inventó ese día para verla.

El día siguiente, como era primer domingo de mes, el padre Baudilio iría a la vereda a celebrar la misa. Ofelia preparo a los niños con los cantos:

*Vienen con alegría*

*Un mandamiento nuevo*

*Más allá del sol.*

*Es María la blanca paloma*

Resonaban las voces mientras el pensamiento de Ofelia se perdía en la tragedia de no haberle hecho caso al padre Baudilio, que la miraba con desdén al enterarse de su propia boca de la muerte de González. Ella desconfiada por casarse con un policía, que en cada pueblo dejan un amor, le había contado a su confesor esa preocupación. Éste le encargó que enviara a González para entrevistarlo. Al verlo entrar al despacho parroquial, reconoció ese joven que diariamente ingresaba a misa de seis de la mañana y que comulgaba con tal piedad.

Luego de una charla amena, de ires y venires, de historias insólitas y de derroteros compartidos, amenizada por una botella de Ron Cacique que consiguieron no se sabe de dónde, el confesor llamó a la señorita Ofelia y le ordenó que organizara el matrimonio cuanto antes. No sólo atraído por la seriedad, generosidad y postura de Gonzales, sino por la edad de Ofelia, que ya estaba al borde de quedarse a vestir santos. Ofelia, preocupada por la vida de sus hermanos sin casa, sin estudio y sin comida; por la de su padre pudriéndose en una cárcel, y la de su madre, abandonada por la familia, la religión, la sociedad y la política decidió esperar aún más.

Llegó la noche y al retroceder su vida y no encontrar más alivio que las gotas de amistad escritas en papel, que cada mes recibía en sus manos, perdió la esperanza.

Como es costumbre en su familia, este día visitó a los muertos. La devoción por las ánimas del purgatorio le llegó como entre las venas de su abuela María Jesús, quien de niña tuvo una experiencia mística: Una madrugada, al abrir los ojos escuchó el repique de campanas – din don, din don, din don, tan, tan, tan– y reconoció el deje (último campanazo que indica que se deben parar los quehaceres y el trabajo porque la misa empieza). Ella, adormecida, se colocó el vestido, las alpargatas y corrió a la iglesia del pueblo. Allí se encontró con que en el lugar no había un cristiano más. De la prisa se le olvidó ponerse el velo sobre la cabeza. Una señora, dueña de una palidez inaudita, le hizo señas para que saliera de la capilla por no llevar el velo. María Jesús hace caso, se voltea para ponerse el velo y cuando vuelve la mirada al templo, se da cuenta que las puertas están cerradas y la estremece un silencio profundo. Reconoce que el sonido de las campanas y que el deje la han engañado, se percató de que la han llevado a un encuentro con el más allá. Desde esa madrugada, María Jesús hizo voto de visitar todos los lunes el cementerio y agradecer a las ánimas del purgatorio por ese encuentro inverosímil; incluso, comprometió hasta la quinta generación de mujeres de su estirpe con ese ritual sagrado. Así que Ofelia, esa tarde, pasó por el hueco de la pared del cementerio, volvió a las tumbas de ensueño y pidió por el alma de su amado González.

Las palomas sobre las tumbas, la necrópolis en todo su esplendor, los murmullos de las abuelas en las tumbas aledañas, el cuchicheo de las oraciones, las historias de ultratumba que le contaba su abuela, la consigna de cumplirle todo lo que se promete a las ánimas –pues si no se les cumple ellas toman venganza–, la tristeza de saberse sola en este mundo, sin la persona a quien debía entregarse por completo y la desilusión de no haberle podido decirle que –Nueve años fueron un ayer que ya pasó– la condujeron a hacer una visita y a esperar la hora de las ánimas a las tres de la mañana, para intentar increparlas por la muerte de su González.

Llegó la noche y el alba se asomó. El aullido de los lobos al filo de la montaña ya no atormentaron la noche. Ni la imagen de hombres armados, azules o rojos, pasando junto a la puerta de la escuela le hicieron estremecer el cuerpo, había perdido el miedo.

El séptimo día no escribió ni una palabra, incluso el tablero permaneció en blanco. Los niños extrañaron los trazos blancos de las líneas que dividían el tablero en tres. No se vislumbró la frase diaria en lo alto del pizarrón que

iluminaba la clase. Ella no escribió nada, pues solo podía pensar en la carta de González donde le decía que terminarían y que ella no lo amaba. Una vez sellado el sobre y mientras veía al cartero alejarse por el camino real, en su corazón empezó a labrarse un sentimiento tan fuerte que echó a llorar durante tres días. Luego sintió por primera vez en su vida lo que era el amor: un dolor en el pecho que no deja respirar, una tristeza en la mirada que no se oculta con nada y un sinsabor en la boca que no permite degustar ni el más dulce de los manjares.

Tres años pasaron sin saber noticias de González. Que se había casado, le dijo una amiga. Que había perdido el juicio y se lo pasaba de cantina en cantina, le susurró su primo. Que la odiaba con el alma por no tener la valentía de haberle dicho en la cara que no lo amaba, pensaba Ofelia en su interior. Que no se había casado, que la esperaba con el alma en las manos, que no había creído ni una letra de aquella carta, que los dedos se le tulleron de no escribir, que el diccionario se destruía de tanto polvo y telarañas, palabras que le escribió su hermana Nina en otro papel amarillento al ver por azar a González en un pueblo de calles polvorientas, de cantinas bulliciosas, de muertes inhóspitas. Al otro día, Ofelia recibía nuevamente una carta con hojas de bordes de colores, con una letra impecable, con ortografía de Nobel, y con la transparencia del riachuelo que bajaba del páramo. Y siguió con su vida como si hubiesen sido tres días de ausencia. Eso es el amor.

Llegó la noche y le importó poco que sus estudiantes caminaran hasta cuatro horas para llegar a la escuela, que pasaran el día sólo con el sorbo de aguapanela, que en la madrugada tuvieran que recibir a sus madres después de recoger la leña, que llegaran descalzos y con chiros de ropa sobre sus esqueléticos cuerpos. Ya había perdido la misericordia.

El octavo día guardó silencio. Los niños se aterraron de las señas que hacía, de la parsimonia de sus ademanes, de las miradas de angustia, de rabia y de ternura. Sus ojos café claro, entre sus pestañas largas y encrespadas dejaban ver su alma dolorida. Ese día ni siquiera tocó el timbre para anunciar los cambios de clase, ni permitió que los niños hablaran entre sí, de tal manera que la escuela se sumió en un silencio sepulcral, tan así, que los campesinos que pasaban junto al lugar creían que no había nadie. Guardó silencio en recriminación a todo lo que le había quedado por decirle a Gonzáles: Que estaba dispuesta a pasar el resto de su vida junto a él. Que no le importaba que sus hermanas sin conocerla, la odiaran. Que deseaba ser su familia, su madre, su padre, su esposa, su hermana, su amiga, su prima... todo aquello que él nunca tuvo. En recuerdo del silencio de esos tres años de angustias, de desvelos, de amargura por verse sola, sin las cartas que él, antes de

enviar, revisaba con diccionario en mano, un “pequeño larousse”, que había comprado con sus ahorros de toda la vida, para no tener ningún error de ortografía, colocando palabras nuevas, para que la maestra, su novia, no se desilusionara de él, de su escaso tercero de primaria. Ingrato silencio, de aceptar que la enamoraron lentamente sus historias escritas a la luz de una vela, junto a la trinchera del comando de policía donde Gonzáles afinaba su escritura, su letra, con tanto cuidado como quien carga un recién nacido por vez primera. Silencio de confesar su pasión al escucharle que leía y releía cada renglón, pues sabía que en su largo noviazgo, la conquista no estaba en la presencia del ser querido, sino en su ausencia, y que su única representación era la palabra.

Llegó la noche y ya no supo de sí.

El último día del luto, una mañana gris como su alma, había perdido toda ilusión de la vida y se había hecho a la idea de vagar por el mundo sin nadie a quien hablar, hablar, y hablar sin parar, hasta perder el aire, y que cada vez la atendiera con más atención. Quería destruir la piedra del amor eterno, pues se sentía traicionada al no ver cumplida esa promesa... y había decidido dejar la escuela, pues una persona no puede ejercer la misión de maestro si no posee un don esencial: El del amor al prójimo. Y ella lo había perdido hace una semana. De pronto, en un sobre similar al de hacía ocho días, con la palabra URGENTE, llegó a su manos. Nuevamente abrió un papel amarillento, y su hermana Nina le decía: Ofelia, el Gonzales muerto en Villa Caro, no es su Gonzáles... y la idea de tener vivo el ser amado le causó tal impresión que perdió la vista por tres días.

Cuarenta y cinco años después, lo mira a su lado tomado de la mano rumbo a la misa de seis de la mañana, con su caminar lento, pero elegante, con sus olvidos, sus caprichos y mal genios, pero conservando el cuidado del detalle y su cariño imparable. Le parece de otro mundo que todavía conserve la atención cada vez que ella desfallece de aire por tantas historias que le cuenta...que la mire con esos ojos de luz, que la consienta cada aniversario llevándola a bañarse al río, a saborear un sancochísimo de amor, a buscar una piedra donde sentarse juntos, en recuerdo de aquella con forma de india, y le renueve el hechizo de permanecer juntos hasta la eternidad. Ofelia cierra sus ojos, se deja llevar y agradece a la vida por resucitarle el amor.

# Otro año y yo nada que me muero

Sandra Paola Garzón

La grandeza y frialdad de la gran ciudad, recibieron a Lola, y a sus hijos, con el olor a tierra mojada y el frío de una típica mañana bogotana. Lola, adolescente casada hacia menos de un año, y con grandes responsabilidades a cuestas, una mañana de abril, decidió coger sus pocas pero valiosas pertenencias y junto a su joven esposo, dejar atrás las calles empedradas manchadas de sangre, las vacas, los cultivos, y se marchó en busca de una mejor tierra para levantar sus hijos y lejos de su padre, quien habría contribuido en gran parte a esa situación.

Lola, adolescente pero berraca, veía en la capital, la mejor opción para iniciar una nueva vida, y empezó a caminar las calles frías con transeúntes indiferentes y poco solidarios, en busca de oportunidades de trabajo para ella y su marido.

En esas larga caminatas, sus pies y la información que recogían sus oídos en las calles, la llevaron a enlistarse en los centros de ayuda del gobierno y del tradicional Minuto de Dios, logrando de esta forma, alimentar a su familia y suplir las necesidades básicas de su hogar.

Con la decisión y berraquera de una mujer que a sus 17 años ya lleva a cuestas la experiencia de una de 40, le consiguió trabajo a su esposo, y ante tantas puertas que se le cerraban en el campo laboral, tomo la decisión de dedicarse al hogar y al trabajo que esto significa, más cuando hay escasos y muchas bocas por alimentar. Aprendió a coser y así vestía a sus hijos, con la ropa interior que hacía de los costales de harina y los vestidos y pantalones que confeccionaba con telas y retazos que compraba a buen precio.

Consiente que la educación es la base de todos los logros y éxitos en la vida, y de lo que ella misma había aprendido en el internado de monjas en el cual la puso su padre, consiguió a fuerza de empuje y perseverancia, cupos gratis para todos los niños y las niñas que estaba en edad escolar.

En medio de la pobreza y la escases, a sus hijos nunca les faltó la comida, el amor y el buen ejemplo; su coraje y valentía la llevaron a transitar por caminos desconocido para la hija de uno de los hacendados más grandes y prestigiosos del Huila, en cada lugar que entregaban ayudas para los más necesitados estaba ella, haciéndose a un mercado, ropa y enseres.

Algunos de sus hijos murieron por las negligencias que el sistema de salud siempre ha tenido y por la falta de acceso a este derecho fundamental, que a los pobres siempre les ha sido negado o enrostrado como un favor o una obra de caridad. Ante estas pérdidas se sobreponía rápidamente y seguía en la lucha, porque como ella misma dice: “La vida es para los valientes”, como una forma de darse ánimos ante la vida que a fuerza de las circunstancias le había tocado vivir.

Con ese mantra, siempre en sus labios y en su mente, su vida empezó a ser diferente, compro una casa y con la ayuda de sus hijos e hijas, muchos de ellos ya técnicos o profesionales, empezó a construir su nueva casa y sus nuevos sueños al lado de su esposo y sus hijos e hijas, que veían en ella una heroína y se sentaban a su lado a escuchar una y otra vez la historia de sus vidas.

Su esposo, quien en su juventud fue muy pasivo y hacia lo que ella le indicaba, con el tiempo y la sabiduría que traen los años, fue su compañero de sueños, trabajador incansable, un buen ejemplo para su descendencia.

Este hombre, que enamoró a Lola con su porte, su hablar acaramelado y sus lindos ojos negros, nunca se imaginó que al lado de esta niña, desplazada por la violencia de su padre, quien la desheredó por que no estaba de acuerdo con el hombre que ella había escogido para compartir el resto de su adolescencia y los años venideros, y desplazada por la violencia de una región pequeña y cálida, pero bañada en sangre y lágrimas, lograría cumplir tantos sueños y tantas satisfacciones.

Los últimos años de su vida, ya en la vejez y postrado en cama por una larga enfermedad, estuvo rodeado de su familia y de su siempre fiel y buena Lola, en brazos de quien exhaló su último soplo de vida.

Con la sabiduría de una vida en la que el trabajo, el coraje y la fe, fueron los pilares fundamentales de la misma, Lola vive sin mayores preocupaciones, entregada a la vida contemplativa, a la oración y con la satisfacción de haber luchado por sus sueños y no haberse dejado derrumbar por los prejuicios, el machismo y el qué dirán.

Hoy a sus 97 años, y con un cambio de siglo encima, Lola recuerda con detalle cada una de las experiencias de su vida, relata con emoción las enseñanzas de su padre, a quien no guarda ningún rencor.

Con una familia enorme en la que se cuentan, nueras, yernos, nietos y bisnietos, nada la aterra, nada la perturba y nada la sorprende, porque en su vida ya ha habido una buena dosis de esas emociones y solo espera el día en que su amado Dios la lleve a vivir eternamente a su lado, por lo que este fin de año, si Dios no la sigue prestando, de nuevo dirá: "Otro año y yo nada que me muero".



# Eugenia

*Nathalie Forero Perdomo*

**S**í, él caminaba por entre la verde pradera, pensaba que ella sin duda lo seguía amando, pero ¿Cómo había pasado el tiempo con sus innumerables noches? Aquellas que tanto extrañaba junto a su cuerpo y a quien sentía siempre cálida, suave entre sus piernas.

No era lo majestuoso de su cuerpo, que vestido parecía el de una persona normal, casi desaliñado y sin encanto aparente, no. Era la sensualidad de verla en la oscuridad y sentir sus labios que recorrían su barba y sus manos que acariciaban su cuerpo con un roce apenas sugerido.

Siempre le gritaba o discutía sin razón, pero siempre sus discursos acomodaban una razón en donde ella era excesivamente caramelosa, excesivamente tonta, y todo era un absurdo. No controlaba su fuerza, no controlaba sus emociones, no se controlaba en todo su cuerpo y en su pensamiento cuando le hablaba, y venían los golpes, y tiraba las ollas, los platos. No había explicación, ella a veces seguí el juego de los insultos y tiraba el pocillo del café, hasta levantaba la mano amagando un golpe.

Entonces, esas noches siempre eran más largas, la respiración era lejana y los cuerpos siempre con frío. Ya no se escuchaban igual los sonidos de los grillos ni las lagartijas recorriendo el techo.

Las cosas se pusieron más difíciles, pues doña Magola les vino a decir que si seguían en esa tónica le tocaba a ella ir a contarle al despacho de la policía, porque el orden público se iba a ver alterado, porque es que ya no dejaban ni dormir.

Habían hablado que las cosas iban a mejorar, que ellos siempre se querían, pero Eugenia entiéndeme que no es que yo quiera decirte eso, pero es que tú siempre te sales con la tuya y esas niñerías que te hacen ver tonta. Es que no era eso, era sólo una manera de convivir a pesar de las cosas que nos alejaban, que yo lo mimara con el fervor con el que no quise jamás a ningún hombre, con ese gozo que me hacía sentirlo tan fuerte haciéndome a mí segura.

No era posible que en medio de tanto amor, hubiera tenido que soportar los descaros de Julián, y no porque nos hallamos enamorado, le permitía a él tener un poder total y casi que enfermizo sobre mi conducta.

Ese día Julián ya no escuchó más la respiración de Eugenia. Los grillos acrecentaron su canto y las lagartijas todas se reunieron en el techo. Él no entendía. ¿Qué pasaba? ¿Dónde estaba ella?

Caminó los verdes pastos, gritó su nombre sin contemplación de la tranquilidad de Magola. Juraría no volver a hablarle a Eugenia, si tan solo pudiera mirar su cuerpo en la penumbra, si pudiera verla reír en las noches de luna, si su mano por última vez acariciara su barba, tocara su pecho...

Eugenia sale todos los días a trabajar en una ciudad y todos los días extraña la respiración cálida de las mañanas con Julián, del verde campo que caminaron juntos, de toda la alegría vivida sólo cuando se conocieron.

Pero no le hace falta Julián.

# Mujer realizadora de sueños

Marta Cecilia Andrade Acosta

**D**on Marcos tuvo un sobresalto al sentir a Sara entrar a prisa y más aún, al escuchar su voz que emocionada le contó:

-Pa, pa, he sido aceptada, presentaré la prueba.

-Hija, qué buena noticia, al menos tendrás la oportunidad de participar, debes aprovecharla, no todas las personas que se presentan logran acceder.

-Lo intentaré, espero tener igualdad de condiciones, sé que lo puedo lograr, por algo es que tú bien me has enseñado conocimiento, técnica, paciencia, todo aquello unido a la experiencia me hace competente para alcanzar la meta.

-Te quiero inmensamente hija, te deseo el éxito, sé que lo conseguirás. Pero... anda, vé, vé, vete a preparar -y terminó preguntando- ¿Cuándo es la prueba?

-Me informaron que debo presentarme mañana a las ocho de la mañana en sus oficinas, tendré prueba de conocimiento, psicotécnica y práctica; será difícil, pero estoy preparada, gracias, pa -le dio un beso y salió, en tanto su padre la bendecía sonriente.

El resto del día lo pasó en el taller, el overol ennegrecido por las huellas de aceite, la cachucha envejecida y la llave inglesa que portaba le daban una apariencia tenebrosa, allí se desenvolvía entre sus compañeros a quienes les decía:

-Pronto dejaré el taller, me iré, lo mío es otra cosa, no me gusta la estática, me gusta el movimiento, ya he estado anclada mucho tiempo aquí y es hora de partir -dijo buscando definir con su mirada el horizonte.

- ¿No te sientes bien entre nosotros? -pregunto Juanca- Tú eres buena en lo que haces, jamás hemos conocido a alguien como tú.

-Gracias a ustedes he aprendido mucho, pero mi vida no la quiero pasar entre aceites y tornillos, ya he sobrepasado mi mayoría de edad, tengo todos mis papeles en regla y ahora quiero volar... seguiré en lo mismo pero en otro estilo.

-Está bien, sé que te ira bien donde vayas, tienes porte, elegancia, eres bonita, inteligente, dura para el trabajo, pero... débil de corazón, por eso, donde te encuentres, desconfía de todo.

-Gracias Juanca, los extrañaré, me harán mucha falta todos ustedes, así como también el taller, las anécdotas, las clases de baile y las de defensa personal -se despidió y partió para su casa.

La noche pasó pensando en cómo serían las pruebas, se imaginaba en su trabajo haciendo lo que en verdad quería. Significaba mucho para ella.

En la mañana se levantó muy temprano, se arregló con su mejor presentación y salió en busca de su futuro cercano, se presentó a la prueba de conocimiento y psicotécnica; su llegada fue sorpresiva, en medio de muchos hombres, era la única mujer, varios de ellos admirando su presencia le asediaron ofreciendo ayuda, pero ella indiferente los ignoró a todos, sabía a lo que iba; las pruebas escritas tuvieron una duración de dos horas al cabo de las cuales salió para encontrarse con el director, quien mirándole un poco extrañado preguntó:

- ¿Y usted, qué hace aquí?

-Como los demás, me presento a concurso para aspirar un cargo en la empresa.

- ¿Usted? pero si esto es para varones.

-En la convocatoria no había restricciones, así que fui admitida.

-Bueno, al fin y al cabo... creo que no lo lograré -le vaticinó anticipadamente.

-Soy calificada... y se lo demostraré -sentenció a manera de despedida.

En la tarde acudió a realizar la prueba práctica, al llegar se enfundó en su overol naranja, recogió su cabello introduciéndolo en su cachucha negra y se dirigió al campo, la prueba la aplicaron estrictamente en el orden alfabético de sus apellidos y la realizaron sobre vehículos de alto rendimiento, allí debían

demostrar todas sus habilidades y destrezas. Para Sara nada fue difícil pues estaba familiarizada con todo ello; al terminar el último participante, los reunieron para informarles:

-Mañana se publicarán los resultados y sólo los diez mejores calificados accederán a los cargos.

-Puede ser que acceda la señorita también, ella como nosotros, competimos en idénticas condiciones -dijo alguien de entre los reunidos.

-Es verdad, pero eso sólo se sabrá hasta mañana, hasta entonces -se despidió de todos

Optimista, segura de haber hecho bien las cosas y resuelto bien los cuestionarios, volvió al día siguiente, su sorpresa fue grande al ver que había calificado en primer lugar, el promedio de las tres pruebas había superado a sus competidores y a esa altura no se hallaba de la alegría, sólo esperaba la firma de contrato y a trabajar, tomó el celular y marcó un número:

-¡Aló! Hola pa, no sabes lo feliz que estoy, fui aprobada con el mejor promedio.

-Ya lo sabía hija, ya lo sabía, nunca desconfié de ti, de tus capacidades, eres virtuosa, tienes un talento innato.

-Ahora solo espero finiquitar lo del contrato y a comenzar.

-Bien hija, me has alegrado el corazón -rió don Marcos al otro lado de la línea-sólo un consejo, no separen los pies del suelo, no lo olvides nunca, mantente aterrizada.

-Si pa, lo tendré en cuenta siempre, no te preocupes, hasta luego.

-Hasta pronto, hija.

Mientras tanto, en la oficina del director también se llevaba a cabo un diálogo especial, allí se hacía el siguiente cuestionamiento:

-Pero, ¿por qué permitieron que aquella señorita alcance el promedio exigido?

-Pero señor, no solo lo alcanzó, sino que lo superó y ya se publicó.

- ¿Por qué no se me informó antes, ah? Pudimos haber hecho algo.

-Pero... no entiendo el por qué de su prevención ante la señorita.

-Mire, es simple, éste es un trabajo exclusivo para hombres, por consiguiente las mujeres aquí no tienen cabida, no se les tiene confianza, más aún, si se llegasen a presentar inconvenientes, ella de seguro que no los podría resolver.

-De todas maneras, ella demostró estar calificada, sus papeles en regla y con muchas ganas de trabajar, así que se le debe respetar su opción.

-Está bien, pero... Si hablamos con ella, podríamos proponerle y asignarle una secretaria o algo así.

-No jefe, cuando una tiene aspiraciones, aquellas deben ser satisfechas para que de la misma manera se las pueda desempeñar.

-Está bien, está bien, hagamos entonces los contratos, entreguemos uniformes y denles una copia del reglamento para que lo conozcan, ya veré la manera de hacerle cambiar de parecer, que desista y que trabaje en oficina, creo que su presencia en la flota nos va a perjudicar.

Más tarde, Sara firmó su contrato y recibió la dotación, se trataba de uniformes, un celular para su comunicación y una maleta pequeña; al entregarle, la asistente que la estaba atendiendo le dijo:

-Su misión empieza a las diez de esta noche, pero venga esta tarde para que se familiarice con todo el sistema, debe conocer la atención y manejo del público, las comunicaciones, las claves, el GPS, las prohibiciones, primeros auxilios, refrigerios, entre otras cosas.

-Estaré puntual, estoy ansiosa por comenzar.

-Debe dominar sus ansias, su trabajo es de mucha responsabilidad y debe demostrar mucho dominio de las situaciones.

-Gracias, estaré pendiente de todo, hasta la tarde entonces -se despidió.

En la tarde se familiarizó con todo y sobre todo en la seguridad, como detectar posibles sospechosos, qué hacer durante un atraco interno o externo, las claves de comunicación internas y sobre todo se entrenó con su máquina, era muy suave, muy grande, limpia, olía bien, era un último modelo, la empresa adquirió diez naves para superar la demanda.

Ya cerca de las diez de la noche, la llamaron, le dijeron que era la penúltima en salir y que debía ir de inmediato a la zona de embarque; así lo hizo, cuando descendió fue un gran espectáculo, su pantalón verde, gris se ajustaba muy bien a sus curvas, igual la camisa blanca y su corbata verde, le daban un estilo muy elegante que contrastaba con sus ojos claros y sus delicadas facciones. Se dirigió hasta la cabina de administración de donde tomó su guía y la examinó, mientras que al disimulo leyó una nota que al pie decía: en observación.

Y en verdad observó desde dentro cómo el público ocupaba sus lugares, una vez terminó el embarque se despidió:

-Estaré puntual en mi destino a las seis de la mañana, será una dura jornada, pero me he probado y tengo buena resistencia, no me será difícil.

Iba a abordar la nave cuando de pronto un hombre de unos treinta y ocho años deteniéndola le dijo:

-Oiga señorita, no me vaya a decir que usted va a pilotear, si es así, yo renuncio a abordar lo mismo que mi esposa quien está próxima a dar a luz, no nos arriesgaremos.

-No se preocupe señor, estoy muy calificada para hacerlo, los transportaré seguros.

-¿Seguro? Seguro es que yo no subo -gritando a su esposa le llamó- Carmen bájate, no iremos con una mujer -y se dirigió luego a los demás pasajeros- señores y señoras, vamos a pedir que nos cambien de piloto, que pongan a un hombre que nos ofrezca seguridad, tenemos derechos.

Su propuesta tuvo eco y todos desembarcaron, fueron hasta la cabina de administración a pedir cambio de piloto o devolución de dinero. No siendo suficientes las explicaciones que dieron y ante la rotunda negativa de viajar con Sara y para no generar un traspié financiero, decidieron concederles y cambiar de nave, llamaron al aerobús que estaba programado para las once de la noche y los despacharon. Sara, en tanto se desarrollaban los hechos, se mantuvo impasible y con mucha tranquilidad recibió la noticia:

-Cambio de planes, se irá en el último turno, lo malo es que para esa hora no han comprado boletos; de ser así, viajará vacío o de lo contrario se cancelará su salida.

Pasados unos treinta minutos, de nuevo había noticias en la cabina de administración; el aerobús que salió, reportó que estaba en movimiento pero

que la máquina estaba presentando fallas mecánicas, que en lo posible trataría de subsanarlas. La administración anticipándose a alguna eventualidad mecánica de dicho aerobús, decidió que Sara debía salir a cumplir su ruta.

En vista de lo que estaba sucediendo y como medida preventiva, Sara tuvo salida a las once en punto. A pesar de su mal inicio, comenzó el viaje con muy buena disposición, iba tarareando una canción que sonaba en la radio, iba muy suave, dentro de lo permitido, pasados unos cuarenta minutos de viaje, recibió comunicación de la cabina:

-El aerobús que le antecedió, tiene inconvenientes mecánicos y humanos, por favor cuando le alcance, trate de ayudar en la solución de problemas, de no ser posible reanudar su marcha, trasborde el personal y termine la ruta -cerraron comunicación.

Sara se dio por enterada, en adelante puso más atención a la vía; luego de devorar asfalto por otros cuarenta minutos, miró a lo lejos las luces de estacionamiento que alertaban al tráfico del parqueo de un automotor, al reconocer que se trataba del aerobús de la empresa, suavemente se aproximó y se parquéó detrás; atendiendo las instrucciones recibidas, descendió para dirigirse hasta la parte delantera del otro automotor y tratar de ayudar; en su recorrido escuchó unos quejidos que provenían del lado derecho de la carretera, más sin embargo ella prosiguió en su avance llegando hasta donde estaba su compañero, él estaba con linterna en mano tratando de averiguar la razón de la falla, lo saludó cortésmente y preguntó sobre el particular, a lo cual él respondió:

-Hola compañera, esta máquina no va más, debe ir a taller y solicitar a la póliza su reemplazo, porque al parecer vino con fallas de fabricación -y recomendó- por favor, encárguese de transbordar los pasajeros.

-Por mí no hay inconvenientes, pero en los pasajeros no sé si existan reparos en abordar el aerobús.

En ese preciso momento, aquel hombre barbado que fue quien inició la oposición de abordar el aerobús, se presentó presuroso y entre atarantado y fluido dijo:

-Señorita, señorita, qué bueno que está usted aquí, por favor, mi esposa está dando a luz y no sabemos qué hacer, por favor ayúdenos, se lo suplico.

Sara lo miró seriamente y no se pudo negar, “está bien, sé cómo hacerlo, no se preocupe, ayudaré a su esposa a traer al mundo a la criatura” -dicho esto

acudió rápidamente.

Pasados unos treinta minutos se escuchó el llanto de un bebé que llegaba al mundo en medio de la incredulidad; más tarde comunicó a la cabina de administración lo sucedido y que procedía a continuar la ruta; del mismo modo informó a la oficina de destino que transportaba una puérpera y que sería mejor que la esperase una ambulancia. Al llegar a la terminal, un fuerte aplauso recibió de todos, felicitaciones y disculpas.

-Qué suerte poder contar con usted -dijo el reciente padre de familia agradecido y algo avergonzado.

-No ha sido nada, vaya y no se separe de su esposa e hijo.

Del desarrollo de todo el viaje enteraron al director, quien muy apenado tuvo que aceptar que se había equivocado con sus prejuicios y que la señorita que contrató sí era merecedora de toda la confianza, pues así quedó demostrado.

A su regreso, le esperaba una condecoración pública y mejor aún la confianza para seguir trabajando. Para recibir su medalla, anticipadamente desató su larga cabellera negra y todos se enteraron de que una mujer era premiada en honor al mérito; eso la llenó de satisfacción y felicidad.

La secretaria que estaba pendiente de que quede un rato sola, se aproximó y le habló:

-Le expreso sinceras felicitaciones y le auguro éxitos en su desempeño, no se imagine lo emocionada que me encuentro en este día.

-Gracias, pero... no es para tanto.

-Claro que sí, ¿usted no se percata de lo que acaba de hacer? Esto significa mucho para nosotras, romper un paradigma requiere de mucho tiempo, y usted, usted lo acaba de hacer.

-Gracias por sus palabras, son tan halagadoras y fortalecedoras, pero... creo que son demasiado.

-Jmm, tan modesta, que le siga yendo bien...

Justo entonces, recordó el consejo de su padre y se dijo:

# Confesiones

*Julio César Escobar Quiroga*

**E**lla siempre está cuando me levanto y cuando me acuesto. A veces me mira callada y me sirve la comida, sabe cuándo tengo mucha hambre y cuando tengo poca. Me conoce o al menos eso parece porque me sonrío cuando hago travesuras, no me regaña y nunca lo ha hecho. Aunque hablamos frecuentemente y poco sé de ella, tiene mucho para contarme, a veces me da miedo.

Mi hermana es más abierta conmigo y me ha dicho que la vio llorar alguna vez, esa vez que mi papá le gritó. Pienso que no debió hacerlo, pues la culpa fue mía por pedirle que me cumpliera un deseo. Ella me alaga con detalles que no le gustan a mi papá. Siempre está ocupada, por acá y por allá... sube y baja. Sabe donde está todo.

No escucha música y no opina de política. Tampoco habla de sus diferencias con su entorno. Parece que hubiera nacido adulta, no me la imagino de niña.

Sus manos son gruesas y se ve pesada cuando camina, a veces no parece mujer porque no se maquilla o se pone bonita como las demás mujeres. No nos cuenta de sus gustos, creo que le tienen prohibido hacerlo. Supongo que sé poco de ella, aunque ella lo sabe todo de mí.

Cuando salimos se queda atrás, esperando. Nos cuida y nos protege, pero no participa en las decisiones. Está pendiente de todo y se le ve generalmente cansada. No entiendo porqué ella entrega todo lo que es, sin molestarse. También me he preguntado, ¿por qué no es tan alegre como nosotros cuando salimos a pasear?

Puedo pensar que su familia la quiere más que nosotros a ella, aunque

siempre está con mi hermana y conmigo. Me imagino que tuvo hijos, pero no sé si pueden disfrutar su compañía tanto como yo.

No sé cuántos años tiene, me tienen prohibido preguntarle algunas cosas. Yo la quiero, aunque no sea mi mamá, porque todo lo hace con generosidad, ella es auténtica, es especial.

No sé si mi papá le recompense como debe, porque ella siempre abandona su hogar para estar con nosotros. Yo no sé si le pagan lo que se merece. Ha estado toda la vida en esta casa, desde que la conozco. En realidad, desde que me conozco.

Ella nos adora, nos consiente y hace muchas cosas mejor que mi mamá.

Aunque no parezca y en esta casa se le diga que lo tiene todo, creo que no es cierto. Creo que ha renunciado a muchas cosas que le gustan, por tener este trabajo como empleada doméstica.

# Julia, por fin logró dormir

*Irina del Rosario Gómez Guzmán*

Julia subía las escaleras con una jarra con agua para la sala de los profesores, estos acostumbraban a reunirse después de las cinco de la tarde, casualmente a la hora de salida. Llegó a la sala de reuniones y colocó la jarra sobre la mesa.

Uno de los profesores le dijo: por favor muchacha trae un tinto y consigue unas galletas algo que masticar, esta reunión es larga. Somos cuatro profesores y quizá lleguen dos profesores más.

El hombre no dejaba de mirar a la mujer de color, con una hermosa cara que siempre sonreía a pesar de estar angustiada. Tenía muchas cosas pendientes que la mortificaban: con cinco niños que mantener; el padre se había marchado a Venezuela dejándola cargada de muchas promesas. Con el pasar de los años, se fueron extinguiendo sus esperanzas, porque no supo más de él. También tenía que resolver un incidente con doña Gloria; sus muchachos le habían partido unos platos y no tenía dinero para pagar la vieja vajilla de la vecina; se afligía pensando “si no tengo para darles de comer, como haré para pagar las lozas”.-Ella contestó: Si Señor como usted mande.

Pero en su interior galopaba una angustia, insistía pensar en sus criaturas. Las había dejado solo con un poco de arroz y lentejas; quería en ese momento volar para poder llegar hasta su casa el otro lado de la ciudad, pero su realidad era otra, estaba allí en pie en la facultad, trabajando cómo aseedora. Su antigua patrona la señora Clara Bertilda la recomendó porque necesitaban para ese trabajo a una mujer fuerte, honrada e inteligente; virtudes que ella cumplía perfectamente.

Aunque vivía muy lejos, decidió tomar el trabajo porque contaba con más tiempo para los niños. Quería en el fondo dejar todo tirado pero no podía, debía cumplir con su responsabilidad y a diario cumplía toda su faena, aunque con su corazón punzado porque su cabeza estaba en otro lugar.

Fue a la pequeña cocina, tomo la cafetera para hacer el tinto, cuando llego la secretaria y le dijo: “Julita no te olvides de limpiar el piso del baño y recoger la correspondencia y repartirla en cada escritorio, ya me voy es tarde muy tarde, el transporte se pone pesado después de las seis de la tarde”.

Julia asintió con la cabeza y continuó con sus quehaceres; mientras miraba como se iba la mujer, una mezcla de rabia y tristeza sintió al no poder hacer ella lo mismo. Dejo hirviendo el agua y tomo el trapero fue al baño y limpio el piso, regreso a la cocina termino el tinto y lo sirvió. La joven tomo la bandeja con seis pocillos y tomo unas galletas de la repisa. Luego regreso a la cocina y limpio todo, pero recordó que Clara le había recomendado la correspondencia así que corrió hasta la recepción tomo la correspondencia y como una mariposa revoloteando de escritorio en escritorio colocó los sobres.

“Por fin Dios mío me puedo ir”, dijo con voz fuerte pero cansada.

Es que su día empezaba aun en la noche, ya que Julia no podía dormir, no recordaba exactamente desde cuando dejo de hacerlo, pero recordaba que de niña, cuando algo la alteraba, no conciliaba el sueño con facilidad. Cuando salió de su pueblo huyendo de la violencia la situación había empeorado ya que casi no lograba conciliar el sueño, pero la cosa empeoro cuando su marido se fue dejándola sola con los muchachos, tantas necesidades, tantas carencias, pero sobre todo saber si les estaba dando la formación adecuada. Salió del claustro sin mediar palabras con nadie; cruzo las calles como un espíritu, sin mirar por donde iba y al fin se subió a la buseta que iba repleta; ese día contó con suerte y se pudo sentar. Su barrio estaba a una hora y media del trabajo. Allí en la buseta era cuando descansaba, cabeceaba en medio de la bulla de los voceadores, la música y el calor.

Por fin llego a la una invasión donde vivía; se dirigió hasta la pequeña tienda de Doña Prisca, le pidió fiada la comida del día siguiente y le dijo: “Doña Prisca mañana le pago, pero no todo porque tengo una deuda con la vieja Gloria”.

La tendera la miro y le dijo: “vas a pagar los platos, averigua bien, porque tus hijos no estaban solos oí que los hijos de Claudia fueron los que los que estaban haciendo desorden don Gloria, óyeme pero tú te ves cansada, ¿qué te pasa?”.

Sí tiene, razón es que no puedo dormir desde hace días y en las noches limpio la casita, lavo la ropa, hago la comida; ya cuando amanece me siento en la mecedora, allí trato de dormir, pero al ratico me tengo que levantar para mandar a los pelaos para la escuela.

“Mira Julia tu eres una mujer joven y trabajadora, pero si no duermes te puedes enloquecer, yo te recomiendo que te tomes una taza de leche caliente y leas un pedacito de la Biblia así sea que no entiendas, porque a nosotros los pobres solo tenemos a Dios como herencia. Ve lo que te digo te debes cuidar primero porque después quien va a ayudar a esos muchachitos”.

Gracias Doña, mañana le pago, me despacha 6 panes, 5 huevos y una bolsa de leche, mañana le pago sin falta.

Por fin miro la casita de madera y lata, pero para ella era un palacio ya que la había construido con sus propias manos. Notó algo extraño, nadie salió a esperarla como de costumbre, entro apresuradamente a la pequeña sala donde se encontró con una sorpresa, sus hijos estaban sentados en la mesa y Doña Gloria les servía agua de panela, ella con mucho recelo se acerco y dijo:

Buenas noches a todos ¿cómo están mis muchachos hoy? Saludo Doña Gloria quería hablar con usted, sobre el asunto de los platos.

“Doña Gloria la interrumpió – Mira mijita ya sé lo que realmente paso, me dijeron que estos niños jugaban con los de la vecina tuya y los necios rompieron casi toda mi vajilla, yo vine a traerles agua de panela a tus hijos y disculparme con ellos, pero debes tener más cuidado, no permitas que tus niños se junten con esos diablos yo creo que se le salieron de las manos a Claudia. Tú aún puedes hacer algo por tus hijos; te deje atún y otras cositas que me dieron allá en la Fundación donde nos ayudan a los viejos”.

Muchas gracias por su ayuda, yo de todas formas le voy a pagar los platos, Claudia está peor que yo y me da mucha pena con usted, pero se los compro poco a poco, si usted acepta.

Bueno como tu digas después que me los paguen, no importa, me voy ya es tarde.

Gracias por la comida y hasta mañana.

Cuando salió su vecina, agarro a sus hijos a besos y noto que ya se habían bañado, les dijo: Se van a dormir pero antes reposan, cepíllense los dientes y a la cama, preguntó Julia ¿Hicieron las tareas?

Un corito de cinco voces respondió: Sí señora.

Bueno hijitos a dormir, mis muñecos. Ellos obedecieron a su madre, estaban cansados y eran casi las nueve de la noche.

Entonces empezó con las tareas de su casa, un rato después fue a la habitación y los vio dormidos en las viejas camas, sintió mucha satisfacción al ver que ese día todo había salido bien con ellos, continuo su oficio. Al terminar su labor, recordó la recomendación de Doña Prisca, así que calentó una taza de leche, tomo la Biblia y se sentó en la mecedora de siempre. Abrió el libro de los salmos donde leyó: Respóndeme cuando clamo oh Dios de mi Justicia, cuando estaba en angustia tú me hiciste ensanchar, miro al techo de su casa como implorando descanso y continuó su lectura. No había pasado mucho tiempo cuando Julia por fin pudo dormir profundamente.



# *Se humedecieron sus ojos*

*Humberto Bonilla Meléndez*

Se humedecieron sus ojos, sus labios no acataron a decir palabra alguna, solo su mirada vio como la flota se bamboleaba por el camino destapado y poco a poco se alejaba dejando atrás el rancho que abrigó generaciones desde sus tatarabuelos y una serie de sueños e ilusiones que alguna vez como niña se imaginó. Partió con sus dos pequeños rumbo a la capital, paso por el cementerio y estampo un beso imaginario al hombre que la acompañó y defendió hasta que la muerte implacable se adelantó con violencia, atrás los desconocidos se quedaron con la tierra y lo que había en ella, tan solo logro llevar lo que tenía puesto y a sus dos hijos.

Desorientada al ver los edificios, calles, avenidas, gente, buses, es decir un espacio que por vez primera percibían sus ojos, se apresuró a buscar el papel que un día le entrego su mamá y que muy celosamente guardo, pregunto cómo llegar a esa dirección y acudió a la cita sin avisar.

Su tía los abrazo sorprendida y muy detalladamente le conto con dolor lo acaecido, se acostó a dormir presa del cansancio. Todos los días y en continua lucha ayudaba a su tía a preparar desde tempranas horas la hornilla para vender las arepas y sostener a sus familias.

Recibió los consejos de su tía, vecinos y comunidad que conoció, fue a la escuela, termino su bachillerato. Una tarde en el parque un carro con sus parlantes invitaba a una reunión de personas víctimas del conflicto armado, ocho días después, un domingo, se apresuró a cumplir la cita y allí por primera vez le hirvió la sangre y se topó con la realidad de algo que quería olvidar pero era imposible, la reunión se tornó difícil, complicada, cada uno de los asistentes debía contar su vivencia en cinco minutos, a mi turno la garganta se me atraganto y casi no podía hablar, conté mi historia real y de hecho, como

fui la última de todos, un silencio sepulcral invadió la sala, solo se percibía el frío de la tarde y la casi caída del sol, la conclusión no espero un minuto más, éramos desplazados, que palabra tan absurda, que atildamiento tan brutal, o sea que fuimos forzados a dejar nuestros hogares, nuestras tierras, nuestros cultivos por una violencia generalizada dentro de espacios de políticos corruptos y que se dieron a la tarea de rapar el terreno a bala y sangre sin importar niños, madres, abuelos, familias completas que vivíamos en sana paz y de nuestros cultivos, sin hacer daño a nadie. Tuvimos que escapar de la violencia, eso duele y verracamente, porque allá en esos espacios quedan aún las huellas del trabajo de nuestras familias que murieron antes de vivir esta crueldad. Calmados y con cabeza fría, creamos comisiones para analizar el problema en que estábamos todos y cada uno de nosotros, cayo la quasi noche y nos veríamos el siguiente domingo, salimos del recinto y la gente nos miraba como bichos raros, tenían razón, ellos caminaban rumbo a sus hogares donde les esperaba un calor familiar para pasar otra noche con comida o techo asegurados mientras que cada uno de nosotros buscaría el espacio o el rincón de un familiar, de una esquina, o posiblemente deambular mientras llega el día siguiente.

Sigue la desesperación, el ir y venir, el gasto de las últimas monedas que están a la espera de cambiar de mano, la esperanza del llamado a la gran cantidad de hojas de vida, cuyo resultado no llegará, y mientras tanto, amasar las arepas para la venta de la tarde.

Nuevamente la reunión, puede ser un aliciente para salir de la habitación o posiblemente la esperanza de recuperar lo robado, la cabeza está por reventar pero no puedo desfallecer, el Gobierno no responde, no hay razón chica ni grande, entonces al quehacer de las cosas y ante las mentiras y el silencio de los gobernantes decidimos salir a la calle con letreros, con gritos de desesperación. Algunos ya no aguantan más, el hambre los acosa a ellos, a sus hijos, a los abuelos, la limosna que a diario recogen les alcanza para un talego de arroz, pero a donde lo cocinan, a que baños van, sus cuerpos olorosos de sudor son repudiados por la humanidad perfumada y encopetada que no entiende nuestro dolor y si lo entiende se hacen los pendejos como si fuéramos bichos raros, gritamos no somos ladrones, ni rateros, ni atracadores, somos gente trabajadora, nos bautizaron gratis como desplazados tenemos nuestras propiedades quizá mejor que las de ustedes, porque producimos la comida, la leche, los huevos el alimento que cada día consumen ustedes. Tenemos los documentos que alguna vez nos identificaron como dueños de nuestras tierras; íbamos pacíficamente exigiendo nuestros derechos y la respuesta fue subirnos a un camión igual a como transportábamos el ganado en la tierra para ser sacrificado, nos metieron a un sitio cerrado sin ton ni son,

nos llevaron ante un señor bien vestido, bien alimentado, nos miró de arriba abajo, nos leyó cualquier cantidad de cosas que no entendimos y nos enviaron a la cárcel, a mí me tocó la de mujeres, cuatro paredes húmedas y olorosas la rodean, adentro las caras me miran, luego una nueva, a cuantos mato, que robo, con quien peleo, toda esta clase de expresiones se escuchan a medida que recorro el pasillo, abren una puerta y me encierran, esto es aterrador.

La convivencia es con toda clase de personas, de seres humanos metidos en unas cajas de ladrillo donde no entra el sol, donde se carece de agua, de sanitarios, de derechos humanos, donde las peleas es el pan de cada día, nos tiran la comida como a perros callejeros en unas bandejas oxidadas, donde hay que pasar por alto la limpieza, el aseo, la simple urbanidad que alguna vez nuestros padres nos enseñaron, aquí hay que tragar y rápido, con las manos, porque los cubiertos son armas letales. Una mañana por fin vi el sol, me llevaron a unos edificios espositivos cual vil ladrón, frente a una multitud de gente sentada en espera de algo, de un resultado, salió una señora y empezó a leer una cantidad de compromisos y barbaries que yo había cometido, entonces me tranquilice, recordé la vieja escuela de escuchar de dejar que las letras escritas en esas hojas penetraran por mis oídos y los de los presentes, tenía mis derechos y era la única oportunidad de que me escuchasen, la juez me miraba de frente, yo la miraba con una expresión lánguida, humilde de tolerancia, pero al mismo tiempo de rabia, la secretaria terminó de leer lo que llaman cargos, entonces la juez se dirigió a mí preguntándome, si tenía algo que decir, tome aire y grite duro, soy inocente, tan solo caminaba por una avenida, diciéndole al gobierno que me explicara porque estaba aquí, con mis hijos, abandonada, durmiendo en una cama que no era la mía, alimentándonos en platos y con comida que no era la nuestra, simplemente que había pasado de la noche a la mañana y la respuesta que recibo es esta serie de acusaciones que no entiendo, pregunto dónde están mis dos hijos, que los han involucrado en esta barbarie, de esta inhumana situación, ¿dónde está el cariño, el amor, la ternura que ellos como niños merecen?. La sala se tornó en silencio, la juez se entró, volvió a salir y dijo inocente, hubo mucha algarabía, comentarios, abrazos, será que con esto solucionan mis problemas, falso, pero libre, por desgracia era viernes, volví a la cárcel, en un espacio corto que quedaba escribí mi nombre como recuerdo del absurdo error de la humanidad..

El lunes a primera hora salí, por fin después de un tiempo grande regrese a ver a mis hijos, me emberrioné, ahora si entendí, cual debía ser mi lucha, la guerra se abrió, exigiendo mis respetos, el de mis hijos, el derecho a la vida, vi la muerte muy cerca en esa miserable cárcel, rodeada de prostitutas, de mujeres que venden su cuerpo para alimentar a sus familias, de mujeres que

se batieron en la lucha para que no fueran violadas, de mujeres que exigiendo un trabajo digno fueron a parar a la ergástula, de mujeres que hicieron respetar a sus familias, es decir toda una familia con diferentes espacios de calidad de vida, pero dignas, con la cabezas bien en alto, firmes en la lucha y en el sufrimiento diario y caótico que les tocó vivir.

Abrazo a mis hijas han crecido bastante, el tiempo paso y no me di cuenta a qué horas, es implacable, indolente, indomable, no para por nada, no se detiene ni un segundo, va al vaivén de la vida, sin importarle las secuencias o consecuencias o los errores u horrores, en fin sigue su destino como perseguido por alguien o por algo.

Otra vez, como si fuese ayer, se necesita, se requiere, buscamos, ofrecemos, tal cantidad de avisos que invitan a trabajar, pero lo curioso de ello, es que en lugar de pagarme debo pagarles por algo que ellos llaman exámenes, me chuzan aquí y allá, me mandan ir y venir, ya estoy cansada, mis fuerzas no dan más y para completar me desmayo. Despierto en un hospital, acompañada de dolores, heridos, personas a lado y lado de los pasillos, madres embarazadas, hijos llorando a sus muertos, que paso, pregunto, nadie me responde. A lo lejos se escucha mi nombre fulana de tal, entro al consultorio, me examinan, me diagnostican estrés, otra vez de salida, pero diferente de la cárcel en el sentido del nombre, porque la parte humana es la misma cosa, diría que peor porque al menos en la cárcel, no se escuchan estos gritos de dolor. Salida, que bien, paso por ventanilla, llevo dos horas esperando que digan fulana de tal y nada, al fin fulana de tal, son treinta mil pesos, vida infeliz y desgraciada la mía, no tengo para darle de tragar a mis hijos, vengo de buscar trabajo, alguien de bondadoso me trajo aquí, no me cobraron la entrada, fue gratis, pero la salida si, ahora cómo diablos hago, sin un desventurado peso, sin una moneda para hacer una llamada, y presa nuevamente por treinta mil pesos; otra vez mi tía aparece salida de un cuento de hadas, paga el dinero más caro e inhumano que se haya cancelado y salimos, que dolor no, que carajos, que desmayo ni qué diablos, quiero ver a mis hijos, lloro al tenerlos entre mis brazos y descanso de otro día más en esta metrópoli.

Domingo por la tarde, aplausos, recibimientos, comentarios, agradecimientos de solidaridad, afortunadamente nos unimos a exigir que nos devuelvan nuestras tierras, a que nos digan donde están nuestras familias, a que no mientan más ni jueguen con nosotros, nuestras familias, nuestros hijos, tenemos derecho a saber la verdad, a enterrar a nuestros muertos, a no seguir más humillados, a vivir dignamente y en paz como vivíamos antes del ataque de esos hombres armados hasta los dientes. Surge la esperanza de volver a nuestras tierras, esa ilusión, martilla la cabeza a diario, es como una gota de

agua que tortura o que alimenta, pero que a cada momento es el clic, clic, clic de las posibilidades remotas o cercanas a recuperar lo nuestro, el abogado, el defensor del pueblo, el gobierno, los leguleyos, los políticos, la prensa, la radio, la televisión, todos ese domingo asistieron a la reunión, por eso creo yo que donde hay tanta algarabía, puede rondar la moneda de dos caras y parece que tenemos la oportunidad jugar a nuestro favor.

Otros domingos, y al fin podemos partir, es la esperanza de llegar a lo nuestro, regresando de donde partimos, más grandes nuestros hijos, más viejos nosotros, nos empacan en una flota y partimos camino a nuestros hogares, a lo lejos se divisa la torre de la iglesia, es inconfundible, ya no se bambolea el bus, es tan grande la alegría que no soporto las lágrimas, caminamos hacia la plaza, nos reciben con festejo de pueblo, la gente nos aplaude, vivas y más vivas, el discurso del gobierno de turno, termina todo y rumbo a nuestro terruño.

Pero qué es esto, que paso aquí, la casa destruida, las plantaciones acabadas, no hay que comer, no hay ollas en que cocinar y lo peor no hay monedas para comprar.

Esto te cuento amado mío, ten la seguridad que si esos barbaros no te hubieran quitado la vida, hoy no nos hubiéramos acostado sin comer, en fin mañana será otro día, llego a casa, el perro tucó más flaco, más viejo me saluda.

# *Luna de primavera, ¿Qué ves cuando me ves?*

*Juan Pablo Pinzón*

*Viernes 8:30 p.m. en algún lugar de Bogotá.*

**U**n motón de maquillaje en mi cara, eso para que no se me note el cansancio tras el trajinado trabajo que tengo como aseo en un restaurante. Jeans, chaqueta y... ¿tacones? ¡Sí! Pero no muy altos o para mañana estaré destrozada. Es viernes, quiero despejar un poco mi mente, tomarme un trago, bailar un poco, ¿normal no? tan solo será un rato, pues mi madre cuidará de Andrés Felipe solo hasta las once y no quiero volver a discutir con ella por las llegadas tarde. ¡Ahí viene Camilo, luce radiante! Lo conocí accidentalmente el lunes en el restaurante mientras recogía el reguero de boronas de la anterior mesa de al lado, por descuido moví su mantel haciendo que se derramara un shot de tequila en sus pantalones, ¡Estaba tan asustada! Pero después de ayudar a secarlo, me invitó a salir ¡sí, es verdad! fue muy amable y considerado, al contrario del ogro de mi jefe, quien me regañó delante de todos diciéndome —India, ten más cuidado—. Me sentí tan humillada y tonta, que no pude contener mis lágrimas, pero Carlos me defendió, diciéndole que no tenía por qué tratarme así, que era discriminatorio y podría enfrentar serios problemas y que además un accidente lo tiene cualquiera. Creo que trabaja para el estado o algo así, pero bueno, veamos cómo me va...

— ¡Hola, Solangie!

— ¿Don Carlos cómo está?

— Solo dime Carlos, no estamos en tu trabajo—, ser ríe. — ¿Qué pediste?, pregunta.

— Nada, lo estaba esperando.

—¡Ups! Siento mucho si me demore un poco, casi no encuentro donde parquear. ¡Mesero, por favor!

—Buenas noches, ¿qué desean pedir?, dice el mesero.

—¿Qué quieres tomar Solange?

—¡Mmm, no sé! Algo suave, como le dije no me puedo demorar.

—Bien, tráiganos por favor media botella de aguardiente con limón.

—¿Don Carlos por qué no un par de cervezas?

—¡Vamos Sol! ¡No te preocupes! , yo te llevo hasta tu casa, relajémonos y vamos a...

—¡A sí! ¿Y en que me piensa llevar?, ¿En su carro?, ¿Y tomado? Creo que mejor me...

—¡Espérate un momento! Tranquila, pediremos un taxi ¡está bien! –mesero para mí un wiski doble con hielo y para la señorita un coctel bajo en alcohol ¿te parece bien Solangie?

—Don Carlos ¿quiere bailar? — Le pregunte, pero se quedó por un instante paralizado, mirándome fijamente a los ojos como si la pregunta le hubiese sorprendido y titubeante me contestó:

—¡Claro Sol-angie! Si a eso vinimos.

Suave me tomo de la mano y me llevo a la pista. No puedo negar dos cosas, que estoy nerviosa y que este hombre me gusta. Me gusta tanto como me gusta bailar y bailábamos de locura, en especial varios temas de salsa, hasta que no pude más y le pedí volver a la mesa, entonces me preguntó:

—¿Y de dónde eres Solangie?

—¿Y por qué la pregunta?

—Solo es una pregunta, para conocernos mejor.

—Pues le cuento que nací en la Guajira pero llegué con mi familia a Bogotá hace ocho años.

—¿Y por qué se vinieron para la capital?

— Le voy a contar la historia si no se aburre. Un día unas personas llegaron a la Guajira registrando a mi comunidad para darnos la cedula de ciudadanía, diciéndonos que de esta manera nos convertiríamos en ciudadanos colombianos. A cambio prometieron muchas cosas que nos beneficiarían, pero solo se burlaron de mi pueblo Wayuu, porque hay políticos que solo les importa los votos para sus campañas y nos pusieron nombres como Bolsillo, Cosita Rica, Zapato, Heroína ¡Ridiculizándonos!, robándonos nuestra identidad ante el mundo. Así que mi padre un líder Wayuu, convocó a varias familias y decidió que debíamos venir a Bogotá a protestar para que el estado corrigiera este error y nos devolvieran nuestros verdaderos nombres, pero no nos quisieron escuchar y todo fue en vano. Entonces se nos agotó el dinero para devolvernos a nuestra tierra, tuvimos que trabajar y hasta mendigar en la ciudad de concreto. Carlos bebió un gran sorbo mientras me oía y luego me preguntó:

—¿Y hace cuanto trabajas en el restaurante?

—Hace tres años, pero a veces es un infierno, mi jefe trata muy mal a sus empleadas, favoreciendo siempre a los hombres. Por ejemplo, no contrata mujeres para que sean meseras, si no tan solo cocineras y dice que las propinas son solo para los meseros que son quienes atienden a los clientes y en especial me discrimina mucho por mi origen—. Paré la conversación para calmarme y beber un trago del cóctel, no pude ocultar mi reacción cuando lo probé.

—¿Te gustó?, me preguntó.

—Sí, es muy delicioso. ¿Cómo se llama?

—¡Alexander, sabía que te iba a gustar!, contiene licor de Cacao y crema de leche pero sígueme contando.

—Bien Don Carlos, no le cuento esto a cualquiera que acabo de conocer para generar lastima ni mucho menos, le acepté la invitación porque escuché en el restaurante que usted trabaja para el estado y quiero saber si me puede ayudar, pues quiero conseguir un trabajo acorde a mi carrera.

—¡Uy, eres bastante directa y sincera! Fui un iluso al pensar que me habías

aceptado por que te atraía al menos un poco—. No pude evitar ponerme colorada, pero tampoco se la iba a dejar tan fácil, pensé.

— ¿Y cuéntame, qué estudiaste Solangie?

— Administración de Empresas, pero no he podido ejercer por miedo a ser discriminada gracias al nombre que aparece en la cédula, como ya me pasa con mi jefe.

— ¿Y por qué, acaso Solangie no fue el nombre que te pusieron?

— No Don Carlos, ese me lo puse yo para evitar tanta burla, mi nombre real es Liwa-Kashi y el que aparece en la cédula es Marihuana.

— ¿Pero cómo fue que pasó esto?

— Yo tengo cédula desde que tengo trece años y aparezco como si tuviera treinta dos años de edad. Ocurrió porque no teníamos un intérprete y necesitaban que votáramos a cualquier costo.

— ¿Y qué pasa con tu jefe? ¿Por qué te trata de esa manera?

— Un día nuestro administrador iba a tomar sus vacaciones pero no había quien lo reemplazara, así que le pedí la oportunidad para tener un poco de experiencia en mi currículo. Además es un trabajo que puedo hacer perfectamente, pero él solo se burló diciendo que las riendas del restaurante las debe llevar un varón y no una india bajada con espejo y que como Marihuana me la pasaría en las nubes. Desde ahí no ha parado de humillarme.

— ¡Desgraciado!, ¿Y por qué no renuncias?

— Como te conté, tengo un hijo de cuatro años y lucho cada día por él, pero a veces mis fuerzas se agotan, ¡Don Carlos son casi las once y me debo ir ya!

— Claro Solangie, yo te acompaño.

— No se preocupe Don Carlos yo tomo un taxi y mejor hablamos otro día.

— A qué horas sales mañana Sol, me gustaría verte.

— Márcame y confirmamos.

—Te puedo preguntar qué significado tiene Liwa-Kashi.

—Cuando nos veamos le digo Don Carlos—. Pero mientras me subía al taxi me gritó:

—Significa Luna de Primavera ¿verdad? — Cuando dijo estas palabras sentí un corrientazo que recorrió toda mi espina dorsal. ¡Me ha dejado sorprendida!, ¿Pero cómo supo esto?, pensé.

Me tomo del mentón robándome un beso y me dijo:

—Haré lo posible por ayudarte Solange — Y luego acomodándose su sombrero se marchó caminando.

Fin.

# La boyacense

*Angélica Juliana Bernal Martínez*

**M**i nombre es Isabel Muñoz. Tengo 86 años. Soy hija de Carmen y Antonio. Mis padres siempre vivieron juntos, fui la menor entre mis hermanos. Cuando era pequeña vivíamos en el hermoso departamento de Boyacá. En la finca El Recuerdo. Tuve cinco hermanos, dos mujeres y tres hombres. Todos mis hermanos están muertos. En la casa paterna todos los días desayunábamos con una deliciosa changua de huevo.

Almorzábamos con papa salada o con guiso acompañada de cubios, habas y frijol verde. Para la cena mi mamá acostumbraba a preparar un caldo de calabaza. Todos estos productos se cosechaban en la huerta de la casa. Esta huerta era cuidada por mi madre y los hijos pequeños. La siembra de semillas se hacía generalmente en el mes de marzo.

Mi mamá cocinaba en ollas de barro y nos tocaba caminar dos horas de camino para poder comprarlas. El fogón era de leña y carbón. La leña la recogía mi papá, a veces me tocaba a mí y a mis hermanos, a mi mamá o a los obreros. La transportaban en caballos o en burros, y cuando no les prestaban el caballo y el burro les tocaba llevarla en la espalda. En esa época los platos eran de esmalte y también nos tocaba caminar dos horas para poderlos comprar.

La ropa la planchábamos con planchas huecas de metal parecido al hierro y llevaban en su interior trozos de carbón o de leña encendidos, algunas personas tenían unas planchas que no eran huecas y las calentaban directamente en el fogón. El proceso de planchar era tedioso porque antes de empezar había que prepara almidón de maíz o de yuca para aplicarle a la ropa y se utilizaba un trapo entre la prenda de vestir y la plancha, los cuellos debían quedar duros y sin arrugas. Las mujeres fuéramos jóvenes o adultas sufríamos palizas cuando este trabajo no quedaba bien hecho.

De noche nos alumbrábamos con mecheros, los mecheros los hacíamos con un frasco, en el frasco echábamos petróleo le hacíamos un roto a la tapa y le metíamos un pedazo de trapo y después le prendíamos un fósforo y con eso alumbrábamos.

Como en la casa no había luz, entonces no conocíamos radios, televisores, equipos de sonido y tampoco licuadora. ¡Ay! Recuerdo que tocaba secar el trigo, desgranarlo y llevarlo al molino para convertirlo en harina para las arepas, porque al mercado se llevaba el grano del trigo. Todos los días nos acostábamos a las siete de la noche y nos levantábamos a las cinco de la mañana. No descansábamos en ningún momento, eran 14 horas de duro trabajo. Mientras mis padres trabajaban nosotros molíamos el maíz le dábamos pasto al ganado le echábamos de comer a los cerdos y alistábamos leña.

La gran mayoría de mujeres no pudimos estudiar porque desde muy pequeñas nos tocaba colaborar con la cocina y demás labores de la finca al lado de nuestros padres y hermanos mayores quienes nos enseñaron el gran valor del trabajo.

A mí me tocó empezar a trabajar desde muy niña fuera de la casa, ir a donde la vecina a ayudarle a hacer aseo en la casa y a lavar la ropa. En esa época no nos pagaban con dinero, trabajábamos por la comida que nos daban los patrones.

El vestido consistía en una falda y una blusa, ellas mismas les tocaba coser y tejer la ropa que se ponían. En las casa abundaban las agujas, los dedales y las hormas de hierro para hacer las cotizas y reparar los zapatos de los ricos. La mayoría de personas andaban descalzos con la pata al suelo. Las mujeres tardaban mucho tiempo cosiendo a mano cualquier prenda de vestir. En algunas casas tenían máquinas de coser que se manejaban con un pedal, las personas que desempeñaban el oficio de modista o sastre eran muy respetadas y en épocas de navidad y de cosecha se llenaban de mucho trabajo, porque las personas importantes ponían a estrenar para estas fechas a su familia.

En la casa se cultivaba trigo, papa, alverja, arracacha, cubios y lenteja. El trabajo de cultivo lo realizaba toda la familia y algunos obreros. Como animales domésticos teníamos los perros, los gatos, las gallinas y la ganadería.

Como medicina utilizábamos las hierbas:

- Para el dolor de cabeza las romazas, las tajadas de papa y los tallos.

- Para el dolor de estómago utilizábamos la yerbabuena y el apio.
- Para el dolor de muela la centella y la hierba mora.
- Para la gripa utilizábamos el eucalipto con el pino.
- Para el dolor de riñones utilizábamos el bello de mazorca.

Cuando me enfermaba no me llevaban al médico, recuerdo que mi papá me decía que yo iba al médico era a hacer cosas malas con el doctor.

Las señoras embarazadas eran asistidas por una partera durante el embarazo y cuando iban a tener a los hijos. Las parteras no tenían estudio, por eso no sabían cómo actuar cuando se presentaba una dificultad. Sobaban el vientre de la paciente para acomodar a la criatura cuando se bajaba mucho, los esposos al igual que ahora en los hospitales no ayudaban durante el parto sino que se quedaban afuera. Ya había médicos pero nuestros padres y esposos no nos dejaban ir al consultorio para evitar que otra persona tocara nuestro cuerpo. Además el servicio médico era muy costoso.

La casa de mis padres era de adobe, constaba de dos piezas y la cocina, no existían los baños. En esa época cuando iban a hacer las casas la colaboración de todos los vecinos era bastante importante, ellos iban a ayudar para que así a ellos también les ayudaran. Esto hacía que construir una casa no fuera tan costoso como sucede hoy.

Mi papá tomaba guarapo porque en esa época no existía la cerveza, entonces ellos se emborrachaban de guarapo o de chicha. Cuando los tragos se le subían a la cabeza la situación de mi mamá se ponía bastante difícil, porque él llegaba a la casa maltrataba a mi mamá con golpes y le decía malas palabras. Le decía a mi mamá que no servía para nada y le echaba en cara la comida. Pobrecita mi mamá, me parece verla cabizbaja y triste. Mi papá también nos maltrataba a nosotros nos decía que tampoco servíamos para nada que solo sabíamos comer y que no hacíamos los oficios que él nos dejaba.

Como medio de transporte utilizábamos burros o a veces nos tocaba caminar porque no existían los carros y entonces nos tocaba llevar la carga en los caballos. El agua la traíamos del río y nos quedaba a una hora y media de camino.

En cuanto a la política existían dos partidos políticos, los liberales y los conservadores.

Cuando las mujeres conseguían esposo, éste las alejaba de sus familias. Por ejemplo, mi papá no dejaba que mi mamá visitara a la familia de ella porque le decía que iba era a encontrarse con el mozo y también que iba a echar chisme.

Cuando tenía 16 años me enamoré de un hombre de 25 años. Mi esposo tenía 25 años nos fuimos a vivir a Boyacá. Cuando tenía 18 años tuve mi primer hijo. Y después vinieron otros y otros. Tuve ocho hijos, cuatro mujeres y cuatro hombres. Todos mis hijos están vivos.

Como a mi esposo le gustaban los envueltos todos los días desayunábamos changua de huevo y envuelto. Para el almuerzo cocinaba papa alverja, habas y lenteja. Y por costumbre se hacía para la cena caldo de calabaza, ya que esta se da en los potreros con gran facilidad.

Las cosas no habían avanzado mucho y me tocó lidiar con el fogón de leña y carbón. La leña a veces la recogía mi esposo a veces me tocaba a mí o a los obreros, la traíamos en el burro o a veces en el caballo. La ropa la planchábamos con planchas de carbón.

De noche nos alumbrábamos con espermas que se hacían con el sebo, el sebo es la grasa cruda de las vacas y las ovejas, el cual se ponía a derretir a fuego lento, luego se colaba y se ponía en moldes con un hilo de algodón.

Ya existían los radios y los televisores a blanco y negro pero mi esposo no me dejaba escuchar ni un programa. Pocas personas tenían televisor. La señal de radio, según cuenta mi papá, llegó a Bogotá aproximadamente en el año de 1930; y la señal de televisión llegó a Colombia durante el gobierno del General Rojas Pinilla, por allá cerca del año 1955, los primeros en utilizarlo fueron los bogotanos y años después fue llegando la señal a otras ciudades.

Durante el gobierno de Rojas Pinilla se le concedió el derecho al voto a la mujer colombiana, pero esto fue utilizado por los esposos quienes eran los que decidían por quién debía votar.

Todos los días nos acostábamos a las siete de la noche y nos levantábamos a las cinco y media de la mañana.

El vestido consistía en una falda y una camisa que a nosotros mismos nos tocaba tejer. Como avance ya se empleaban los zapatos de caucho, estos zapatos los hacían durar y durar porque los reparaban con los neumáticos viejos de las llantas de algunos carros que ya llegaban a Boyacá.

En la casa se cultivaba la papa la alverja y el maíz. Como animales domésticos teníamos los perros los gatos y la ganadería. Cuando me enfermaba no me llevaban al médico.

Mis hijos me los recibió una partera. Ellos estudiaron en Boyacá. Mis hijas hicieron hasta quinto de primaria y mis hijos hicieron hasta tercero de primaria. Los juguetes preferidos de mis de ellos eran las pelotas.

En cuanto a la casa de matrimonio fue mejor que la de mis padres, pues, mi esposo contrato un maestro de construcción para que la hiciera de bloque, cemento y arena. Constaba de tres piezas, la cocina y el baño.

En semana santa se acostumbraba a hacer tamales, envueltos y compartíamos con nuestros vecinos, con nuestros familiares y con nuestros amigos.

Mi esposo trabajaba cultivando papa, trigo, habas y maíz. Yo me dedicaba a tejer, a cocinar para obreros y a ayudarle a mi esposo en el trabajo.

Mientras nosotros trabajábamos mis hijos nos ayudaban a coger papa o alverja. Y mis hijas nos ayudaban a cocinar para los obreros.

Mi esposo tomaba cerveza porque en esa época ya existía la cerveza y a veces también se emborrachaba. Cuando los tragos se le subían a la cabeza llegaba a la casa y me pegaba con una rama de espinas y me decía groserías. Él me gritaba que yo no servía para nada y que me fuera de la casa con mis hijos, les decía a mis hijos que no servían para nada y les echaba en cara la comida. Cuando me dejaba ir a visitar a mi familia me decía a qué horas tenía que llegar.

# El breve relato de Lucy el espécimen

*Manuela Elisa Vera*

**S**oy mujer. Soy extranjera. Soy colombiana. Soy atea. Estoy soltera. Y soy joven. O era joven. Los 31 años están golpeando mi puerta. Ya voy. Ya voy. Tranquilos. No me voy a esconder. La dignidad ante todo. No como Madonna o Amparo Grisales. Yo creo que las arrugas y las canas tienen su encanto. No sé... no me da miedo envejecer.

Cuando se ha cruzado el umbral de la treintena recuerdas que a los veinte pensabas – a los treinta voy a hacer esto, aquello y lo otro –. Y hoy, que tienes treinta, entiendes que el futuro es ahora, que no hay pretextos para posponer los sueños y los retos. Por eso creo que lo que no se hace ahora, simplemente, no se hace. Y tengo muchas cosas por hacer, de tal manera escribiré un relato breve, porque ya saben se hace tarde y hay tantas cosas.

Me fui de Colombia hace años para hacer un doctorado en Madrid. No sé en qué momento tomé esa decisión. Solo quería cambiar. También probar que puedo hacer lo que yo quiero. Desde entonces me he ido convirtiendo en otra.

Sí, obvio. Estoy envejeciendo. Pero no es solo eso.

Sí, mi relación con él se terminó. Pero no es solo eso.

Sí, ya no soy una niña. Pero no es solo eso.

Nunca había estudiado y trabajado tanto. Mientras mis amigos salían de fiesta, yo me quedaba trabajando y leyendo. Aprendiendo a escribir. ¿Qué Madrid es mítica por su movida madrileña? No me consta, pues me dedico a descubrir mi ignorancia. Aprender me gustó. Leer me gustó. Hablar de la humanidad y de la cultura me gustó. Concebir que yo era colombiana, en cambio, me costó.

El problema fundamental –y lo digo con tono de “doctora” para que se note que mis estudios han sido buena inversión–, es que he sido más yo que colombiana. En serio. Ni siquiera ahora entiendo qué es lo que se me atribuye con la etiqueta colombiana. Pero dejen que les explique.

El piropo más bonito que me han dicho es el siguiente: —Eres un espécimen raro de colombiana obsesionada con el conocimiento—. Lo dijo un Don Juan español que viaja a Colombia con frecuencia y que, seguramente, en cada viaje hace una nueva novia. Pero no. No, no, no, no. Definitivamente no. Yo no soy una de sus novias. Soy un espécimen raro, tengan eso presente. No sé que tipo de mujer soy, ciertamente una que se pone contenta de que la llamen espécimen. Suelo tener experiencia con piropos de otra calaña, por ejemplo “mami”, “mamacita”, “cosita rica”, “tú con esas curvas y yo sin frenos”, “estás re-buena”, entre otros. Pero ¿especimen?, ese no me había tocado jamás.

Ahora que lo escribo es evidente que los que dicen esos piropos no son conscientes del complejo de Edipo que tienen. A mí por favor no me digan ni mamita, ni mamacita, ni ninguno de sus derivados que lo de ser mamá, es otro tema. Aunque ni tanto porque a los treinta todas tus amigas del colegio son mamás, todas excepto tú, tú, tú que ni siquiera te lo planteas. A veces como que sí, a veces como que no. Pero primero terminar el doctorado o morir en el intento.

Cada vez que conozco a alguien o que me re-encuentro con viejos amigos, me preguntan: — ¿Qué haces? ¿Qué estás haciendo? —. Entonces, yo intento poner una voz neutra, para que no me juzguen, y respondo: — Un doctorado—. Luego viene un silencio. Después preguntan: — ¿Y tienes novio? —. Yo digo: — ¡No! Entonces la gente se descoloca. También tengo amigos que me preguntan: — ¿Y eso para qué sirve? — La verdad no sé, pero me gusta. Me provoca placer. Así que, me lanzan una mirada de arriba a abajo e imagino que piensan: –es rara-. Y sí. Según el Don Juan español soy un espécimen. Así que volvamos al punto.

Nadie me había llamado espécimen nunca. Así que cuando lo dije, naturalmente, me sorprendí. Y creo que la fascinación que me provocó el comentario radica en que se salió de mis esquemas y experiencias anteriores. La frase me propuso una nueva dimensión, y por supuesto, me encantó. Lo de obsesionada, es posible. ¿Con el conocimiento? Discutible. Pero bueno, lo acepto. Acepto que tengo una necesidad profunda de aprender, de pensar, de percibir, de educarme y de combatir mi enorme ignorancia.

Es curioso lo que don Juan me dio a entender con sus piropos y es que yo

me salía de su definición de colombiana, de mujer y de joven. Claro yo no soy una de sus novias, debió ser raro que no cayera en sus garras y que toda nuestra conversación se centrara en literatura, arte o ciencia. Al parecer toda un espécimen. Desde entonces me siento como un Australopithecus.

Firma, Lucy.



# *La historia de las mujeres de mi vereda*

*Paula Camila Morales Morales*

**E**sta es la historia de una mujer de 67 años que ha sido muy dura y puede servir de ejemplo para muchas mujeres de estos tiempos.

Me llamo Elvira Guevara y esta es mi historia. Los papás no se preocupaban mucho por uno. Mi papá se dedicaba a sus labores diarias y muy pocas veces se daba cuenta de nosotros. Nunca jugaba con nosotros ni se podía hablar con él, ya que esto para ellos era irrespeto. En esa época se sentía uno tan solo, no se les podía contar nada ni hacer una pregunta porque eso ya era una falta muy grave.

Mi mamá se dedicaba a la cocina desde las 4:00 a.m. hasta las 7:00 p.m. porque tenía que cocinar para obreros el desayuno, el almuerzo y la comida, porque si no tenía todo listo mi papá le pegaba. Entonces nosotros teníamos que ocuparnos de nosotros mismos.

Nosotros íbamos a estudiar pero era muy lejos de donde vivíamos. Salíamos de la casa a las 6:00 a.m. y llegábamos a la escuela a las 7:00 p.m. Nos tocaba caminar mucho pero no podíamos llegar sucios porque si no nos pegaba en las manos la profesora con una regla, para que esto no ocurriera nos quitábamos las alpargatas y andábamos descalzos hasta la escuela. Nosotros preferíamos madrugar con mi hermano para llegar temprano. De desayuno era agua de panela y no más; de onces nos daban un centavo para mi hermano y para mí, debíamos guardar las vueltas.

Mis papás preparaban el “chirinche”, aguardiente casero, y compraban los bultos de panela. Pero como no nos daban de comer nos tocaba robar una panela con mi hermano y guardarla, sin que ellos se dieran cuenta, bajo una piedra para tazarla para la semana, o si no nos pegaban. Después de llegar

de estudiar teníamos que ir a ver los animales para que estuvieran bien y asegurarlos, a veces nos poníamos a jugar y se nos hacía tarde. Y cuando eso pasaba llegábamos a la casa y ya nos tenían listo el rejo para pegarnos.

Cuando éramos niños todos dormíamos en la misma habitación y nuestra cama era una estera en el piso lleno de tierra y frío, pero lo bueno era que teníamos cobijitas. Nos levantaban desde las 5:00 a.m. En los días que no había clase teníamos que trabajar con mi papá en los surcos de trigo y papá.

No había servicio de salud y si nos enfermábamos nos daban una agua aromática y no más. Las vacunas nos las colocaban cuando hacían jornadas de vacunación en la vereda Las Mercedes, no teníamos derecho de quejarnos ya que no nos creían. Ropa no estrenábamos sino hasta que ya no servía, ahí sí nos compraban y no podíamos escoger sino lo que a ellos les gustara, pero yo era feliz de estrenar así fuera feo. Era muy dura la vida en esos tiempos.

Cuando era niña no había navidades ya que todo era lo mismo. Lo unico que lo hacía especial era que en esos días hacían arroz, por eso reconocíamos esas fechas no más. No celebrábamos cumpleaños porque ni siquiera se acordaban cuando cumplíamos años, era muy triste. Y cuando salíamos de quinto de primaria ya nos tenían trabajo los papás en casas de familia y teníamos que hacerlo sin poner reparos o nos iba peor. Mi papá recibía mi sueldo y no podía reclamar nada ya que según él era para ayudas del hogar. Me pagaban 60 pesos, de los cuales no me daban ni un centavo.

Mi sueño era ser profesora pero en ese tiempo no era importante el estudio sino trabajar, me tocaba para ayudar en la casa. Mi papá me llevo a Bogotá por allá en una casa de familia que ni yo conocía y tenía que ayudar a cuidar los niños de mi patrona. Solamente los domingos me daban descanso, mi hermano Jorge era el que me iba a recoger porque yo no conocía Bogotá y me perdía. Él me recogía en la mañana y nos íbamos a almorzar por ahí, a veces nos íbamos a pasear y en la tarde me volvía a mi trabajo hasta el próximo fin de semana.

Mi mamá no me enseñó que las mujeres se desarrollaban y cuando estaba trabajando me llegó por primera vez y otra muchacha que trabajaba conmigo me enseñó a utilizar las toallas higiénicas que en ese tiempo no utilizaban las mujeres del campo, nosotras usábamos trapos. Eso para mí era vergonzoso pero así me toco aprender y la patrona me enseñó a arreglarme.

Mis patrones se iban para otro país y le dijeron a mi papá que me dejara ir, pero él no lo permitió y me cambiaron de casa por allá en el barrio Santa

Isabel. A mí sí me hubiera gustado irme. Venía a ver a mi papá y a mi mamá solo de vez en cuando y me tocaba llegar a hacer oficio, esa era la bienvenida pero no había nada que hacer.

En esos tiempos no había sistema de salud obligatorio como ahora, si nos enfermábamos nos curaban con aromáticas o remedios caseros. Teníamos que estar muy pero muy graves para que nos llevaran a medico particular. La gente en ese tiempo moría por pura ignorancia, ya que para ellos todo eran mañas. A Dios gracias nunca me enferme gravemente. Ir al odontólogo no era importante, ya que a la gran mayoría se nos dañaban los dientes por comer tanta panela, y lo que nos enseñaban nuestros papás era quitarnos los dientes y colocarnos caja de dientes para no tener más problemas ni dolores, ese era el miedo de nosotros.

No habían baños, lo que se utilizaba eran las letrinas. Debajo de la tierra hacían unos huecos muy hondos y allí se depositaban los residuos. No se utilizaba papel higiénico sino pasto y hojas de cuaderno, todo se mandaba en las letrinas las basuras se quemaban porque no nos daban tanta información sobre lo que se debía hacer. Nunca hubo entidades del gobierno que organizara campañas, ni nadie que enseñara y vigilara todo lo que tuviera que ver con higiene.

La educación en esos momentos no era importante. Solamente aprendíamos a escribir el nombre y a hacer cuentas, ellos decían que la educación era solo para los ricos y no habían oportunidades de estudiar sino hasta la primaria. Lo realmente importante era conseguir un trabajo, esa persona que lo hacía era un genio total.

Las mujeres podíamos colaborar en la cría de animales como los marranos, las chivas, los terneros, las gallinas; en el ordeño de las vacas, la leche la cuajamos para quesos, cuajadas y muchas recetas más que vendíamos para nuevos ingresos al hogar. Cuando mi esposo sembraba en enero y junio, el resto del año tocaba ir atendiendo la papa. Me levantaba a las 5:00 a.m. y me daban hasta las 10:00 p.m. lavando loza y pelando papá para cocinar el otro día para los obreros. Y así era un ahorro, a los hijos los poníamos a ayudar: las niñas ayudaban en la cocina y los niños en las siembras. La plata la cogía los esposos, pues según ellos las mujeres no sabían manejarla.

Los oficios de la casa en general me tocaba hacerlos a mi sola. Los niños y el cuidado de ellos era mi responsabilidad, mientras él se iba al siembro en la mañana hasta la tarde. Los fines de semana él se iba a tomar con sus amigos y a mí me tocaba quedarme en la casa con los niños, era muy duro. Pero lo

importante en ese tiempo era que el hombre tuviera el cajón del mercado lleno y listo eso era un excelente hombre.

Era principal la iglesia para nosotras las mujeres, ya que desde niñas nos inculcaron en el hogar que debíamos llevar nuestras vidas en torno a las leyes que ellos daban. Para mí era muy claro que si salía de mi casa con un hombre tenía que ser casada. Y esas mismas ideas se las enseñé a mis hijos. Las mujeres teníamos que usar un velo en la cabeza para entrar a la iglesia ya que era una forma de respeto y la que no lo hiciera era deshonrada.

Cuando empecé mi noviazgo podía salir a fiestas porque mi novio le pedía permiso a mi papá. El que fue mi novio en ese tiempo se convirtió en mi esposo. Cuando me casé realmente empecé a salir y a pasear porque mi esposo siempre me llevaba con él. Pasear y salir a fiestas no me era permitido cuando estaba soltera. Mi padre decía que las mujeres tenían que estar siempre en la casa con mi mamá y solamente trabajar, como yo fui la única mujer en mi hogar él me ponía a fumigar la tierra y las siembras. Mis hermanos sí podían salir a tomar los fines de semana, a ellos les pagaban un peso y a mí que me tocaba hacer oficio en la casa y trabajar en los surcos, nunca recibí un peso y me tocaba quedarme en la cocina con mi mamá. Uno se casaba más por aburrimiento que por amor.

Mi papá no permitía tener novio entonces una amiga era la que nos ayudaba a mí y a mi novio para poder vernos. Mi novio decidió hablar con mi papá pero cuando él supo que nos íbamos a casar, ahí sí lo aceptó. Con mi esposo dejábamos los niños con mis papás y nos íbamos a fiestas. A veces lo acompañaba en las madrugadas a vender la papá en Corabastos, desayunábamos y nos íbamos a pasear a Bogotá, en la tarde volvíamos y mi mamá me traía los niños. No planificaba ya que en ese tiempo nos habían inculcado que era malo, que teníamos que tener los hijos que Dios quisiera. Con mi esposo nos poníamos de acuerdo para tener cada dos años nuestros hijos y sí nos funcionaba, mis cuñadas venían y me comentaban que tenía que ir a planificar pero nunca estuve de acuerdo con esos métodos, me parecía malo. Él siempre tomaba las decisiones y yo siempre estuve de acuerdo.

Cuando era niña me tocaron las condiciones más duras, dormíamos en guacales y pisos de tierra. No teníamos alimentación diaria y el vestuario era un milagro. Pero cuando me case mi esposo me compraba la ropa a gusto de él, pero tenía buen gusto. Y nunca me hizo falta la comida, todos los meses hacia mercado por bultos y siempre teníamos carne.

Algunas veces tuvimos problemas porque a mí no me gustaba que tomara.

Una vez llegó muy borracho y me pegó, hablé con el papá de él y le conté lo que había sucedido y el vino a la casa y lo regañó y desde esa vez nunca más volvió a pegarme. Fue unos momentos muy duros pero más duro fue cuando él se enfermó, se sentía mal desde hace tiempo pero nunca me hizo caso de ir al médico. Un día vino un compadre y lo llevo a las malas al médico porque lo vio muy mal, le hicieron exámenes y así se dieron cuenta que tenía cáncer de estómago. El doctor nos dijo que la única forma de salvarlo era operándolo y así lo hicimos, pero fue peor porque al poco tiempo se murió.

Me quede sola con 5 hijos: uno de 12 años, el otro de 10 años, 8 años, 6 años y de 3 años. Y no sabía que hacer al principio, me entregué al alcohol del desespero. Mi mamá cuidaba los niños en ese momento. Pero la familia habló conmigo y me hicieron caer en mi error. Entonces empecé a sembrar en compañía de mis hijos hombres, me tocó sacarlos de estudiar para que me ayudaran en el trabajo del campo mientras yo cocinaba. Mucha gente me robó porque yo no sabía negociar y me robaron todo lo que él me había dejado. Las dos hijas mujeres las internamos en un colegio de monjas y nosotros buscamos la plata para sacarlas adelante y lo logramos, las hicimos estudiar todo su bachillerato. Ha sido muy duro pero más dura ha sido la soledad, ya que por respeto a mis hijos no busque más compañeros. Mi esposo aún me hace mucha falta y lo sigo queriendo como hace 36 años.

En ese tiempo teníamos las costumbres de usar las comadronas o parteras, ellas nos arreglaban en el embarazo y nos asistía el parto, cuando llegaba la hora mi esposo iba y las buscaba para avisarle que ya era la hora del parto. Y nunca fui a un médico en ningún embarazo. Los embarazos eran normales yo trabajaba y llevaba los almuerzos a los obreros así, con mi gran barriguita, y yo me sentía normal no me limitaba en nada. La comadrona me sobaba todos los meses para que no se viniera antes de tiempo el bebé. Y nunca fui al médico.

La vivienda variaba ya que dependía del hombre, uno de mujer vivía donde el esposo lo llevara. Si era un rancho o una casa todo lo teníamos que aceptar.

Los bulto que traían en ese tiempo eran en costal de fique tupido, las galletas venían en tarro y el grano siempre venía suelto. Las herramientas eran azadones, no como ahora que son las pailas, y las hoces con las que cortábamos el trigo. No había luz y teníamos que usar lámparas de gasolina y pilas para los radios que eran nuestro unico medio de comunicación. Por alguna razón desde Bogotá teníamos que mandarla con algún conocido no habían teléfonos comunales y mucho menos celulares. Las planchas eran de carbón muy pesado y complicado, para que la ropa no se manchara ni dañara tocaba almidonarla para que quedara bien presentada.

Las mujeres no teníamos mucho derecho después de casarnos de visitar la familia, teníamos que pedir permiso a nuestros esposos. A uno ya no se le daba nada porque así lo criaba a uno la mamá, a nunca desobedecer al esposo ya que la cultura del campo es así y nadie la hacambiado.

# Po, yo te quiero mucho

Mariá Del Carmen Tascon De Urresta

**E**ra un día como todos los días. La Po Carmenza se levantó después de la segunda alarma de su despertador y de un salto bajó de su cama, se refrescó un poco y llegó al baño. Allí la esperaba una calentita ducha que la dejaría lista para iniciar sus labores. Tomó un poco de café y salió a prisa hacia su colegio. — ¡Buenos días, mis amores! ¿Cómo amanecieron?

— ¿Excelente?, muy bien.

Se escuchan los gritos de sus pequeños y pequeñas que la esperan cerca de la puerta todos los días de clase.

— Ahora sí, entremos y ayúdenme a bajar sillas y a arreglar el salón.

Así transcurren los días, semanas y meses de vida de la Po Carmenza y de sus hijitos, como los sabe llamar.

—Yo los regaño porque ustedes son como mis hijos y las mamás regañan a sus hijos porque los quieren y desean que ellos sean los mejores.

Por eso, de vez en cuando alza la voz diciendo: — ¡A ver, allá, el niño Duván! Él se queda mirándola y ella también le sostiene la mirada y le llama la atención con firmeza. Duván, un niño de seis años, piel trigueña, bonito como todos los niños, alegre, inteligente y muy inquieto, se mete debajo de la mesa como una forma de escapar del regaño de su Po. — ¡Sal de ahí o me enoja más!, pero él no hace caso. La Po Carmenza sabe que él, en su pequeña cabecita, tiene muchos problemas como no poder entender por qué de un momento a otro su mamita se fue con otro señor y lo dejó al cuidado de su papá, un hombre joven pero de poca educación que solo lo trata con brusquedad. Su abuela que

a pesar de ser muy mayor lo quiere mucho y vive por él y sus tíos, algunos, ni se preocupan por él, solo su tío Jhon.

La Po Carmenza continúa con su clase y se olvida un momento de Duván, porque como ella dice, son niños y se concentran en revisar las actividades que realiza cada uno de sus pequeños. De pronto, siente un beso en la mejilla y una voccecita que le dice: —Po, te quiero mucho. —Yo te quiero más, contesta ella mirando a su pequeño Duván.

Este es uno de los momentos maravillosos de la Po Carmenza. Por un instante, a su mente llegan recuerdos significativos que ha tenido a lo largo de su vida como profesora. — ¡Ah! ¿Qué será de Juan?, que anécdota—. Ella les estaba contando que en Estados Unidos existe una ciudad maravillosa llamada Disneylandia, donde se encuentran todos los dibujos que se ven en televisión y en cine. Entonces, un niño alza la mano y dice:

—Yo sí conozco profe.

— ¿Si, y con quién fuiste?

— Con mi mamá, profe. El niño seguía, —Y yo todo el camino del viaje me dormí.

— ¿Cómo así?, repuso la profesora. ¿Y en qué se fueron?

— En la Cootranar, profe. La Cootranar es un bus interdepartamental de Nariño.

Otro día la profesora Carmenza comenzó a revisar como de costumbre la tarea. —Muy bien, replica ella. ¡Excelente!—. Cuando le tocó el turno a Manuela, ésta se asustó.

— ¿Qué pasó Manuela? ¿Dónde está tu tarea?

— No la hice profesora, dijo Manuela.

— ¿Cómo así? ¿Por qué no la hiciste? Y tú mamá ¿no dijo nada?

—No, es que ella se murió, contó Manuela.

— ¿Qué es lo que dices?, preguntó la Po Carmenza.

—Sí, mi mamá se murió.

La profesora sintió un dolor muy profundo y se sintió muy mal. ¿Cómo había podido regañar a una niña porque no había hecho una tarea si su mamá estaba muerta? La tomó de la mano y salió con ella hacia donde la coordinadora de su colegio. — ¡Ay, Mariana!, mira yo regañando a esta niña porque no hizo la tarea y su mamá está muerta—.

La coordinadora, que conocía a la mamá de Manuela, lanzó un grito y las dos comenzaron a llorar — ¡No puede ser, no puede ser!, decían las dos.

— ¿Qué le pasó?, preguntaron a Manuela.

— De la rodilla, respondió la niña que miraba cómo su profesora y la coordinadora lloraban.

— Pobrecita, tan pequeña y sin mamá, se decían entre las profesoras.

La profesora Carmenza le pregunta a Manuela — ¿Y dónde enterraron a tú mamá? — Allá, dijo Manuela, señaló a lo lejos, justo donde quedaba el cementerio. — ¡No, no puede ser!, y seguían llorando. De pronto, la coordinadora dice —Voy a llamar al abuelito, ¿cómo es posible que no avisarán?—. Manuela se queda mirándolas y dice —No, casito se muere.

En otra ocasión, siendo mitad del año escolar sucedió que Yesid; un niño muy inquieto, un poco grosero, pero muy agradable, despierto y conocido por todos como El Presidente, tenía dificultad para pronunciar algunas palabras y por ello asistía a terapia de lenguaje; fue designado por la profe Carmenza como presidente del curso para motivarlo y hacer que se portara bien, ya que debía dar ejemplo a sus compañeros y compañeras. Yesid se había ganado el cariño de las profesoras y de la coordinadora. Un día vio a la coordinadora, se acercó a ella y le dijo:

—Yo ya puedo decir el nombre de usted.

— ¿Si?, le contestó ella con alegría.

— ¿Cómo me llamo?, lo interrogó.

Y el niño, con una enorme sonrisa de satisfacción, le contestó —Coordinadora. Todos se miraron y soltaron una carcajada que no deja de sonar cada vez que ven a la coordinadora.

Otro día Danilo, ese niño inteligente, paliducho y muy inquieto de cinco años, que la tenía medio loca pero que le daba alegría por sus travesuras, en su ingenuidad se quería mover del puesto y se agachaba creyendo que ella no lo estaba mirando. Así era todos los días. En esta ocasión ella le dijo: —Danilo, le voy a avisar a tu tía para que vengan tu mamá y tu papá—. Por unos días él estuvo muy formal. Pero después, cuando él estaba molestando, la profesora volvió a llamarle la atención: —Danilo, voy a llamar a tus papitos—. El niño comenzó a llorar y dijo: — ¡No!, plofe, ¿qué quiere? ¿Qué no me den desayuno y yo me muera de hambre? ¿No sabe que mi mamita dijo “Danilo, si la Plofe me vuelve a llamar no te preparo el desayuno”? Entonces, yo me voy a morir de hambre, ¿eso es lo que usted quiere que me pase? —

Así, la Po Carmenza, una profesora de preescolar muy querida por los niños y las niñas de su institución, continúa inmersa en todo lo que le ha pasado. Cuando de repente siente otro beso en la mejilla y un —Po, te quiero mucho—.

Ya es la hora de salida y en la puerta está el tío Jhon, quien diariamente llega temprano y pregunta: — ¿Todo bien con Duván? — La Po Carmenza lo mira y le dice: —Hoy se portó mal, hoy no quiso trabajar. Debemos buscar ayuda—.

# Mujeres

*Luis Regulo Ortiz Bello*

-**B**uenas tardes señora teresa.

-Buenas tardes niño Ortiz.

-Señora Teresa Caicedo Rocha, hija del señor Melquisedec Caicedo y la señora Carmen Rocha, ¿me podría contar la historia de su vida?

-Claro mijo, nací el 15 de junio de 1960. Pues fue muy difícil, antes de comenzar tomémos un tinto.

-Gracias.

Ahora sí comencemos, en nuestra época las cosas eran muy diferentes a las de ahora. Nosotros no tuvimos tiempo para jugar nuestros padres ni siquiera un Juguete nos compraban, nuestros juguetes eran inventados por nosotros mismos y es que para qué juguetes si ni siquiera tiempo teníamos para jugar.

Para ir a la escuela mi abuela me hacía la ropa de los vestidos que ella ya no utilizaba y de zapatos se usaban alpargatas. Los tres años que estudié fueron difíciles, tuvimos de maestra una profesora. Los castigos eran feos, si uno se portaba mal o no hacía las tareas lo ponían de rodillas con los brazos levantados y con ladrillos encima, pero como no aguantábamos nos ponían las manos sobre una mesa y nos daban un reglazo; en ocasiones nos pegaban en las manos con palos de rosa o con una regla de palo de la escuela. Entonces imagínese con que ganas iba uno a estudiar, por eso y por el trabajo solo estudie hasta tercero de primaria. No jugamos casi nada porque nos tocaba ayudar a nuestros padres.

Mi juventud fue muy corta, antes me tocaba trabajar mucho ayudando a mi abuela que fue quien me crio junto con mi abuelo. Me tocaba madrugar a pastorear ovejas y a colocar las ollas para el desayuno de los trabajadores y de los que vivíamos en la casa. Me tocaba ayudarle a mi abuela a pelar el maíz para para la sopa y las arepas. También tenía que planchar con carbón, como en ese entonces el vestuario eran conjuntos de paño, camisas de tela muy delgada que se arrugaban muy fácil uno se demoraba para planchar. Para terminar con lo del vestuario los pocos zapatos que vendían eran de caucho, la mayoría de las mujeres eran de cabello largo y nada de pelo suelto, se lo recogían haciéndole trenzas amarradas con cordones o cabuyas.

Cuando tenía 15 años conocí a quien es hoy en día mi esposo. Después de casi un año de relación quede embarazada de mi primer hijo, a esta edad solo había estudiado hasta tercero de primaria, ahí termino mi niñez y mi corta juventud. Desde este tiempo ha sido solo lucha, me dio muy duro y como en ese tiempo no asistíamos al médico. Formalizamos nuestro hogar cuando tenía cinco meses de embarazo, contrajimos matrimonio por la iglesia. Después de la celebración todo volvió a la normalidad. Volvió el trabajo de cocinar para obreros, eso era pan de cada día.

En mi estado me tocaba cargar mazamorra de harina de maíz con tallos y como se cocinaba era en fogón o en hornillas, la casa que tuviera una estufa de gasolina era porque era de buenos recursos. Tocaba cargar los alimentos hasta el lote donde estaban trabajando. Cuando cumplí mis nueve meses de embarazo llegó el tiempo del parto, en ese tiempo llamaban a una señora que se hacía llamar partera o comadronas.

Era muy difícil tener un hijo en estas condiciones y a punto de aguas de hierbas, nuestra dieta era muy corta, pues el trabajo no daba espera. Con el nacimiento de mi hijo empezó otro trabajo y otra responsabilidad, y al mismo tiempo una lucha para sacarlo adelante.

Nuestros cultivos eran cultivos de papa, cebada y trigo. En ese año gracias a Dios nos fue bien con los precios, logramos comprar el lote pequeño donde ahora vivimos, mi esposo y yo nos pusimos muy contentos. Mi hijo mayor tenía 14 meses cuando quedé en embarazo de mi segundo hijo, todo ahora se hacía más difícil. Aún con tanto trabajo un niño pequeño y yo barrigona fue terrible, pero toco continuar trabajando. Cuando llego la hora del parto mi hijo casi se me muere, la señora que se hacía llamar partera se demoró mucho tiempo en llegar a atenderme y cuando mi hijo nació ya estaba casi ahogado, salió morado y sus deditos de las manos ya estaban engarruñados fue un susto tenaz.

Ya con dos hijos todo es más complicado pero cuando uno es emprendedor logra muchas cosas. Ese año de 1978 logramos de nuevo vender bien nuestras cosechas y así pudimos comprar el material para construir nuestra casa. Cuando se construyó la casa nos alcanzó para mandar instalar la luz eléctrica pero vivir solos era mejor, no era mucho lo que teníamos pero era suficiente para los cuatro. Dormíamos todos en una sola habitación, los niños en el piso en un colchón. Nos alumbrábamos con velas y así veíamos más que bien. Como en época antigua no había televisión pues no extrañaba uno eso.

Mi hijo mayor cumplió sus cinco años y lo enviamos a la escuela, para este entonces nuestra situación económica había mejorado un poco y no nos fue tan difícil comprarle lo necesario para su estudio.

Cuando mi hijo entró a la escuela por un lado, estaba muy feliz y contenta; pero por otro, me preocupaba más pues para llevar alimentación a los obreros me tocaba apurarlo porque no tenía con quien dejar mi otro hijo, lo dejaba y tenía que estar en la casa cuando el estudiante llegara.

Como mi hijo mayor era parte de una institución educativa teníamos que colaborar en la organización de fiestas, en estos años las fiestas sí eran bonitas. La gente participaba pero no por buscar problemas si no por pasarla bien y colaborar. Se hacían reinados pero con muchachas de la región y de manera muy respetuosa

Al año siguiente ingresó mi otro hijo a la escuela y tuve más tiempo para mis quehaceres diarios. Ponía a preparar los alimentos y mientras tanto lavaba, planchaba, limpiaba la casa, llevaba el almuerzo a los obreros y volvía a esperar a mis estudiantes. A pesar de mi poco estudio lograba ayudarles con sus tareas. Mientras nuestros hijos estudiaban nosotros trabajábamos para darles lo necesario. Ellos terminaron su primaria y no tuvimos la oportunidad de inscribirlos en un colegio, pues no había uno en la localidad y como no nos alcanzaban los recursos para pagar un arriendo, servicios y demás les toco quedarse acá colaborándonos con el trabajo.

Mi esposo le enseñó a mis hijos a trabajar en lo que él cultivaba, como ellos se iban a trabajar yo me iba con ellos también a trabajar. Como se cocinaba en fogón llevaba los alimentos que iba a preparar y allá en el cultivo prendía un fogón y cocinaba. Después de que pasara el almuerzo recogía el reguero y me venía para la casa a hacer los oficios.

Mi esposo con la ayuda de los hijos ya no tenía que pagar tantos obreros y ellos colaboraban con los gastos de la casa porque ya salían a trabajar a otros

cultivos. En el año 1986 volví a quedar en embarazo de mi tercer hijo, cuando nos enteramos de la noticia mi esposo, mi hijo mayor y yo deseábamos que fuera una niña, a mi hijo menor no le gusto la noticia porque era el consentido. En ese año prestaba servicio el hospital de Usme. Para mi este embarazo no fue tan difícil en cuestión de trabajo, pues mis hijos ya me colaboraban en cargar los alimentos para los trabajadores, en barrer la casa, en pastorear los animales que entonces ya teníamos. El día 28 de junio de 1987 llego la hora del parto. No sufrí mucho, a las dos horas de entrar al cuarto de parto nació mi hija, quien se convirtió en la adoración de mis dos hijos varones.

Como en las otras dietas, esta también fue muy corta porque el trabajo era lo primordial para el sustento de la familia. Durante varios años aparte del bautizo y la primera comunión de mis hijos nada más sobresalió. Para estas ocasiones no se hacían grandes festividades lo importante era cumplir con los sacramentos que más importantes para nosotros los católicos, los mismos que me inculcaron mis abuelos y los mismos que le he inculcado a mis hijos y nietos.

Mi hija estudió en la escuela de la vereda, la misma de Las Mercedes. Desde su primer año de estudio fue una niña muy juiciosa en sus estudios, durante su primaria obtuvo reconocimientos por su buen comportamiento y rendimiento académico. Al acabar su primaria ya existía el Colegio El Destino, y allí entro a estudiar. Mientras tanto nosotros continuamos trabajando en los cultivos de papa y compramos tres novillos para el engorde.

Pero uno nunca tiene un descanso o una despreocupación, mis hijos hombres comenzaron a salir solos a fiestas, a beber y a llegar tarde a la casa. Mi preocupación era infinita, no podía conciliar el sueño hasta que ellos llegaran. Mi esposo me decía que no me preocupara porque les habíamos enseñado buenos principios y por eso siempre llegaban bien. Después de varios años de diversión y parranda mi hijo mayor tuvo varios noviazgos. Hasta que conoció una muchacha sencilla y muy trabajadora, después de cinco años de relación decidieron formar una vida juntos, qué tristeza tan grande se iba de nuestro lado nuestro primer hijo.

Por otro lado mi hija estudiaba con mucha dedicación nosotros seguíamos trabajando no igual porque las condiciones de vida cada día iban cambiando. Ella terminó su bachillerato y se volvió otra de tantas preocupaciones. Qué iba a hacer mi hija si no podía irse a estudiar una carrera o un curso sencillo, pues para pagar un arriendo y pagar trasportes todos los días no nos alcanzaba la plata, le toco quedarse repitiendo mi historia, eso sin buscar marido tan joven. Ella me ayudaba en la casa, mientras tanto mi hijo menor

se fue con un tío a trabajar lejos de aquí. Allá él consiguió una muchacha de novia mucho menor que él.

Mi hija la consentida se casó a los 28 años de edad, eso fue una tristeza muy grande. Hoy en día ya vieja y enferma tengo tres hermosos nietos, mi esposo vive y mis hijos también trabajamos pero no igual. Para terminar puedo decir que la juventud de ahora quiere y pide de todo pero sin ellos hacer nada, viven en la gloria y gozando de la vida mientras sus padres trabajan.



# La Asesina

*Pablo Emilio Obando*

Rebeca solo atinaba a mirar hacia el techo de su desvencijada casa mientras sus dos hijos exhalaban su último suspiro. Pedro y Andrés, de siete y doce años, llevaban en su cuello como un collar no deseado el cable con el que minutos antes habían sido asfixiados por su madre. En ella no se podía ver arrepentimiento o dolor alguno, simplemente una mueca de ira o inconciencia se dibujada en su demacrado rostro que cada día debía soportar las inclemencias del clima para llevar así algo de comida a casa.

Desde las cuatro de la mañana, una vez calentada el agua de panela en la vieja hornilla de carbón, levantaba a sus hijos, los bañaba y les cantaba tiernas canciones que le hacían recordar sus días de niñez lejanos y perdidos entre sus memorias. Su padre la golpeaba una y otra vez mientras sus lágrimas se estrellaban contra el piso de barro de esa vieja choza sentada en una vieja colina, donde las estrellas parecían danzar en ritmos de colores y silencios. Sólo cuando su padre, ebrio y extraviado, colmaba sus instintos y la dejaba magullada y lastimada, su madre aparecía de entre la nada, como una sombra, triste y silente, para acariciar sus trenzas y darle pequeños golpecitos en su espalda queriendo con ello aliviar sus dolores y tristezas.

Durante dieciséis años la escena se repitió una y otra vez hasta que cansada y desesperada tomó sus pocas pertenencias y salió por esa estrecha puerta para nunca más volver; para alejarse de una vez y para siempre de esa miserable vida que era la suya. De su madre nunca más supo algo diferente hasta que vencida por la pobreza, la miseria y los malos tratos murió en una cama de hospital para pobres. Siempre le cantaba entre susurros canciones de príncipes y princesas, de reinos distantes y lejanos que un día aparecerían en su vida cambiándolo todo y para siempre.

Con sus pocas pertenencias Rebeca pudo instalarse en una pieza de inquilinato, la misma donde conocería a Gilberto; perdida, enamorada e ilusionada decidiría hacer realidad esa premonición de su mamá. En un principio sentía que sus días malos habían pasado, que eran cosas del ayer, que nuevos días y nuevas risas se abrían camino en su vida desdichada. Hasta que empezó a sentir que en su vientre se abría paso una nueva vida; nada importaba, su estómago crecía y sus esfuerzos se multiplicaban para conseguir unos pocos centavos y así contribuir a la menguada economía familiar. Todos los días se levantaba temprano, hervía el agua, guardaba la loza y bajaba la colina para llevar a los clientes una aromática o una taza de café que algunos acompañaban con un pan o una gran galleta de harina. Los primeros golpes los recibió de Gilberto cuando vio, o creyó ver, que sus ojos se encendían cuando le servía un tinto a ese joven que intentaba descansar de sus oficios sentándose en una acera próxima a su casa.

Entonces recordó a su padre, a ese viejo borracho y maloliente que la acariciaba en su piel de niña, a ese hombre que convirtió en infierno su niñez y la existencia de su madre. Y pensó que todo era un mal sueño que no podía repetirse una vez más en su piel y en la de sus niños. Intentó un milagro, invirtió lo producido de dos días de trabajo en un brebaje hecho exclusivamente por una pitonisa que le garantizó desde la primera toma que su hombre cambiaría y se volvería mansito como un pequeño gato. Luego, visitó al sacerdote de su barrio en procura de una bendición para que en su hogar hubiese paz y prosperidad. Pero ni fuerzas divinas ni demoniacas lograron que Gilberto cambiara, por el contrario, cada día su agresividad era más notoria y fuerte.

Para Rebeca sus únicos instantes de alegría y paz estaban marcados claramente entre la distancia de su rancho y la escuela pública en la que Pedro y Andrés hacían sus primeras letras. Era un trayecto que se les hacía largo y misterioso, los habitaban las sonrisas en pequeñas cosas como adivinar a quien mirarían primero, quien vendería el primer tinto o quien lograba hacer una doble venta. Entonces celebraban como quien obtiene una gran presea: se abrazaban, se guiñaban los ojos, elevaban sus hombros con un orgullo único e inimaginable y hasta caminaban dándose ínfulas de gran rey. Casi siempre Rebeca les hacía ganar para permitirles el derecho de una moneda para su recreo escolar. Amaban esa rutina, la añoraban en los días en que no podían salir a hacer su recorrido, eran días en que el dinero no alcanzaba para comprar los insumos o Gilberto los había derrochado en una cantina de su barrio.

Se despedían tiernamente y con devoción, una pequeña y a la vez inmensa cruz cortaba el aire para llegar hasta sus frentes infantiles y risueñas. Nada

importaba, sus pies podían lucir unos viejos y raídos zapatos que parecían un pedazo de cuero con algo de cordón, y a veces sus sacos deshilachados dejaban entrever una camisa igualmente rota y desgastada. A pesar de esto solo importaban sus miradas, sus caricias, sus palabras de “hasta la noche mamáita”, mientras sus brazos pequeños y frágiles la rodeaban para sentirla cerca por unos instantes más. No importaba el hambre o el hecho de aguantar frío cada mañana; lo primordial era sentirse cerca, saberse unidos en medio de su pobreza.

Muy entrada la noche llegaba nuevamente Rebeca a su “hogar”, donde un príncipe azul convertido en sapo la esperaba para agredirla con sus palabras, sus insultos y sus bocanadas de sandeces que la hacían sentir menos mujer, menos madre y menos ser humano. De nada valía que entre sus bolsillo unas cuantas monedas tintinearan o que sus manos arrugadas y cansadas de tanto arañar el día en busca de clientes imploraran un poco de descanso y paz. Una y otra vez recibiría únicamente maldiciones y gritos cuando llegaba con sus ollas vacías, sus cafés agotados y sus tortillas vendidas. No era cosa fácil pero sabía cómo ingeniárselas para embolatar a las autoridades cuando le pedían los permisos y los papeles para poder vender su mercancía. Sonriente y atrevida entregaba al policía el mejor de sus cafés en un vaso doble, con tortilla fresca y la promesa de arreglar sus cosas para el próximo día.

Por eso, a todos les sorprendió cuando los noticieros informaron sobre el crimen de Rebeca. Según decían, había asesinado a sus hijos estrangulándolos con una cuerda. Los había asfixiado lentamente, como queriendo con ello causarles el menor daño posible, lo hizo en una especie de ritual en el que buscaba exorcizar su existencia y los recuerdos de su niñez, las pobrezas y las miserias de sus pequeños Andrés y Pedro. Para todos fue fácil dictaminar su sentencia en una especie de cruzada pública que buscaba castigar un acto tan atroz. Solo Rebeca, enajenada y perdida, diría en los primeros instantes que no quería que sus hijos vivieran en un mundo cruel y egoísta, donde lo único que parece importar es la capacidad adquisitiva; en un mundo donde no importan sueños y en el cual te abandonan a tu suerte. Rebeca repetía, una y otra vez, que no quería ver a sus pequeñuelos Pedro y Andrés deambulando por las calles frías de su ciudad o convertidos en unos seres tan deplorables como su padre Gilberto. Y entonces, movida por ese pensamiento e impulsada por sus deseos dio de beber una taza de café a sus hijos con unas cuantas gotas que no les harían sentir dolor alguno.

Así la encontraron, sumergida en llanto, temblándole sus manos y repitiendo maquinalmente una cancioncilla que recordaba mundos fantásticos y reinos distantes. Recorrieron la propiedad y solo encontraron

unas cuantas tazas desportilladas y descascarilladas junto a un viejo delantal. La acusaron de homicidio agravado.

Los medios clamaron justicia y la opinión pública pidió un castigo ejemplar: Rebeca no se defendió y solo dejó entrever que los reinos de príncipes y reyes no existen en un mundo como el que ella habita o que las promesas de justicia y paz solo son anuncios distantes de su país y su gente.

Lo último que pudo decir, antes de perderse definitivamente en la locura, fue que Pedro y Andrés habitaban en mundos en los que la mano del hombre jamás los tocaría para mancharlos con sus intereses mezquinos y utilitaristas, y que no se arrepiente de nada pues a pesar de tanto café vendido solo les alcanzaría para repetir su existencia en muchas Rebecas que, como ella, lo único que buscaban en la vida era un príncipe azul, un poco de amor y una choza humilde para hacer realidad sus sueños. Rebeca no volvió a hablar y solo de vez en cuando una cancioncilla se dejaba escapar de su garganta.

ARCANGEL



# ¿Me regala una muñeca?

*Adeline Vargas del Castillo*

¿Me regala una muñeca? Fueron las palabras de la niña Damaris de 6 años, luego de recuperarse de las intervenciones quirúrgicas que le fueron realizadas a causa de las puñaladas que recibió el día anterior; mientras su hermanito de cuatro años apenas la contempla y sonríe desde la camilla que le correspondió y en la que está conectado a oxígeno, suero y drenaje por las puñaladas que también recibió y que afectaron su pequeño pulmón.

Este par de niños solo sueñan con jugar y volver a su hogar, no comprenden porque dos hombres que incursionaron a su casa los atacaron de la manera que los llevo hasta el hospital de Tumaco. Mientras tanto observan tantas personas extrañas para ellos en el hospital, excepto el bendecido Nabor quien era amigo de su padre y que hace un tiempo les regaló una muñeca y un balón.

No es claro lo que pasó con esta familia de cuatro personas, solo hablan los inconcebibles hechos. El señor Hernán, el padre de familia, asesinado a balazos y a cuchillo; su esposa, recibió un disparo y varias puñaladas en el cuello y espalda, permanece inconsciente y aunque en ocasiones despierta no reconoce a nadie; el niño fue apuñaleado varias veces en su espalda y cuello, además su pierna derecha muestra una herida fruto de quemaduras; la niña con varias puñaladas en la espalda aparentemente fue electrocutarla por las quemaduras que presenta. Se salvaron, es un milagro, el instinto de protección de Paola, la madre, la llevó a salir herida y arrastrándose de su casa para pedir ayuda a un familiar.

En la vereda de la Guayacana, en la noche del miércoles 4 de enero de 2012, dos sicópatas tomaron la fría decisión de acabar con toda una humilde familia incluyendo a sus indefensos niños, ¡No tienen perdón! La justicia debe actuar,

no es posible que esta gente siga suelta. Me entero luego que estos hombres han sido asesinados. Se hará el levantamiento de Hernán, el padre de los niños, y de sus dos asesinos en el mismo momento.

No es posible que la sociedad este en tal grado de degeneración para terminar con la vida de alguien y destruir su naturaleza. Acabar y destruir pareciera que es la premisa humana.

La niña juega en su camilla con la nueva muñeca que recibió y su hermanito al frente, se queja de dolor sin dejar de sujetar el carro que le acabaron de regalar.

# *Retazos en colores con alma de mujer*

Martha Cecilia Ortiz Quijano

*“Mi abuela es palmera,  
su espalda marimba de chonta  
tocada por el sol.  
Mi abuela es negra  
como las noches sin luna  
su cabello en cambio es nieve rebosada  
y en su sonrisa de alondra viajera  
se alojan todas las estrellas.  
Mi abuela lleva la primavera en su vestido  
menea su cuerpo altivo  
impulsada por olas del mar”.*  
Martha Ortiz.

**E**sta pequeña historia que contaré, son retazos de vida que he reconstruido poco a poco sobre algunas mujeres de mi familia, en total cinco: dos bisabuelas, mis dos abuelas y la historia de mi madre. Empezaré este relato como comienzan todas las historias.

Erase una vez, en un pueblo muy lejano al sur de Colombia, vivía una mujer llamada Francisca, quien era una de mis bisabuelas maternas. Francisca oriunda de Barbacoa - Nariño, mujer de cualidades muy especiales, una mujer alta, negra, fuerte, alegre; con un gran talento para la música y el baile, en su casa se hacía reuniones y tertulias musicales frecuentemente, en donde se tocaba la marimba, retumbaban los tambores, los cununos y uno que otro guazá. El guazá es un instrumento de madera, de forma cilíndrica con semillas adentro, donde las mujeres o cantaoras los toman con sus dos manos y lo mueven de un lado a otro, produciendo un sonido parecido al de la lluvia (realmente hermoso). Me cuenta mi madre que su abuela Francisca, usaba unos pollerones largos muy coloridos, bailaba al ritmo de la música y

cantaba elevando un pañuelo. ¡Toda una matrona! Eso es lo que siempre dice mi madre, - una matrona era mi abuela-. Así, es como la recuerda, con gran melancolía.

La otra abuela de mi madre, se llamaba Salomé Estupiñán, la recuerda como una mujer bella, mulata, cabello largo ensortijado, menudita y de baja estatura. Ella no fue una mujer sumisa y mucho menos tradicional, venía de una familia de mineros, al igual que la de su esposo. Por esos años de comienzos del siglo XX había una especie de fiebre por el oro en Barbacoas, sus habitantes, principalmente se dedicaban a esta actividad, entre hombres y mujeres por pareja. Entonces, la bisabuela Salomé se levantaba bien temprano se ponía su sombrero y sus botas, bajaba de su casa acompañada de su hija menor llamada Clemencia y mi madre, se dirigían hacia el río Telpí a hacer barequeo, cada una con su respectivas bateas de chachajilo o bateítas, como dice mi madre, en las que buscaban piedritas de oro, era una especie de juego según recuerda mi madre. En las tardes Salomé se dedicaba a la modistería, esa era su verdadera pasión, oficio heredado de su madre, por muchos años se dedicó ella a esto. Siempre fue una mujer trabajadora y luchadora, pero en su vida no todo fue color de rosa, su vida amorosa fue un tanto turbulenta y llena de dolor.

Quisiera contar la historia de amor de la bisabuela Salomé, quien era la abuela de mi madre. Estando muy joven se casó con mi bisabuelo Román cuando apenas iba a cumplir sus quince años, pero su matrimonio duro muy pocos años. Román murió dejando a mi bisabuela viuda y con cinco hijos. Pero unos años más tarde se casaría nuevamente.

Que una mujer de comienzos del siglo se casará a temprana edad, era la norma, pero que se casara dos veces era muy raro y más extraño si los dos hombres con los que se casaba eran hermanos. Mi bisabuela se casó con el cuñado, el hermano menor de mi Bisabuelo Román. Valentín Rodríguez, así se llamaba. A nadie le consta, pero dicen, que Salomé y Valentín se enamoraron justo después de que él llegara de un largo viaje. Cuando regresó nuevamente a vivir a la casa paterna, tenía tan sólo 18 años. Dicen que ellos vivieron un amor secreto, como esos de novelas, pero que fue mucho tiempo después de la muerte de Román que decidieron enfrentar al mundo, a las familias y a un pueblo entero, -pueblo chiquito, infierno grande-.

Por esa época me imagino que todo sería más complicado para ellos, y así fue. Pese a todos los opositores, Salomé se casaría con Valentín o -Papá Valentín-, como le decía mi madre. Al fin y al cabo, él fue el único abuelo que conoció mi madre en toda su vida. Tuvieron una larga vida, pero no una buena unión.

Juntos murieron de viejos bajo el mismo techo odiándose, quizá por los remordimientos, por todas las lágrimas, todo el dolor y por la vergüenza que causo ese amor.

Quiero contar un retazo de historia de mi abuela Robertina, mejor conocida como Tina o Tita. Era una de las mujeres que más he admirado en toda mi vida. Tina era una mujer negra, alta y con rostro duro, pero para mí ella sencillamente era una mujer estupenda, valerosa, trabajadora, pero con un temperamento fuerte. De sentimientos duraderos y cuando decía: ¡No!, era no. A mi abuelo nunca le perdonó su abandono ni siquiera en los momentos que se enteró de su fallecimiento. Es de esas mujeres como pocas, empoderada de su vida.

De mi abuela recuerdo cómo se esmeraba en atenderme cuando iba a pasar vacaciones de niña a su casa en Tumaco. Me preparaba comidas ricas, de pescados, cangrejos, jaibas y todas las delicias del mar siempre acompañadas de un pedazo de plátano cocinado. Ella las preparaba en su fogón de carbón que tenía en la parte trasera de esa casa de madera, para atizarlo usaba un abanico tejido en hojas de palma de iraca.

Mi abuela cuando preparaba encocados o hacía cocadas se tiraba en la tabla o piso de la cocina. Sobre su falda ponía un trapo y una tapa de coco que raspaba con una de las caras de la concha de la piangua, ésta tiene unos calados en forma de sierra y es usada por mujeres del pacífico para sacarle la leche al coco. Es una práctica ancestral que luego fue remplazada por la licuadora.

Recuerdo cómo, antes de que regresara a Cali, nos preparaba a mis hermanos y a mí cocadas con maní. Las envolvía en hojas de plátanos, como si fuera un ritual. Mi abuela Tina recuerdo que fue una sola vez a Cali cuando yo era niña, nunca le gustó “ese Cali”, como ella decía. No soportaba el calor, el ruido y esas calles todas pavimentadas. Decía que al menos en su pueblo llevaba una vida más tranquila, que tenía su pescadito y su pedazo de plátano para echar a la olla y que le pedía a Dios que nunca le tocará ir a vivir a la “sucursal del cielo”.

La casa de mi abuela Tina era humilde, con algunas carencias pero lo que sobraba en esa casa era mucho amor. Mi abuela, había dedicado su vida a criar a sus hijas a punta de costuras, ella heredó el oficio de su madre y una máquina de coser Singer con mueble de pedal, que le proporcionó lo suficiente para darle de comer a sus hijas durante muchos años. Fue la mejor modista, mi madre siempre decía que La Tita era una modista fina. Se especializó en hacerles los vestidos de novias a las mujeres de todo el pueblo.

La historia que les quiero contar a continuación es la de mi abuela paterna Salomé Ortiz, una mujer nacida a principios del siglo XX en un pueblo de Nariño. Ella una mujer muy bella, menuda, de baja estatura, cabello lacio y muy negro, ojos oscuros y mirada profunda. Siendo muy joven fue madre soltera, tuvo dos hijos: Julia, mi tía mayor, y Manuel, mi padre. Quedó preñada de un forastero y comerciante que llegó por esos años a su pueblo, convivieron durante un tiempo y luego este hombre desapareció; venido de no sé dónde, dicen, que él era un hombre muy “buen mozo”: alto, blanco, pelirrojo y ojos claros. Mi madre no lo conoció, pero me cuenta que años después regresó a esas tierras a buscarla a ella y a sus hijos. Mi abuela que era orgullosa, eso dice mi madre, no quiso recibir nada de este hombre, ni siquiera que sus dos hijos llevaran el apellido de él. Así es como mi abuela les dio su apellido a sus dos hijos mayores.

Pasados unos años, mi abuela Salomé Ortiz se enamoraría de otro hombre de tierra que se hizo a unos negocios y le dio un buen futuro a mi abuela, así rehizo su vida junto a él. Éste hombre, el nuevo amor de mi abuela Salomé, curiosamente era un hombre con características físicas muy parecidas a las de su primer amor. Era un hombre alto, de complexión fuerte, cabellos claros y ojos color verde aceitunas; este hombre se convertiría en el amor de su vida, se casaron e hicieron una familia juntos, de esta unión tiene dos hijos y dos hijas.

Al poco tiempo, cuando Colombia vivía una situación difícil, el esposo de Salomé fallece prematuramente. Entonces, mi abuela debe decidir qué hacer con su familia. Mi abuela después de vivir muchos años de felicidad se ve obligada a venderlo todo, el negocio que le había montado su esposo: un hotel, restaurante y panadería, en donde ella misma con sus propias manos, preparaba el pan. Mi abuela aun con sus hijos e hijas adolescentes, migraron hacia Cali. Dejaron todo atrás, lo único que llevaron consigo fueron sus recuerdos. Mi abuela Salomé fue una luchadora incansable, quien vivió una larga vida y muerte tranquila rodeada de su numerosa descendencia.

Contaré brevemente la historia de mis padres, un amor nacido en un tren. Mi madre, Emma María, quien es una mujer de origen humilde del pacífico colombiano a finales de los años 50, siendo muy joven, conoció a mi padre en un tren. Ella estuvo viviendo unos años donde su tía Teresa en el puerto de B/ventura, después de un tiempo decidió regresar hacia Nariño, no sé en qué punto del viaje conoció a mi padre Manuel, quien trabajaba por esos años como ayudante ferroviario en la seccional pacífico.

Mi madre me cuenta estos hechos, sentada en su sofá, con una mirada melancólica y con un brillo especial como si todos los recuerdos le llegaran

de un golpe, él le ayudó a subir la maleta y fue una especie de amor a primera vista. Ella le dijo dónde iba a estar, se dieron sus datos y un mes después él fue a buscarla. Llegó con palabras de amor, durante los próximos cuatro meses tuvieron una relación de cartas y en diciembre llegó con anillo a palabrearla, como dice mi madre. Solo una vez se dieron un beso antes del matrimonio. Pasado este tiempo, mi madre y mi padre contrajeron matrimonio por la iglesia, ya que mi madre desde niña fue muy creyente en Dios. Por eso, le pidió a mi padre que el día de la boda fuera el 13 de febrero, día de la Virgen de Fátima.

Emma maría se casó cuando tenía diecisiete años, vivió en un matrimonio feliz durante sus primeros diez años. Pero las cosas empezaron a cambiar hasta que un día mi madre no aguantó más las infidelidades de mi padre y sus continuas llegadas tardes. Entonces un buen día, cogió sus cinco hijos y sus chiros y se fue para donde el papá, quien por esa época vivía en Orito, Putumayo. Se la llevó a ella y a sus nietos. Mi madre siendo ama de casa le tocó sacar adelante a su familia y acudir al oficio que le fue heredado de su madre y de su abuela, la modistería. Entonces, estando en una tierra ajena, como pudo compró su primera máquina. Mi madre empezó a coser vestidos día y noche a punta de mechero y velas. Años más tarde, mi madre y mi padre se reconciliaron. Decidieron darse una nueva oportunidad de vida, reconstruir su casa, su hogar y una vida en familia, de esa nueva unión nacieron mi hermano Carlos, Sandra y yo, la última de toda la manada.

Ahora pienso que las mujeres de mi familia, fueron valientes, luchadoras y que todos esos retazos de vida, de cada una de ellas, hacen que me sienta totalmente orgullosa de lo que fueron y de la mujer que soy. Llevo un trozo de cada una de ellas. Soy una porción, una colcha de retazos hecha vida.

# La maratón de una mujer

*Diana Patricia Ortíz Borja*

**U**na frase machista dice: ¡las mujeres son el sexo débil...! Lógico, ¿verdad? Somos capaces de llevar en nuestro vientre un ser, parirlo con los dolores mas desgarradores que cuerpo alguno pueda soportar, con nuestros senos heridos lo alimentamos y allí empieza la más dura y hermosa maratón en la que se convierte nuestra vida.

Mi nombre es Diana, tengo 32 años, soy madre soltera, ama de casa, gerente y dueña de una empresa cafetera. Líder, amiga y vecina de muchas mujeres que como yo nos multiplicamos por 50 o hasta mas, para cumplir con nuestras tareas en el hogar, con nuestros hijos, esposos, la finca, los animales, el jardín, el café, los trabadores, en fin. Con una jornada de 16 o hasta 18 horas.

Nosotras somos multifuncionales, nuestro cerebro codifica más de 5 pensamientos a la vez:

- Hay q revolver el café.
- Se están quemando los frijoles.
- hay que cambiar al niño.
- José tiene sed.

¿De verdad crees que un hombre culminé satisfactoriamente un solo día con todo lo que hace una mujer? Al medio día está pidiendo auxilio.

El trabajo que hace un hombre es admirable, pero el de una mujer magistral. Y pocos entienden el conflicto de nuestras hormonas, el estrés, la ansiedad y

la angustia. ¿Cuál es nuestra recompensa? Ver realizado con frutos positivos nuestro esfuerzo, ¡Que alivia nuestro cansancio! Un beso de nuestros hijos reconforta nuestro espíritu, saber los retos que nos esperan al día siguiente, sin importar los achaques típicos de una mujer.

Somos la base de una sociedad. Dios nos dio la institución, la sabiduría, el amor, la templanza, la disciplina, la constancia, la paciencia, la humildad y sobre todo verzaquera. Todo lo podemos hacer, creo que nada nos es imposible.

Mi rol en la sociedad no ha pasado desapercibido, creo que soy el ejemplo de muchas mujeres y el modelo para mis hijas. Persistente pero a la vez muy frágil, con muchos sueños y anhelos con toda la voluntad de compartir mis conocimientos, mis experiencias, mis consejos y mi forma de ver la vida. Gracias a las vivencias tanto buenas como malas que han moldeado mi personalidad.

Solo queda decir a esas mujeres que empiezan esta maratón, que sean fuertes y no se desanimen hay que seguir adelante con la ayuda de Dios.



# Marina Celis

Ángela Morales Tovar

C-136-Germania/Biblioteca L. Arango/Cra 10a. Las ventanas se transforman en telones cuadrados de azul oscuro y a medida que avanzamos, ennegrecen para proyectarme una película de recuerdos:

Corriendo el sendero las chancas sonaban, como tambor acompasado: rapidito, rapidito, luego chuask, sobre un charco pisaban, acompañaban los grillos y las chicharras, el viento, con murmullo incesante; una canción larga que acallaba mientras un pitar lejano se encimaba.

-Marina, apúrele que ahí está el camión del José-

La canción ya es otra y sobre las rodillas de la ma' el calor me arrullaba.

-Muy duro lo del compadre Toño, Dios lo tenga en su gloria, ¿para dónde van?

-Bogotá.

-¿Pero sin maleta? Por allá hace un frío el jijuemadre y la niña sin ni siquiera saco.

-Tiene el vestido...

-Otilia usted sabe que si por mi fuera, le hacía un rinconcito en la finca, pero la Rosalba se me encrespa donde la lleve, no es que la negra sea de mal corazón, es por los chinos, usted sabe. Mire yo le doy 100 mil pesitos pa' cualquier cosa.

-Tranquilo José, con acercarme al terminal ya tengo.

- Eso de perder el hogar, es muy duro, ustedes 2 solitas por ahí, no, no, no...

- ¿El hogar? El hogar está donde nos coja la noche pero juntas y vivas...

Suenan piedras del camino, tararea el runrún del motor, palabritas sesean, agudas y graves alternan, una nueva canción me acompaña...

-Mijita, no se me vaya a dormir que usted pesa mucho pa' cargarla, -Gracias José por acá nos quedamos, Dios le devuelva y le pague.

-Otilia, mucha suerte, oiga recíbame estos pesitos que le van a hacer falta.

La ma me carga, ya no le parezco pesada, otra canción comienza: sus tacones taca, taca, taca, piiiuiiiiiii, Radio Recuerdo me gusta más...

-Padrecito, yo ya no sabía qué hacer pa' dónde cojo con la chinita y ¿si me la quitan? ¿Y si me pasan a mejor mundo y ella queda solita? ¡Ayúdeme, ayúdeme!

-Otilia, si se enteran van a acabar con la iglesia.

-No, su reverencia, yo ya le dije a todo el mundo que me iba para Bogotá, mire yo le prometo que ni el sol nos vuelve a dar.

-Nos vemos, en la casa cural.

-Padrecito, que esa caridad le haga santo.

Las canciones que sonaron después de esa noche, hablaban del niño precioso, su padre y su madre que amaban al mundo, ave marías y ángelus. Desde el desayuno hasta la comida, mi ma' y yo juntas, barríamos la capilla, limpiábamos santitos, brillábamos copas y lavábamos blancos trapos bordados JHS. Éramos sombras chinas representando una obra de limpieza compulsiva. Los días se licuaron y se bebían mi tiempo y el de mi ma'...

-Otilia, quiero contarte, que hablé con un hermano mío en Bogotá, dice que puede recibirlas, que necesita de alguien que le ayude con su restaurante, en la cocina, les ofrece casa, además Marina puede estudiar, ya debería estar por lo menos en 5°.

Viajamos de noche, en la camioneta blanca, en la que llegaba el mercado los lunes a la iglesia, acomodada entre guacales y costales, escuché por última vez la canción de mi pa', la canción de mi ma', la canción de José y que ahora también era la del conductor y la de mi corazón...:

“Yo me bailo, mi guabina, con mi morena, con mi morena,  
al arrullo de las aguas del Magdalena, del Magdalena...”

El frío de Bogotá, era como el hielo, mis uñas permanecían moradas en las puntas, mi piel se reveló, se ajó, se enrojeció hasta que se acostumbró.

Era un cuarto tan grande como una de las casas del pueblo, cada una tenía su cama, con colchas de cuadrados blancos y amarillos, dormimos juntas porque mi ma’ dijo que me daba miedo dormir sola; la verdad, ¿yo de qué podría temer en este palacio?

El colegio fue toda una aventura, lo que el cura me enseñó sirvió para estar ahí, sentada en el pupitre de madera, con mi cuaderno de 100 hojas rayado y lápiz mirado #2. Aprendí matemáticas, español, historia, geografía... era la felicidad tangible, pero nada como el día en que entramos a la clase de la profesora Edith: ¡Ella y un tiple en la mano!

La profe Edith, entendía mis: taca, taca, chuask, tiiin...

-Mari, pon el dedo en el siguiente traste.

Los dedos bailaban por el mástil tropezando con los trastes, rascaba las cuerdas, con pasión medida, tururururururururi, tuririii.

Me casé con el tiple porque me recordaba a mi pa’ y a su guabina. Mis días son un constante sonar de dulce arrullo; toco, para pensar en el pueblo, en el arroyito, las mariposas, los grillos y las chancas rosadas, en mi pa’, toco para alegrar a mi ma’ que me tararea y me corrige, toco por hacerle feliz sus días con pedacitos del pueblo.

El colectivo se detiene, en la esquina está doña Otilia vestida de negro y pañolón rojo esperándome.

-Mija, casi no llega y yo sin saber dónde es que es esa vaina-

-ay ma’, tranquila, que ya llegué vamos a tomar algo caliente, que hay mucho tiempo-

-Mija, mire el cartel, léamelo porque no alcanzo a ver-

-Sala de Conciertos Biblioteca Luis A. Arango, Temporada de Jóvenes Intérpretes: Marina Celis-Tiple (Colombia)-

# *La realidad de nuestro trabajo como campesinas en nuestra tierra y en las ciudades*

(Fragmento)

*Aydé Rivera*

**Y**o vivo en San Isidro, en Inzá, Cauca. El lugar donde vivo tiene más o menos tres hectáreas. De ellas sólo se trabaja una hectárea y media, y el resto son reserva de aguas y otras no se pueden cultivar. Aquí cultivamos café, plátano, yuca, maíz, frijol, arracacha, frutales y hortalizas, etc. Para obtener esta tierra mi papá compró el primer lote con la plata de una vaca que le había regalado su tío, como pago de jornales. Después con el trabajo de los dos, con mi mamá, fueron comprando de a cuarto de tierra. En cuanto a mi familia sólo mi madre posee tierra. Nosotras las hijas ninguna, pero igualmente lo que se cosecha es para todos. En cuanto el uso de la tierra, los dos deciden qué van a sembrar. Nunca las hijas han peleado por sus partes, ya que ellos dos lucharon por conseguirla.

Las mujeres antes no tenían tierra porque no tenían cédula y los títulos eran todos a nombre de sus maridos. Pero siempre han trabajado la tierra sin tener ningún reconocimiento, hoy en día hay mujeres a las que todavía les pasa esto. Una de las causas, es porque no hay suficiente tierra y la otra, es por el poder que tienen los hombres. A mí me gustaría que las mujeres tuvieran su propia tierra para que decidan qué cultivar y cómo administrar la siembra.

El cultivo de la coca existía desde 1940. Cuando la época del trigo, las mujeres ayudaban a regar la semilla, lo cortaban cuando estaba jecho, lo ayudaban a llevar al molino, en la Quebrada de Topa, lo molían lo llevaban para venderlo y preparaban los panes y arepas con la harina. Cuando mi mamá era pequeña los mandaban con mi tío a cuidar el trigal, les hacían unas paceras altas y con las guaracas que les hacían espantaban los pájaros. Ahora en el café, las mujeres limpiamos la tierra antes de sembrar, hoyamos, cargamos semilleros, sembramos, abonamos, cogemos la cosecha, lo lavamos y lo extendemos para secarlo. Escogemos el bueno para venderlo, cuando es para la casa también lo pilamos, tostamos, molemos y preparamos el tinto. Es decir todo.

Mi primer trabajo fue cuando yo salí de vacaciones de mitad de año del colegio. Eran los comienzos de los años 1990. En esa época estudiaba en Pedregal, un corregimiento de Inzá, y de ahí me fui a trabajar a La Plata, Huila, porque quería tener mis cosas personales pero llegué a un lugar donde había gente de plata que no valoraban las personas que tenían como empleados. Cuando llegué, a mí me hicieron dormir en la pieza de la señora dueña de la casa. Pero a la muchacha que llevaba vario tiempo, y que era indígena y no podía hablar español la hacían dormir al lado del tanque del lavadero, sobre unos costales tendidos. Ahí duré 15 días pero el día que me tocaba sola preparar la comida me fui, no me sentía preparada para cocinar ya que era la primera vez que salía a trabajar y aunque la señora me enseñó, a pesar de no valorar el trabajo que desempeñaba la muchacha indígena, me pagó mil pesos.

Cuando mi mamá se enfermó de los pulmones y estuvo hospitalizada en Popayán, con ella me vine en vacaciones y regresé nuevamente a Popayán a finales de septiembre. Cuando regresé al colegio llegué muy tarde y no me recibieron y entonces decidí buscar trabajo, tenía que visitar en esa época a un familiar que estaba hospitalizado en el San José. Allí conocí a Duván y a Teresa, quienes trabajaban en el hospital, el primer día me dejaron a tres niños. Allí estuve tres meses, me trataron bien, todo el trabajo era compartido.

A principios de enero del año 1992 contacté unos teléfonos de Bogotá y una amiga me consiguió un trabajo y sin conocer compré el tiquete en el terminal de Popayán en un bus de expreso Bolivariano. Un viaje muy largo, era una extraña porque no conocía a nadie. Me tocó al lado del chofer y del ayudante, uno de ellos me preguntaba dónde iba a trabajar y que si tenía algún teléfono. Me dio mucho miedo, pensé que algo me iban a hacer. Le contesté que no, pues en el terminal me esperaban para recogerme. Llegamos a la madrugada y mi amiga estaba esperándome. Cuando comenzamos el trayecto en el bus hacia el trabajo estaba desesperada porque jamás llegábamos.

En 1992, estuve tres meses en La Plata, Huila, donde una profesora cuidando niños, me retiré de ahí cuando la señora me dijo que el marido no podía pagarme y que ella lo poco que le pagaban tenía que pagar las cuotas de la casa y otros gastos y que no alcanzaba para pagarme ya que su esposo se había separado de ella, él me pagaba pero vivía en otro lado, a lo último ya no quería pagarme y por eso peleaban ya que tenía que aportar.

Después, mi amiga me dejó donde ella trabajaba para cuidar otra niña de añito y medio. Tenía que prepararle la comida a la señora que trabajaba en el Banco Agrario; ella vivía en un apartamento pequeñito, ahí me quedaba bastante tiempo libre ya que me rendía el trabajo, duré 6 meses.

En la Plata conocí al padre de mi primera hija y viajé a Popayán, porque me encontraba embarazada, tenía que seguir trabajando ya que él no lo sabía. Se había presentado al Ejército en Cali y esta era una decisión que yo sola debía tomar y no involucrar a mi familia. Cuando nació mi hija, viajé al Batallón de la Policía Militar en Cali a llevarle la sorpresa a Gustavo de lo que había pasado nueve meses atrás. Él no se imaginaba ésta sorpresota, fui en compañía de una amiga que trabajaba allá. Cuando llegamos al batallón y preguntamos por él, no sabía en qué pelotón estaba hasta que por fin lo encontraron. Pero cuando le dijeron quién lo buscaba salió corriendo y se perdió. No sé para dónde se fue, después de ver que no era posible hablar con él decidimos regresarnos para Popayán con la niña y mi amiga se quedó en Cali.

# *No soy la modista que vive aquí*

*Ángela María Molina Castaño*

**N**acida de una familia campesina, mi mamá fue algo así como la décima de 14 hijos. De todos, tanto hermanos como hermanas, ella fue la única que nunca pisó una escuela pues para sus padres “que las mujeres estudiaran era botar la plata” porque “pa’ conseguir marido no hay que ir a estudiar y pa’ aprender a pelar plátanos está la mama en la cocina”. Sin embargo, la idea de leer la obsesionaba tanto que con una cartilla, de las que sus hermanos hombres dejaban por ahí, ella se hacía a un lado del camino que pasaba por su casa y esperaba a que algún caminante que cruzara le explicara qué letras eran las que había en aquel librito.

Así, con una gran paciencia y después de muchos transeúntes y de muchos días, ella conoció todo el alfabeto y aprendió a armar sílabas que más adelante le permitieron leer cuanto papel se encontraba. Ella sabía que era inteligente, también sabía que no tenía más oportunidades que las que ella misma se procurara, por eso siempre estuvo atenta a todo lo que pudiera aprender.

A los 19 años cuando murió su papá, un vecino de la finca donde vivía se la llevó a la fuerza y la obligó a vivir con él. Cuando quedó en embarazo la devolvió como si fuera un queso que se había vinagrado. Contrario a lo que se espera, su familia no la apoyó, sus hermanos y cuñados la acusaron de ser una sinvergüenza y la instaron a que regalara a mi hermano o a que se dedicara a la prostitución porque “ella ya no era una mujer decente”.

Durante años soportó las humillaciones y maltrato que implicaban en esa época ser mujer, pobre y madre soltera. Las cosas se pusieron más difíciles cuando nació mi hermana mayor, ahora era doblemente sinvergüenza porque el padre de ella, aunque no forzó a mi mamá a estar con él, tampoco respondió, era un hombre casado. Ahora, eran dos hijos para mantener además de mi abuela que ya estaba anciana.

Ella, mi madre, sin ninguna formación académica y sin saber ningún arte, se dedicaba a lavar pisos y ropas, a aplanchar y cocinar para otros, el dinero que recibía por estas labores era tan mínimo que muchas veces solo alcanzaba para comer colada de plátano con sal y agua de panela.

Cuando su hermana mayor, la modista, se fue de la casa para vivir con su esposo, con ella se fue el ingreso económico más representativo de la familia pero la máquina de coser, única herencia que había dejado mi abuelo, se quedó en la casa.

Mi tía, la que se fue, nunca le enseñó a mi mamá el oficio de modista pues no tenía paciencia para explicar. Sin embargo, ella, mi mamá, la observó con atención durante mucho tiempo y aunque nunca cortó o cosió una tela, había visto muchas veces cómo se hacía. De esta manera, cuando un día llegaron a la casa dos señoras a preguntar por la modista que allí vivía, mi mamá las recibió y les dijo que ella era la modista y que con gusto confeccionaría lo que necesitaran. Las señoras querían mandar a hacer 2 abrigos y llevaban con ellas las telas y la plata para pagar el anticipo.

Mi mamá, sin haberlo hecho nunca, les tomó las medidas y anotó todo en una libretita, les dijo que en 15 días les haría entrega de su pedido y se despidió de ellas. Acto seguido se fue al armario donde mi abuelita guardaba el único abrigo que poseía, lo sacó de allí y lo desbarató con mucho cuidado, primero las mangas y el cuello, luego la parte de atrás y por último la de adelante. Se fijó en los cortes, las pinzas y las costuras. Mi abuela estaba aterrorizada: “ella iba a dañar esas telas, que como eran paños, eran muy caras y cómo iban a hacer para pagarlas”.

Mamá estaba decidida, si lograba hacerlo ganaría un oficio y podría trabajar en algo digno que le iba a permitir alimentar mejor a su familia y pagarles la escuela para que ellos tuvieran otras posibilidades. Hizo varios intentos en papel y sin haber tenido una sola clase de matemáticas o de modistería, logró escalar el abrigo de mi abuela y con una sabiduría aún más impresionante, interpretó las líneas y los cuadros que estampaban los paños para componer un diseño armónico. De igual forma, ensayó coser en diferentes tipos de tela hasta que logró que la aguja trazara líneas y curvas perfectas.

Así, contra todos los pronósticos fabricó dos abrigos que quedaron tan bien hechos que sus clientas, satisfechas, esparcieron por el pueblo el rumor de que en esa casa vivía la mejor modista de Santuario. Al poco tiempo ya estaba haciendo pantalones, faldas y blusas. Todo desbaratando y tomando de muestra de otras prendas. Alcanzó tanta fama que venía gente de otros

pueblos para encargarle ropa, llegó a estar copada de trabajo hasta por 3 meses consecutivos. Sastres y modistas más experimentados le pedían que les enseñara su técnica.

Así, con su oficio como modista, nos dio de comer y nos educó a sus cuatro hijos y cuidó de mi abuela hasta el día en que murió. Luego de conocer a mí papá, juntos ahorraron lo suficiente como para comprar una casa y sacar adelante la finca que él tenía.

Hoy que ella ya no está, podemos decir que nos dio la mejor vida que pudo, que gracias a su tenacidad nuestras oportunidades fueron sustancialmente mejores y que la mejor herencia que nos dejó fue la de creer en lo que uno es capaz de hacer, por encima de que otros intenten pisotearlo o del hecho de vivir en un país donde las mujeres han estado históricamente condenadas a la dependencia y al maltrato.

# María en el trabajo de conseguir trabajo

*María Alejandra Martínez*

**H**abía una vez una joven de 20 años, llamada María, quien vivía en una ciudad en un edificio medio construido, en el tercer piso de un barrio lejano.

María es una estudiante de bachillerato, hace apenas un par de años y vive en una ciudad. No se ha casado pero ya se ha enamorado y convivió con un hombre algunos años. Actualmente es soltera y tiene un hijo, hermoso de 2 años, aun así, se siente sola y no alcanza a vislumbrar el futuro, pero tiene muchas ganas de aprender, triunfar y de continuar sobreviviendo en aquella ciudad del mundo, donde apenas sobrevive.

María quiere sacar a su hijo adelante, esta es una prioridad, además de terminar con esa soledad, que le habita el alma, desde hace tantos años, a pesar de su juventud.

Ella intenta cada día luchar por sus derechos, defenderse de todas las injusticias por la que ha pasado; además se esmera en construir una vida propia para ella y su hijo.

Una vida que viene tejida con hilos de dolor, de una infancia que nunca pudo disfrutar. Porque se la arrebataron cuando la reclutaron en la guerra, siendo aún una niña.

María salió en la mañana algo arreglada, con esa falda corta, que le heredó su comadre, la misma que arreglo toda la noche a puntadas y pinchones; esperando que con tantos arreglos le entrara y cubriera las anchas caderas que la distinguen.

En busca de un trabajo, va en la marcha este día, esperando por fin el sí que necesita tanto, el sí que siempre alegra la vida.

María para escribir no es buena, así que le costó trabajo llenar su hoja de vida, mucho más corregir la ortografía y, para las recomendaciones, ni se diga. En esta ciudad, apenas tiene algunas conocidas, la experiencia de María es grande, pero esta no la puede sustentar, ya que se le considera ilícita y criminal.

Aunque sabe trabajar desde muy niña, para esta ciudad esto no vale, solo sirve lo que se puede certificar con diplomas que aún María no posee.

María es fuerte, tuvo que aprender casi todo de la vida pero su especialidad está en los oficios pesados y todos los quehaceres del hogar, sabe limpiar, lavar ropa, cocinar y cuidar niños, decorar, sabe las cosas de la tierra, los animales, las plantas.

Sabe de rituales de protección y todo lo que tiene que saber de la supervivencia, sabe pescar, cazar, sembrar cosechar, tejer, amasar, hacer ejercicios de entrenamientos militar, es buena para obedecer y cargar el bulto, tan pesados como lo fue el equipo de dotación, que por años cargó en su espalda. Ese morral de vida y de muerte. María está repleta de experiencia, en la construcción, sabe hacer trincheras, chontos y carreteras, casas portátiles que se guardan en segundos, la casa, era un plástico que forraba la carpa, donde el mayor tesoro fue su toldillo. Ese mismo que cada mañana, guardaba en la maleta que era su equipo.

María sabe correr, esconderse y cantar. También tiene idea de las labores de la enfermería, economía, política y revolución. Sin mencionar la puntería y buen ojo para los tiros, los que tantas veces disparo para poder sobrevivir.

Porque además de los oficios, a María le entrenaron para defenderse y muchas veces murió y regreso a la vida; de las armas le quedaron heridas y unas cuantas técnicas para manejarlas, tanto cortas como largas, explosivos y granadas, esos fueron los juguetes que siempre le regalaban para jugar y salvar la vida, de esa dura guerra en donde le toco crecer.

María no consigue ver su experiencia, pues sería un absurdo, mencionar algo de su pasado. Para su nueva vida, y más ahora que además es madre y una mujer medianamente libre, que intenta construir la vida, proyectada en obtener un trabajo para continuar la lucha, ahora en la realización de los sueños.

Para María nada es fácil, pero aun así siempre tiene una sonrisa radiante, le gusta cantar canciones que le recuerde el campo y la tierra, esas trovas populares de protesta, llenas de esas letras sociales, en tonos de guitarras acústicas.

María canta cuando camina a tomar el autobús, canta para hacer más agradable esas calles que transita mientras da la parada al único autobús que viaja por las montañas, el que se atreve subir las lomas destapadas en aquel barrio desolado, habitado por la gente más humilde, que vienen caminado de un lugar a otro, despojadas de sus tierras. Ellos se encuentran en la montaña de la gran ciudad, la tierra para asentar y reposar la huida.

María toma este autobús, con la misma infortuna de siempre no hallar una silla libre, todas vienen cargadas de hombres y mujeres que las tomaron antes.

Sin una silla, para descansar su viaje, María aborda el autobús, intentando acomodarse como puede, cargando a su pequeño hijo, buscando el espacio preciso para aguantar todo el recorrido, mientras con la mano izquierda se colgaba, agarrándose fuerte del tubo. -Un tubo-, metálico y medio oxidado de ese autobús destartado, en la parte superior de la carrocería, al tiempo, que con su mano derecha, sostenía el niño de 2 años contra su pecho. Los hombros de María también soportaban peso de la maleta, más bien, una pañalera de retazos, grandes y cafés en varios tonos y decorada con la cara de un gato salpicado de varios colores, donde más que pañales, María cargaba toda la casa.

María miraba con resignación y disgusto a un hombre elegante y amargado, mientras él leía distraído el periódico, ella con su mirada le suplicaba la silla que usaba. Pero al parecer la mirada no bastaba para que el hombre se dignara en ceder el puesto. Ella ya sabe que nada pasara, así que toma aliento y se sujeta fuerte, con su hijo y la pañalera.

María aguanto pisotones y estrujones cada vez que el autobús saltaba y seguía andando. Ella seguía allí en silencio, pensativa, indignada, entre tantos roces de las personas que la tocaban mientras, salían y entraban.

María observaba insistentemente a aquel hombre, como queriendo reclamar, el derecho a esa silla, más las palabras no le salieron de su garganta seca, pero sus ojos tan llenos de vida, brillaban con llamas de furia, ardían de ira; todo allí hablaba por ella, mientras miraba directamente al rostro de aquel hombre, que ocupaba cómodo aquella única silla.

Y como una juez en plena corte, María imaginaba con ira un juicio, en el cual le daría sentencia a este hombre de la silla, haciendo resistencia con sus piernas para no perder el equilibrio y abrazando fuerte con una mano a su hijo.

María en algún instante en el cual el cansancio vence sus pupilas y el sueño entra en juego, imagina cómo sería una buena condena para el hombre que está en la silla, mientras ella viaja de pie. Le dicta la sentencia que estaba soñando, por ser mal viajero y mal ciudadano, maleducado e insolidario, al no permitir la silla a mujeres con hijos de brazos. María le pone una sanción, para evitar que el hombre vuelva a tomar el transporte público, sin considerar los derechos de las mujeres.

Finalizando el discurso, María vuelve a su realidad, despierta del sueño y el hombre continuaba sentado. Nada de esto había pasado.

María sale en un solo salto del Autobús, busca enseguida dónde acomodar la ropa que llevaba puesta, ya que se veía un poco estropeada, se tomó el tiempo para acomodar su trapas y se dirigió de prisa a dejar la hoja de vida, para este trabajo que tanto buscaba, pero a María la acosaba una incertidumbre que le hace parpadear rápido y, de repente, le da hipo, la traicionaron los nervios y la impaciencia de esta espera, que hace que María olvide las reglas de la entrevista, así que pasa sin apuros a una oficina donde la espera un sinfín de preguntas que María no sabe cómo responder.

Sale serena de la entrevista, con gesto sonriente y feliz, con el rostro radiante y la mirada tranquila, esa que observa en el espejo de recepción de aquel bonito edificio, donde estuvo presentando las pruebas para el trabajo.

Esa cálida mirada que vio en su reflejo, la hizo recordar que aún es joven y que tendrán nuevas oportunidades para lograr completar esa hoja de vida que no ha logrado diligenciar bien, la misma que tantas veces le han rechazado, esa hoja de vida. Que le hace falta para obtener el trabajo formal que tanto aspira conseguir.

Vuelve a suspirar más sonriente, besando a su hijo en las mejillas. Una y otra vez, como solo una madre lo sabe hacer; esas mejillas, que casi parecen algodón del más fino. Delicadas, rosadas en este rostro inocente que a pesar de frío, se mantiene caliente, rostro angelical y delicado que sólo puede poseer un niño.

María toma de nuevo fuerzas y para el autobús que la lleve a casa, para continuar la vida en medio de sus quehaceres, los oficios al igual que otras

mujeres en el mundo, María, trabajaba de sol a sol, sin recibir ningún beneficio que recompense ese esfuerzo que le desgasta, las marcas de los callos en manos que se ven burdas en una chica de 20 años.

Cuando con la suerte contaba María, lograba entre martes y viernes, trabajar como empleada doméstica en alguna casa de cristal, donde nadie conoce a nadie y donde el cielo se ve más lejos.

María en el trabajo de conseguir trabajo, no era buena ya que la pasaba de un trajín a otro, todos los días; María se levantaba siempre temprano y se acostaba siempre muy tarde, pero aun así le sobraba el tiempo para soñar, cantar canciones de la libertad, jugar con su hijo y continuar la vida en su trabajo de conseguir trabajo. Labor diaria que sin ser bien paga, le permite seguir sobreviviendo en la selva de cemento. La misma que eligió habitar para hacer sus sueños realidad, en la que a diario debe luchar, para un día ser visible, en algún trabajo que nadie ve como trabajo. Que más que un trabajo, para María es vida, es el compromiso con ella misma de superarse y salir adelante.

Es el soñar, en medio de la hostilidad, hacer que cada día, sean un volver a empezar, en el silencio de su lenta pero segura resistencia; donde se integra la fuerza y la esperanza de un día poder conseguir ese trabajo digno, que le permita dormir en paz, ese que necesita para obtener su pan, mientras se prepara para cambiar esa la realidad.

Siempre dejando su pasado atrás, para de nuevo volver a tomar ese autobús, con alguna posibilidad de encontrarse un día la silla vacía para descansar, En este nuevo viaje a casa, en el único autobús que la deja en su montaña, qué aún sigue siendo de retazos y remiendos, pero también esa misma donde el cielo, se ve más cerca.

Fin

# *Una parte de mi historia, antes de ser libre*

Ana Julia Cebay

Quiero compartir mi historia. Creo que es posible mirar hacia adelante, ver diferentes salidas en nuestro camino. Quiero compartirla con mujeres que creen que su vida ha terminado porque alguien las ha hecho sufrir. Gracias a que fui fuerte y trabajadora, y a la organización de mujeres en mi comunidad, ahora soy libre, autónoma y feliz...

Supuestamente nací el 10 de febrero de 1965. Me pusieron a estudiar en 1974 en la escuela de Viborá. Cursé hasta tercero y me retiré de la escuela porque estaba aburrida, me tocaba estudiar y a la vez trabajar para poder obtener mis cosas.

Mi primer trabajo empezó cuando tenía 7 años, a pesar de que estaba estudiando me tocaba ayudar obligatoriamente con todos los oficios de la casa: barrer, lavar la loza, cocinar, y también tocaba buscar la leña, cuando había molienda tenía que cargar caña con mi hermano, pero a él no le tocaba ayudar con los oficios de la cocina porque eso era “trabajo para las mujeres”. En esa época, nos tocaba con mis hermanos dar de comer a los marranos, el otro tenía que barrer la casa y el otro alistar el revuelto para el almuerzo y cuando estaba en mediodía nos tocaba en los recreos y los tiempos libres que teñíamos en la escuela ir a cargar caña, meter caña al trapiche y atizar la hornilla. Si no hacíamos el oficio tal como nos tocaba, sencillamente nos pegaban con unos pedazos de rejo que mantenía mi mamá para castigarnos. Decía que hacía eso porque a ella también la habían maltratado cuando era niña.

Empecé a hacer lo que me gustaba. Cuando cursé primero de primaria mi papá nos llevó para una vereda que se llamaba Los Quingos, a moler y allá nos tocaba trabajar todos para sacar la panela, y fue así como se interrumpieron

mis estudios por casi tres años y cuando cursé el tercero de primaria me retiré para dedicarme al trabajo material y también lo hice para librarme del maltrato de mi mamá y de las maestras que trabajaban en la escuela. Me dediqué a coger café, a echar pala, machete y en las moliendas. Trabajaba de lunes a sábado y me sentía bien porque ya no me tocaba permanecer en la casa y además podía comprar mis cosas con mi propio trabajo y me sentía ya más independiente. Me iba a trabajar a Río Negro, a Segovia y a todas las partes donde me buscaran. Cuando había harto café para coger me pagaban por arrobas a 25 pesos y me tocaba coger por lo menos más de 6 arrobas para que me saliera bien pago el jornal y con esto me compraba ¿qué? zapatos, ropa, la loción Tabú e iba a comer a Inzá. Cuando cumplí mis 14 me enamoré... en la fiesta de matrimonio de mi hermana Claudina conocí a ese ser, que desde ese momento fue mi novio y el único hombre con quien me quedé y con el que tuve 4 hijos. A partir de ese momento yo sólo quería andar con él, empecé a cambiar con mis amistades, a aislarme. A pesar de que él llegara borracho siempre a la casa a visitarme yo siempre lo atendía porque me sentía bien, no me cambiaba por nadie, no le veía ningún defecto, yo creía que era un noviazgo normal, el tenía 23 años en esa época, nos llevábamos 9 años.

A los 16 años quedé embarazada de mi primera hija. Mi mamá se dio cuenta, se enojó y me pegó por última vez. Durante un tiempo me fui a vivir con mi hermana y luego cuando iba a tener la niña me devolví para la casa y nació Nancy, y desde entonces empecé a sufrir por el comportamiento de ese ser. Él empezó a conseguir otras mujeres y me abandonó por seis meses... durante todo este tiempo a mí me tocó buscar quién me cuidara la niña para trabajar en lo que me tocara, para conseguir mis cosas y las de mi hija. Y luego vuelve y aparece a buscarme y yo feliz lo volví a recibir sin ningún reproche, porque para mí lo importante era que él me había vuelto a buscar, a pesar de que no estuvo conmigo durante el parto. La plata para llevarme al hospital la reunió la comunidad, las cosas de la niña y la comida durante la dieta me la daban mis amigas...

Enero de 1982. Llegó mi segundo embarazo, mi mamá se dio cuenta y me echó de la casa, entonces allí me tocóirme con él y me llevó a vivir a la casa de su mamá... Allí me tocaba cocinar para 12 personas, él me dijo que para que me quisieran me tocaba lavarles la ropa a todos. Él se iba a tomar, a bailar y llegaba hasta el lunes no más a cambiarse de ropa. Yo no podía decir nada porque la mamá de él decía: "Para eso el hombre es de la calle y la mujer es de la casa". Otra cosa que me dio muy duro era que en esa familia sólo mercaban cuando había cosecha de café y cuándo yo llegué no había. Entonces sobrevivía con lo que hubiera en la finca. La única que me ayudaba era mi cuñada, cuando llegaba del trabajo material me ayudaba a asar hasta un

racimo de plátano porque no había nada más para dejar bien comido a doce personas.

“Esa sinvergüenza se la pasa es metida donde la alcahueta de la hermana”, eso era lo que me decía mi suegra cuando mi hermana me llamaba para la casa de ella para darme de comer porque ella vivía cerca y veía que yo sufría mucho, porque no tenía una alimentación adecuada para el embarazo. Wualdina como se llamaba esa señora, había acostumbrado a su hijo a darle todo y a que él no tuviera que aportar nada para los gastos de la casa. Entonces él trabajaba y todo lo que se ganaba en los jornales era para bebérselo el fin de semana. Entonces, como no “había” para el mercado yo me iba los viernes a recoger lo que encontraba en la finca, banano, naranja, aguacates, y el sábado me iba a las dos de la mañana a Inzá a pie con la carga en un caballo, a vender esos productos para poder comprar papa de la más barata, hueso para la sopa y nada más. ¡Aquí escrito se ve poquito se ve poquito ¡pero lo que sufrí fue harto! ...Cuando iba a nacer Liliana me devolví a la casa de mi mamá, ahí estuve hasta abril de 1984 y durante ese tiempo bauticé a mis dos hijas. Todo el tiempo estuve jornaleando porque el papá no les daba nada a las niñas con la excusa de que yo no estaba con él. Al final, me tocó volver a vivir con él, pero le exigí a él que hiciera una cocina aparte para nosotros porque yo quería ser independiente de la familia de él y no tener que servirles. Me tocaba levantarme todos los días a las tres de la mañana para dejar listo todo y salir a las 6 de la mañana a donde me dieran trabajo, y llevar a las niñas conmigo.

Luego empecé a madurar, a reflexionar y ya no quería depender de lo que él dijera: mis opiniones tenían que ser escuchadas, válidas, antes no me atrevía a decir lo que pensaba. Entonces decidí que ya no quería seguir viviendo ahí y que si hacíamos una casa propia no podía ser al lado de la familia de él y de la mía. Al final pagamos entre los dos un lote en la Lagunita, para que quedáramos viviendo en medio de Viborá, mi vereda, y Río Negro, la de él. A pesar de que el trabajo fue de ambos, e incluso yo tenía doble jornada, él figuró como único propietario de lo que era de los dos.

En 1992 nos devolvimos para Viborá y me tocó arrendar la pieza de mi hermano para tener la tienda. Todo lo que me ganaba en la tienda y con los jornales, era para invertirlo en los niños, yo administraba toda la plata. Desde el 93 empezamos a construir la casa en Viborá en el lote que yo le compre a mi papá. Fue construida con trabajo de los dos, yo aporté yendo a descontar la madera, aporté productos de la tienda para pagarle al obrero, y me metí a una junta de 12 personas, hombres y mujeres, cuando me tocaban a mí, yo los metí a la casa y con eso avancé mucho. Hasta el 31 de diciembre de 1994 trabajamos porque yo había prometido que el 1 de enero ya se hacía el

desayuno en casa propia. Éramos puras mujeres arreglando todo y la Mona, mi mejor amiga, se quedó conmigo ayudándome a hacer el fogón, a las 11:30 pm logramos prender candela ¡y grité de la felicidad!

# Historia de vida de la negra en algún lugar de Colombia

Janeth Hernández Sánchez

Amanecía como todos los días a las 4:30 de la mañana y la negra llegaba a la cocina tanteando para buscar una vela y unos fósforos para iluminar su paso. En el fogón de leña, una olleta se ladea mientras se calienta un poco de agua para hacer tinto, aromática o chocolate.

El olor a selva húmeda va colándose por los espacios de unión entre tabla y tabla de la pared de la casa y el viento fresco de esa hora augura un día de lluvia; ya los gallos comienzan a cantar, los pájaros a revolotear de árbol en árbol, los dos perros de aquella casa siguen enrollados en la esquina al lado de un paral. Mientras tanto, el gato que mira desde la ventana no parpadea y espera el momento para brincar sobre la arena.

La negra, tomándose su aromática, sale a la parte de atrás de su casa para organizar los materiales que llevará a la capacitación para la fabricación de jabón que dará a las otras mujeres de las veredas y comunidades más lejanas.

Entre tanto, el negro se ha levantado y se dirige al gallinero para, como todos los días, contar las 17 gallinas y el único gallo, porque sus vecinos que ha estado rondando un lobo feroz. Va, busca los desperdicios, busca las pocas tusas de maíz para ir desgranándolas para las gallinas y revisa si han puesto algún huevito, mientras estaba pensando que hace muchos años atrás, antes del desplazamiento, tenían 55 gallinas campesinas y 3 gallos, recogían muchos huevos y podían echarles maíz amarillo entero y partido... mientras recordaba, la negra le grita desde la ventana de la casa, - ¡Negro, negro, vení!

La negra amasando las arepas le cuenta al negro que la próxima semana debe viajar a la ciudad a acompañar a su hermana porque va a parir su hijo. Y que llevará al pequeño Nixon para que la acompañe. El negro abrió tremendos ojos cuando la negra le dijo que sería un mes en la ciudad.

- ¿Y yo me quedaré solo todo ese tiempo? ¿Y quién me preparará las arepitas al desayuno? ¿Y la sopita del almuerzo? ¿Cómo voy a hacer para quedarme con

Arei y con Yaja? Debes venirte un poco antes, si no esta casa se cae.

La negra lo voltio a mirar y le dijo:

- ¡Oye negro!.... tú sí que haces teatro no? Arei y Yaja ayudan mucho en las cosas de la casa, no te preocupes, tampoco es que me voy un año.

Y así salió de la cocina.

La negra, con un gran talego a la espalda, junto con otras comadres y vecinas, salían de sus casas para coger camino rumbo al río; era en este sitio donde, en medio de risas y conversaciones, se dedicaban a lavar la losa, brillar las ollas y otras mujeres, a lavar la ropa. Isabel dirigiéndose a la negra levanta la mano y dice:

- ¿Oye negra maluca, cuándo es que nos vas a enseñar a hacer el jabón? que éste ya se me está acabando y no tengo como comprar para los siguientes días.

La negra le contesto diciendo:

- Pasado mañana vienen las mujeres de la vereda el Caracol, Agua Mansa y Damelia, vamos a hacer la capacitación que habíamos quedado la otra vez, ¿recuerdan?

Leopoldina dice:

- ¿Y nosotras qué?

La negra levantándose del piso dice:

- Pues ustedes, mis comadres y vecinas, todas pueden asistir; yo recibí esta capacitación hace 6 meses pero con el compromiso de que les iba a transmitir este conocimiento y así será. Además qué tal si hacemos muchos jabones y los vendemos en el pueblo cuando baje. ¿Cómo les parece la idea?

Todas se miraron, levantaron las cejas y movieron la cabeza en señal de gusto. María de Jesús que era la más joven dijo: -A mí no me metan en eso, que no me gusta-

La patriarca levantó la mirada y le dijo:

-Te conozco desde que gateabas, ahora sin tu madre al lado, con más

ánimo debes proponerte aprender muchas cosas para tu bienestar y el de tus hermanos, no te vas a quedar sin conocimiento, cada vez que haya la posibilidad de aprender algo nuevo debes ser la primera.

María Jesús le dijo:

-Pero si nosotras las mujeres nacimos solo para estar en la casa haciendo los oficios.

-Un momento, dijo la negra. - ¿Y a ti quién te ha metido esa idea en la cabezota?

- ¡Pues mi padrastro! El casi no me deja venir con ustedes al río porque dice que planeamos muchas cosas que no están bien.

Al oír estas palabras la negra suspiró y siguió brillando sus ollas y pensando cómo hacer para que María de Jesús pueda ir a la escuela. Como iba a empezar a llover, todas las mujeres cogieron sus trastes, ropas y demás y salieron corriendo camino arriba.

El día de la capacitación, la negra se despertó con la ilusión de que sería un día muy importante para ella y las demás mujeres. Como todos los días preparó su aromática de hojas naturales que recogía de su pequeña huerta y, mientras prendía el fogón, entró Yaja y Arei, quienes se estaban alistando para ir al monte a cosechar arroz.

En ese momento pregunta Yaja:

- ¿Verdad mamá que vas a estar dando capacitación hoy?

Y la negra le responde:

-Sí, claro, lástima que ustedes no puedan asistir-

Y Arei dijo: - No importa porque si no podemos hoy habrá otra oportunidad.

Luego de desayunar salieron las dos hermanas rumbo al campo. El negro que recién se levantaba, ya salía a darle vuelta a las gallinas, cuando la negra le dice:

- Vení negro. Como sabes hoy voy a estar dando la capacitación a las mujeres, pero te pido el favor que te encargues de la casa.

El negro sin decir palabra asintió con la cabeza y salió.

Tiempo más tarde se encontraron siete matriarcas, diez jóvenes, algunas con sus hijos de brazos y tres niñas que ya sabían leer; esperaron un tiempo prudencial por si llegaba alguien más; después de 25 minutos, arribaron dos jóvenes de la vereda Dabiera. Después de la presentación, iniciaron el trabajo que llevó toda la tarde. Al finalizar todas y todos se llevaron como producto los jabones que elaboraron, con el propósito de hacer más en cada comunidad y vender para tener fondos. La negra muy emocionada dio las gracias a todas y a todos por haber asistido desde sitios tan lejanos a escucharla y aprender de ella.

- Nunca pensé que yo pudiera compartir mis conocimientos con ustedes me siento muy feliz.

Caía la tarde y con ella, el sol. La negra, de camino a casa, pensaba en su próximo viaje para acompañar a su hermana, en cómo se podría continuar con el grupo de hacer jabón, en hacer alguna actividad para comprar el motor de la chalupa que estaba varada a la orilla del río hacia 4 meses y en que la situación de su vereda no era la mejor.

Mientras estaba entre sus pensamientos, el negro le dio un sorpresivo abrazo que la dejó fría del susto. En tanto ella gritaba: - ¡negro no me asustes!, ¿no ves que vengo distraída? Casi se me sale el corazón negro maluco.

- No es para tanto- respondió el negro,

- Soy feo pero así has estado conmigo estos años.

Y juntos terminaron entrando a la casa carcajeando; la negra se acomodó en una silla de madera y dijo: - no doy más estoy “cansá”.

Transcurrieron los días con sus noches. La negra estaba alistando su maleta y la de su pequeño Nixon de 3 años. El negro se aproxima y le dice:

- ¿Tú crees que es necesario que viajes?

Y ella le responde: - Que sí negro, que sí.

Al día siguiente, muy temprano, salen de la casa, no sin antes dejar todas las recomendaciones de los oficios por hacer. Ponen sus maletas en el bote que los acercará por río al lugar donde para la embarcación más grande que les llevará hasta la ciudad.

La hermana la esperaba, estaba muy ansiosa, no había podido dormir bien durante varias noches, su embarazo estuvo bien hasta el séptimo mes, según le contó María del Carmen a la Negra.

-Pero ¿qué te ha pasado mi hermana, por qué no me llamaste antes?

Ella respondió: - No te quería molestar, se que andas ocupada y tan lejos que estamos para hacerte venir.

La negra, con los ojos enlagunados, le dio un abrazo a su hermana y le susurró al oído: -No te preocupes que llegué para ayudarte-. Pasaron en casa unos días hasta cuando la hermana sintió las contracciones cada vez más fuertes.

La negra le pregunta:

- Mi hermana, ¿y a dónde tienes tu maleta para llevar?

- ¡Ay! Mi negra, no tengo muchas cosas; a duras penas los pañales y estaba terminando de coser unas camisetitas pero no alcancé; ya será cuando nazca este gordo.

-Bueno entonces vamos al hospital.

Era una tarde soleada y María del Carmen estaba muy sofocada, sacó su abanico para moverlo al vaivén del aleteo de las mariposas, mientras iban camino hacia el hospital; la negra, por su parte, cargaba a cuestas a su pequeño Nixon que todavía no hablaba; juntas se daban ánimo con la mirada y, tras un largo silencio, llegaron al hospital.

María del Carmen fue ingresada de urgencia a sala de partos. Al paso de las horas la negra no tenía ninguna información de su hermana. Caminó lentamente hacia el set de enfermería:

- Quiero saber cómo le fue a mi hermana María del Carmen, que entró hace varias horas a tener su hijo.

La doctora que en ese momento llegaba al sitio le dijo:

- Por favor, póngase la bata para entrar a la Unidad de Cuidados Intensivos, pero debe dejar a su hijo afuera.

La negra se llevó las manos a la cabeza sus rizos estaban alborotados, su intriga fue mayor y preguntó:

- ¿Que pasó doctora?

La doctora de turno le explicó pausadamente:

-Su sobrino se encuentra en una incubadora, ya que es prematuro, pero estará bien. Con respecto a su hermana ha tenido varias complicaciones debido al parto prematuro, pero le descubrimos que tiene cierto problema en el útero, exactamente en el cuello del útero. Esto, unido a los niveles de estrés que estaba manejando y a las largas horas de pie en las que permanecía y la falta de controles prenatales, la han llevado a un estado de shock. En este momento esta consciente y pidió hablar con usted. Por favor acérquese, está hablando muy bajito.

La negra en medio de sollozos se acercó a la cama para darle un abrazo a su hermana; ella solo le susurró al oído que cuidara de su hijo, que se hiciera cargo de él como si fuera su propia mamá.

Por unos minutos las lágrimas se confundían en las mejillas y los suspiros no les dejaban hablar. La negra no podía creer lo que estaba escuchando. La hermana siguió: -Siento que no tengo fuerza, cuida de mi hijo por favor y termínale de coser las camisas que no pude terminar-. Su cuerpo se desgonzó sobre la almohada y María del Carmen murió.

Las enfermeras acompañaron a la negra, quien no podía controlar el llanto y los gritos de desesperación; allí en la sala, alzo a su hijo Nixon y lo abrazó más fuerte que nunca.

Pasados más de tres meses, la negra retorno a su querida tierra y con el ánimo que siempre la caracterizaba, se montó en la embarcación con sus dos hijos y su maleta. Tras largo recorrido por el río, llegó a su casa en donde el negro les esperaba. Al verla con el bebé en sus brazos se le aguaron lo ojos y le dijo:

- ¿Y ahora como vamos a hacer con un miembro más en la familia? La negra dijo: - Donde hay sopa para cinco, habrá sopa para seis, nos encargaremos de sacar adelante este jovencito que traerá mucha alegría a esta casa y a nuestra comunidad.

Pero el negro insistía que no iba a ser posible tenerlo con ellos, ya que la situación económica no era la mejor y no estaba para empezar a criar, en fin. La negra siguió al cuarto sin ponerle mucha atención, pero pensando que así mismo había actuado el negro cuando adoptaron a Yaja y a Nixon. Y pensaba:

- Lo que es no tener memoria negro.

La negra siguió asistiendo a las reuniones de comunidad con su bebé y, a veces, se lleva al pequeño Nixon. La delegaron para que administrara la chalupa que tenían abandonada por falta de repuestos y que necesitaban para movilizarse hasta el pueblo. Durante muchas reuniones y diferentes actividades, pudieron recoger el dinero para repararla y decidieron que ella podía pensar cuál sería la mejor manera de utilizar la embarcación para el bienestar de la comunidad.

- Una tarea más mi negra, ¿cómo te metiste en semejante lío?, le dijo el negro a la negra.

Ella respondió:

- Esta chalupa le va a servir a la comunidad, ya no tendremos que pagarle a los transportistas los pasajes, más el costo del equipaje o lo bultos que pongamos, vamos a salir adelante. Tú me vas a ayudar negro.

El amanecer de hoy no es como el de todos los días, negro. Hasta el fogón prendió más rápido, el gallo tuvo un canto más elegante y sonoro y el aire es más fresco. Siento que la vida para el bebé, Nixon, Yaja y Arei será mejor, así estemos en medio de la guerra. Hoy es un día de esperanza para esta familia y para la comunidad.

-Pero mamá, ¿por qué amaneciste tan esperanzadora? ¿Pasaste buena noche?

-No me molestes mi Yaja. Sólo que si hacemos las cosas con amor y dedicación pensando en los demás y no solo en nuestro ombligo, podemos hacer grandes cosas; ya ves la comunidad se ha organizado por una necesidad de transporte básico, porque si tenemos la voluntad, podemos sacar nuestro proyecto adelante y no solo una persona. Como dice el dicho: “una golondrina no hace verano”.

El negro seguía al cuidado de sus gallinas y de que pusieran huevos suficientes para el diario. Yaja continuaba asistiendo a la casa de la vecina para aprender a leer y a escribir. Arei, quien era más grandecita, seguía asistiendo a la escuela que quedaba en la otra vereda. La negra, motivando a Nixon para que hablara, haciéndole practicar varios ejercicios que le habían enseñado y seguía al cuidado diario del nuevo bebé, al que empezaban a llamar Justo, herencia de su querida hermana mayor.

# Los domingos son sagrados

Jairo Montenegro Díaz

**L**a conocí un lunes, no podía ser un domingo porque los domingos, para ella, eran sagrados. El sol dejaba huellas en su rostro y el azul del firmamento era como las porcelanas que conservaba mi tía Edelmira: resplandecientes entre la pureza, el amor y la bondad. Era toda una reina, con sus cabellos luminosos, sus senos encumbrados y sus caderas provocantes. No conversaba fluidamente pero sus ojos color miel creí que lo decían todo. Ese día, bailaba una cumbia colombiana con el grupo de danzas de la Universidad.

En las noches, en la “U”, con su frescura juvenil adornada de cuadernos se dirigía al último salón de la concentración, recorría todo el patio y siempre al llegar frente a su aula regresaba la mirada para ojear quién sabe a quién. Yo, en un lugar escondido divisaba su proceder, reteniendo su belleza, contemplando su serenidad, pensando en su pureza.

En período de matriculas, su coquetería hacía que le extendieran el tiempo de pago de las cuotas. No sé si fue buena alumna; pero, poco a poco fue superando los retos que le imponía el estudio. Los días en que la universidad programaba sus fiestas, asistía calmadamente, sin ningún signo de extravío. Mantenía con pocas amigas y bailaba sin demostrar su complacencia.

Nuestra amistad se fue tejiendo en medio de conversaciones y actividades de la universidad. El grupo de danzas era un gusto común para los dos: ella era miembro activo y yo simplemente un seguidor de sus destrezas.

Un día me preguntó:

- ¿Por qué me mira con tanta atención? -vacilé un rato hasta que armé la respuesta y entonces enuncié:

-Hay algo en ti que las flores de tu vestido ocultan, en las cumbias donde meces tus encantos y tus labios en silencio el amor claman.

Después hicimos una gran amistad tomando tintos en la cafetería de la institución, donde pasamos ratos divertidos. Nunca aceptó las citas de domingo, sus respuestas siempre fueron: “los domingos son sagrados”. Pensé que pertenecía a alguna secta religiosa.

Un domingo fui a su casa, timbré hasta cansarme y nadie salió. Intenté comunicarme vía celular y nada. Traté cientos de veces de descubrir qué pasaba en su vida los domingos pero se hacía imposible. Estuve días enteros frente a su puerta y sólo me trajo problemas. Un día me llevaron a la inspección por sospechoso, los niños me chiflaban y mis amigos me abandonaron. Deje de ser el mismo de antes, perdí el gusto por el fútbol, perdí el gusto por los paseos de olla y las tardes de piscina; dejé de ir a misa, me perdí las películas de premier y en el último verano no acompañé a mis sobrinos a elevar sus cometas.

El único domingo que la vi cerca de su casa fue una falsa alarma, la seguí hasta la tienda más cercana y cuando regresó saboreando una gaseosa burbujeante descubrí que no era ella. Ese día pensé que mi obsesión estaba llegando al límite y que debía desistir de mi curiosidad... pero que iba a desistir si la frase “los domingos son sagrados” se reproducía en mis tímpanos trayéndome a la memoria sus labios impenetrables.

¿Qué carajo tienen los domingos para consagrarlos de tal manera? Es cierto que para los católicos es un deber que tiene validez en la fe y que los convoca a la unidad parroquial por ser el día del señor, el día de la iglesia; pero esta niña los domingos no escuchaba misa ni por radio ni por televisión.

- ¿Acaso los domingos duermes todo el día, no te vistes, permaneces en pijama, no contestas el celular, no abres la puerta, no comes, tienes algún rito especial? -su última respuesta fue desafiante:

- “No duermo, no me canso, siempre trabajo, mis días son una lucha eterna y... los domingos son sagrados, por favor no te metas en mi vida, tengo suficiente”.

La rubia hermosa tenía todo programado. De lunes a viernes, en las mañanas, trabajaba como secretaria de un abogado, sus labios escarlata bien delineados y su vestuario el de una dama elegante; en las tardes vestía short y camiseta blanca, juiciosa en su casa; sin maquillaje, cumplía como la mejor ama de casa,

ordenaba su habitación, jabonaba y planchaba ropa que no le pertenecía. En las noches estudiaba contaduría. Los sábados acostumbraba visitar a sus compañeras para adelantar las tareas que nunca olvidan dejar los maestros... ¿Saben que hacía los domingos?

Luego de unos meses comprendí que para aquella niña los domingos eran súper importantes, tal vez su vida entera.

En el pueblo vecino había alguien que la esperaba con vehemencia. Dicen que esperar desespera pero a veces es placentero. Esperaba el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, y el sábado, porque sabía que ella no rompía la regla.

Estando en una cafetería presenté la chica a un primo que estaba de visita:

-Te presento a la reina de la universidad -Le dije. Se saludaron de beso y aquella salió rápidamente disculpándose por sus ocupaciones. Era sábado y seguramente no quería aplazar sus tareas. Tan pronto salió la esbelta mujer, mi primo comentó: "A la reina de tu universidad en mi pueblo la llaman La Reina del Tubo. Sólo atiende los domingos y chicos como yo hacemos fila esperándola".

# *Este no es un cuento*

*Carlos Andrés González Peralta*

**E**ste no es un cuento. Es la biografía de mi abuela y, como ella, la de miles de mujeres más, biografías relatadas desde el yugo, el sufrimiento, el desconocimiento y a la vez la esperanza, las ganas y la vida.

María nació en un pequeño pueblo de Boyacá, Colombia, en un seno humilde. En su hogar corre una maldición, la cual no han podido curar ni con los testículos del toro, ni a la hora en que sus papás tuvieron sexo. No la han podido contrarrestar ni las parteras, intentando moldear la forma de la barriga. Como no se logró, por eso en esta familia humilde nacieron cinco hermanas; nuestra María fue una de las mayores, lo cual hacía que todo empeorara para ella.

María, en sus primeros pasos, aprendió a servir, a recibir órdenes y a estar pendiente de su papá y de sus cuatro hermanas más, que no se llevan mucho tiempo una de la otra. Nuestra María tenía un temperamento recio, que la hizo pensar desde pequeña que la vida estaba más allá de lo que sus padres le contaban.

María a muy temprana edad encontró el amor; bueno, el amor la encontró a ella y en cuestión de días, su relación con un señor 23 años mayor que ella se hizo real, tan real como los 50 años de casados y trece hijos que le sentenciaron de por vida.

María contaba su vida entre risas y llantos, historias relatadas desde el corazón, como la muerte de sus padres, que lucharon para criar a cinco hijas y no se dejaron acabar por la idea de no poder tener un hijo varón; nuestra María contaba historias, mientras que se tejía dos trenzas con su cabellera y amasaba para hacer arepas.

Las historias que nunca faltaron fueron las de la vieja loca, que maldijo a su madre para nunca tener hijos varones, maldición que sobró en el momento en que sus padres se dieron cuenta que no los necesitaban.

María, nuestra María, una enamorada de la vida, nos contaba cómo la conquistaron con un papel de aluminio, la luna, unas gardenias y una gallina, un miércoles, día de mercado en el pueblo, un miércoles de soledad y de acoso de parte de un conocido al que le prometió que lo pensaría todo el día, esperando que la gallina pusiera para brindarle un huevo, una gardenia, el papel y la luna para que también la pensara en la noche y, antes de la siguiente luna, ya estuvieran casados.

La boda se llevo a cabo antes de la siguiente luna como se había prometido, boda que la llenó de alegría.

# La niña de la sierra

Arantzazu Mardones Vila

Una niña, tumbada en la tierra, contempla el cielo, abrumada porque millones de estrellas parecen hablarla sobre historias inimaginables. Cierra los ojos, y siente que forma parte de todo aquello, una expresión de la magia del universo en su pequeño ser. Con los ojos cerrados permanece en contacto con la aridez de esa pequeña parcela de tierra, en una zona algo alejada de las pequeñas construcciones que configuran el poblado de Rongoi, en la Sierra Nevada de Santa Marta. Está tirada con brazos y piernas estiradas, su melena larga y color azabache parece divertirse al mecerse con el viento.

¡Vica! – le grita su madre.

Y sin mediar palabra, la niña se levanta de un brinco y sale corriendo en dirección a la mujer.

Victoria, que así era su nombre en español, aunque todos le llamasen Vica, era una niña muy alegre y aventurera. Su mayor pasión era la lectura, la había descubierto hacía pocos años, cuando unos “hermanos menores”, habían traído desde Bogotá un gran número de libros y cuentos infantiles, entre medicinas, telas, chaquiras, y regalos varios.

Lo que le gustaba a Vica de la lectura, aunque pocos niños en la comunidad lo entendieran, era que aquellos libros le contaban historias con las que jamás había soñado antes. Eran muy diferentes de las historias que le contaba Palomo, el músico del poblado, o incluso de las que le mostraban las estrellas, o esas que le susurraba el viento, cuando conseguía colarse en su oído derecho, después de bailar con las montañas. Ahora podía jugar a ser un gallinazo, o un zorrillo, pero también a ser astronauta, o ¡incluso el capitán Nemo!

Por la noche, antes de ir a su pequeña pero fresquita y plácida cabaña, construida a base de barro y paja, solía tumbarse sobre el piso, mirando las estrellas, intentando leer los mensajes que llevan, y a ratos, cerraba los ojos, para escuchar mejor el viento, que le susurraba historias sobre aquellas montañas mágicas que la rodeaban, que en ocasiones acertaba a descifrar. A Vica le gustaba jugar en los árboles, solía trepar por ellos y dejarse caer cabeza abajo, con los brazos extendidos, meciéndose mientras se sujetaba con las piernas abrazadas a alguna rama.

Vica solía hablar con los “hermanos menores” que llegaban todos los años de Bogotá. Como le gustaba leer y los libros estaban en el idioma de ellos le resultaba sencillo comunicarse. Le gustaba las cosas tan increíbles que le contaban, aunque no llegaba a entenderlos, siempre le pareció extraño que ocuparan tantas horas de su tiempo a jugar con ellos, con la de cosas que había que hacer, ¡sobre todo siendo tan mayor! Por ejemplo, había un juego que solían hacer, en el que ella era muy buena y solía ganar al resto de niñas y a muchos de los niños del poblado, constaba de introducir plásticos del suelo en una botella de plástico, hasta que quedase bien duro, con la ayuda de un palito para compactar.

Vica se pasaba buena parte del día ayudando a su madre, que trabajaba hartito para que toda la familia tuviese una buena casa, comida, y algo de dinero con el que comprar cosas en la tienda. Para Vica, lo mejor que había hecho el profesor de la aldea era traer al lugar unas deliciosas galletas de chocolate.

Un día, pasó algo sorprendente en la vida de la niña, pues fue llamada por la Saga, la líder espiritual, y mujer del Mamo. Una de las pocas Sagas que quedan en la Sierra, y muy respetada por su sabiduría, sobre todo, a la hora de leer a las personas mediante unos masajes terapéuticos. Vica se asustó, pero fue igualmente a verla. La Saga era una mujer sociable, pero no hablaba con niñas tan pequeñas como ella.

La mujer señaló a la niña dónde debía colocarse, a lo cual obedeció de inmediato, y procedió a darle el masaje. Pasaron como diez minutos hasta que la Saga, por fin, dijo algo.

-Te irás de la aldea, y volverás siendo más sabia que yo.

Al de unos veinte minutos Vica salía patidifusa de la cabaña, aquel presagio la dejó alterada. Por la noche tuvo que convencerse a sí misma de que la Saga se olvidaría de aquello, pues no quería decepcionarla, y sabía que aquello era impensable, ella jamás sería tan sabia.

Pasaron los años y Vica, gracias a la lectura y su curiosidad innata consiguió ser la primera de su clase, tenía grandes conocimientos y habilidades, así que, en la comunidad, decidieron permitir que fuese a la ciudad a estudiar. ¡Iba a ser la primera mujer del poblado que cursara estudios en la universidad!

Hubo grandes dudas sobre si Vica estudiaría para convertirse en maestra, o enfermera, pero cuando volvió, siendo médico, todos los que habían decidido que marchase para estudiar se arrepintieron. ¡Una mujer médico! Les parecía un chiste, una broma de mal gusto, casi que una aberración. Eso sí, cuando el primer enfermo grave consiguió salir adelante gracias a las hábiles manos y los grandes conocimientos de aquella mujer, nadie más volvió nunca a dudar de aquella verdad, que ya había presagiado la Saga.

Vica fue el primer médico de la comunidad, y muchas vidas se salvaron gracias a ella, la niña que leía las estrellas y escuchaba al viento, tumbada sobre la tierra, mientras los aromas de la Sierra, cantaban serenatas a su alma.



# Más allá

Vanessa Hernández Ossa

- ¿De profesión?
- Psicóloga,
- ¿De ocupación?
- De todo,
- ¿Desde cuándo?

- Desde hace mucho. He cuidado perros, he sido niñera de los hijos de madres americanas que viajan por turismo médico estético y vendí de todo en la universidad, desde comida hasta accesorios y en mi profesión he hecho de todo, he sido ejecutiva en multinacionales, he caminado en botas de barro entre cultivos de flores, hasta consulta virtual a más de 4.000 km de distancia, soy una persona competente y responsable.

Hace un poco más de 4 años, asumí la responsabilidad del cargo más importante en mi vida y este tiempo me ha enseñado que, si bien todos los trabajos, sea cual sea su campo de acción, su jerarquía en una organización, el nivel de estudios necesario para el perfil, los idiomas para el excelente desempeño, los presupuestos por los que deba responder, más de los indicadores de gestión, de las conformidades y no conformidades, de las firmas y los memorandos, de cumplir un horario laboral o ser un colaborador de confianza... más allá de todos estos parámetros, vida te pone trabajos que a veces no esperas, pero que en algún momento piensas que debes cumplir. Este tipo de trabajo me asigno la vida.

La vida me puso de tarea, ser madre y sí, ya sé que muchos y muchas de ustedes pensarán que esa tarea es la misma para todas, y pueden tener razón en algún porcentaje pero hay diferencias. Por ejemplo, yo soy madre de gemelos y no es lo mismo tener uno que tener dos; de la misma manera

que no es lo mismo tener dos a tener tres o más. Si existe el cielo, las madres de más de tres hijos en un solo embarazo ya tienen ganada la entrada a este y en tapete rojo, aunque siendo muy sincera, todas las que somos madres deberíamos ganar la entrada al cielo, porque este es el trabajo más difícil, de más responsabilidad y entrega que yo en mi vida he conocido.

Este, mi trabajo de ser madre es el más importante. La vida me podrá perdonar que llegue tarde a mi trabajo en una empresa, que me equivoque en algún número haciendo algún presupuesto, que me enoje y suba el tono de voz a un compañero o compañera de trabajo. Pero nunca me perdonara dejar de trabajar día a día para ser la mejor de las madres.

El único trabajo por el que debo responder a la vida, la sociedad y al Dios en el que yo creo es amar, consentir y educar a mis dos hijos.

Así como los paradigmas cambian con el tiempo, la labor de madres debe cambiar; nuestras funciones y roles no son los mismos de hace 40 años. En mucho y en muy poco nos parecemos a nuestras madres; esta labor debería requerir un poco de formación, no sólo ser empírica, no dejar todo a la intuición pues es mucho más complejo que lactar y trasnochar cuando los hijos están enfermos.

Este suena mucho a discurso de día de madres y es que pareciera que solo valoran esta labor para el mes de mayo, pero se trata también de auto reconocer el gran trabajo que tenemos, hacer que otros lo reconozcan y re significar tan importante labor. Tal como los académicos en los grandes claustros, tenemos el presente y el futuro en nuestras casas, somos nosotras y son nuestros hijos.

Re significar la labor de madres debería ser un pilar en cualquier buen gobierno, porque, parte de reconocer la importancia del rol en la sociedad en el presente y futuro inmediato y el poder que ejercemos en el núcleo mínimo y esencial de la sociedad; la familia.

No sé si mi historia empieza aquí o empezó con la primera palabra de este texto, y espero no tener que cortar mi relato en las 2.500 palabras.

Hablar por todas las madres puede sonar a utopía y como bien se aprende en la academia y en la vida, nunca se puede generalizar, así que yo solo escribiré la importancia de ser madre, desde aquí, desde el corazón jugado por mi razón.

Soy madre de mellizos, los dos varones, están próximos a cumplir 4 años, son los hijos más planeados del mundo, quise asumir este trabajo desde el principio y como en cualquier buena oferta laboral, yo me quería quedar con este trabajo y lo luche, por más de tres años intenté ser madre sin ningún resultado positivo en las pruebas. Así que buscamos ayuda científica y al cabo de un mes de inyecciones diarias de hormonas, me dieron el positivo, él “se queda con el trabajo” por el que había luchados tres años atrás. La emoción se desborda y sale en forma de lágrimas, mi compañero de ese entonces y padre de mis hijos compartió esta alegría conmigo.

La vida te prepara día a día para asumir nuevos cargos y responsabilidades y en este trabajo, la preparación no es solo cognitiva, es emocional y evidentemente física. Semana tras semana de embarazo (porque el embarazo se cuenta en semanas y no en meses) hice una revisión profunda en libros y portales virtuales sobre cómo estaban mis bebés en la barriga y es que yo no deje solo a la naturaleza y la intuición, me he preparado día a día, siento que me he preparado para lo que no hay preparación.

El tiempo pasa rápido y cuando ya la barriga esta por explotar, porque casi que es así, sentir y ver como la piel se abre por esos dos seres hermosos que crecen dentro, en esos momentos lo único que uno piensa es “sáquenmelos ya” porque creemos que terminara todo, jajajaja es cuando en realidad empieza.

El embarazo múltiple, parto múltiple, recuperación de parto múltiple, lactar a dos al tiempo es doloroso y la crianza es agotadora.

Hace dos años comprendimos con el padre de mis hijos que el amor de pareja no es eterno, yo creía que sí, pero el amor de padres sí lo es, así que asumí la crianza de mis hijos como una mujer soltera, madre de dos hijos varones, cabeza de hogar y soy feliz.

Mi único trabajo en esta vida es ser buena madre, educar a mis hijos como dos hombres responsables, solidarios y justos con los demás, que valoren a los otros así como a sí mismos, educarlos para que nunca pasen por encima de nadie ni permitan que nadie haga lo mismo con ellos. Educarlos para que comprendan la importancia de la familia, que amen y valoren a sus padres, para que amen y valoren a las mujeres, sean fuertes y que, cuando lleguen situaciones que pongan a temblar sus principios éticos, puedan salir a flote.

Que valoren la importancia del dinero trabajado, pero sobre todo que hay otras cosas que el dinero nunca les dará. Que hagan lo que decidan hacer, siempre que esto, sea lo que sea, los haga felices sin pisotear a nadie, por el contrario llevar de la mano a quien tengan que llevar en su camino.

Que sean sensibles y no teman si en algún momento sienten que quieren llorar, que estén a la vanguardia de la tecnología, que piensen, que no teman hablar y expresar sus ideas, que se sientan orgullosos de su tierra, que no olviden que han crecido entre cafetales y hormigas y que no se avergüencen de ser colombianos. Pero debo también educarlos para el mundo. Debo educarlos para ser íntegros.

“Uffffff” ¿entienden ahora porque este es el trabajo con más responsabilidad sobre la faz de la tierra?

Ya todos sabemos los esmeros que hacemos las madres, las horas de trasnocho, quitarnos el pan de la boca para darle a nuestros hijos, eso lo sabemos todos, ¿pero la importancia? creo que no todas somos conscientes de eso.

La invitación será entonces a re significar la labor de las madres, reconocerlo como un trabajo, el de mayor importancia sobre la faz de la tierra. Algunas tienen trabajo doble y triple porque además de asumir inherentemente su labor, deben asumir otros trabajos para llevar el sustento a casa, sin embargo, el ser madres debería ser el trabajo de mayor reconocimiento social y, utópicamente podría decir, que también debería ser remunerado.

Las mujeres madres que están en casa no son desempleadas, son personas que asumieron de tiempo completo el trabajo más difícil y de mayor responsabilidad sobre la faz de la tierra.

Así que palabra por palabra, leyendo y releendo este texto, comprendo ahora que es más complejo de lo que se pensaba, porque no solo es ser madre, es ser esposa, es ser compañera, es ser ejecutiva, es ser trabajadora, es no olvidarnos de nosotras para ser madre de otros, es en conjunto “ser” de la mano de los otros, llámense hijos, esposo, compañero, padres.

Y no alcance a las 2.500 palabras, pero se me agota el tiempo.

# Bultos de amor

*Diana Carolina Mora Forero*

**E**n medio de la verde y fresca sabana de los Llanos Orientales, se escondía una pequeña casa hecha de madera y con el suelo de tierra fría y prensada. Y allí habitaba una linda mujer con su hija y su esposo. Clara era su nombre. Ella se levantaba todos los días cuando el sol apenas empezaba a desplegar sus rayos dorados, a hacer el café y enseguida a preparar un apetitivo desayuno a esos dos seres humanos que amaba y le alegraban la vida de una manera espontánea y sencilla.

Apenas desayunaban, salían caminando por el pasto húmedo hasta el corral donde tenían las vacas encerradas desde la noche anterior. José, su esposo, ataba de las patas a los animales y ponía debajo de sus ubres el balde de aluminio en el que todos los días recogía más de cinco litros de leche. Clara, mientras tanto, cuidaba que ninguna de las otras vacas lo fuera a lastimar y estaba pendiente del recipiente para cargarlo hasta la casa, con sus delicadas y forjadas manos por el trabajo en el campo. Juanita, su hija, se lamía el bigote que le quedaba luego de probar la leche caliente y recién ordeñada del animal.

Cuando la noche caía, alrededor de las seis de la tarde, los arreboles empezaban a desaparecer, y con ellos también desaparecía la tranquilidad de la familia. Clara prendía cuatro velas y oraba por todo. Daba gracias y pedía a Dios para que no hubiese tormentas, ni ventarrones. También oraba para que los leones y los tigres no fueran a llegar a su casa de madera a comérselos. Imploraba a todas esas fuerzas sobrenaturales del universo, para que los cañones no sonaran y la guerra desapareciera. Por todo eso y muchas cosas más, Clara se aferraba todas las noches, frías y cálidas, a Dios.

Era un jueves oscuro y el cansancio del día había hecho que Clara y su familia se acostaran más temprano de lo normal. Esa noche era diferente, la lluvia

caía fuertemente golpeando el techo y a unos pocos kilómetros se escuchaban unos escandalosos pasos y trotes.

“Mija, viene el tigre”, dijo José muy temeroso. Los pasos se acercaban cada vez con más fuerza y precisión hasta que una voz fuerte y tenebrosa les ordenó a todo pulmón que salieran de su humilde morada.

Clara, José y Juanita salieron de la cómoda alcoba en la que depositaban sus sueños y pesadillas cada noche. Clara seguía resignada a Dios y a las velas blancas que se derretían con la candela.

Eran aproximadamente veinte hombres vestidos todos iguales. Tenían sus rostros cubiertos con unos trapos raros de colores oscuros y a costas suyas cargaban unas pesadas armas llenas de balas. Esa noche le ordenaron a la unida familia salir de su finca, pero claro está, dejando a José.

Clara tomó una maletica de tela y en ella empacó lo que más pudo con toda la desesperación y un nudo que se le hacía en la garganta al saber que tendría que salir de la casa que por tanto tiempo se esmeró en conseguir y también porque tendría que dejar a su esposo, a ese hombre que desde sus 15 años la había conquistado cada mañana con palabras y flores.

Cuando había amanecido llegaron al pueblo. Clara acudió a un restaurante cercano y pidió un poco de comida para ella y Juanita. También le pidió trabajo al dueño, le dijo que haría lo que fuera: lavar platos, cocinar, planchar o cualquier cosa con tal de tener con qué prepararle un desayuno a su hijita todos los días y contar con un lugar para cubrirse del frío y la lluvia cada noche. Pero aquel hombre le dijo que no tenía nada para ofrecerle, aunque podría ayudarla con un amigo suyo en la plaza de mercado.

Carlos era el nombre de este comerciante que tenía un puesto de verduras en la plaza. Clara se dirigió a él ofreciéndole todo tipo de labores, pero éste le dijo que no tenía ningún oficio para mujeres. Entonces, aquella mujer desesperada le manifestó que ella haría cualquier cosa, así fuera un trabajo netamente para el género masculino.

Cogió un trapo sucio que había encima del mercado, se dirigió hasta el camión que acababa de llegar con papa de tierra fría, se echó un bulto de 48 kilogramos al hombro y caminó hasta el puesto de verduras. Don Carlos la miró con asombro, admiración y tristeza. Se negó a darle el empleo porque, por una vez más, le repitió que ese no era un oficio apto para las mujeres y que cargar algo tan pesado acabaría con su salud y su formidable figura.

Después de tanta insistencia, don Carlos la aceptó como ‘coterá’ en su negocio. Juanita la acompañaba todos los días al lugar de trabajo y allí observaba cómo su valiente madre cargaba exuberantes cantidades de papa para poder conseguir dinero y brindarle un pan con agua de panela todas las mañanas. “Mi mamá carga bultos de amor”, les decía Juanita a los hombres de la plaza de mercado.

# *La obrera de la familia*

*Edwin Morales Bello*

**M**i nombre es Rocío Andaluz, tengo 71 años, soy hija de Manuel Rocha y María Castro. Nací en un hogar en donde mis padres se amaban mucho, se necesitaban el uno del otro y su amor fue invencible hasta el final de sus días. Era una familia comprendida por ocho personas: mis padres, cuatro hijas mujeres y dos hijos hombres. Fui la cuarta entre mis hermanos. Cuando era pequeña vivíamos en Pasca en la finca El Tesoro San Agustín.

Todos los días desayunábamos con arepas que mi mamá hacía, acompañadas de agua de panela y un pedacito de queso; almorzábamos con sopa o mazamorra preparada por mi mamita, — ¡Y muy rica por cierto!; la cena consistía en papas y mazamorra de pintado. Se cocinaba en ollas de barro que la misma familia elaboraba, cogían barro, lo cocinaban y después hacían la horma de la olla; los fogones eran de piedra con unas varillas por encima, se abastecía de leña, la cual era recogida en el monte por los hijos y se transportaba al hombro o en burros. Los platos eran de un material diferente, de esmalte, muy poquitos y había que esperar a que otra persona los desocupara.

En las noches nos alumbrábamos con velas o candelabros que consistían en colocar una esperma en una botella, también se hacían mecheros de petróleo, llenando una botella con este combustible y metiéndole un trapo de algodón el cual era usado como mecha. Normalmente nos acostábamos a las seis de la tarde porque tocaba madrugar y levantarnos a las cinco de la mañana.

En cuanto al vestido los niños vestían un saco de paño, pantaloneta hasta la rodilla; las niñas faldas hasta los tobillos, los zapatos eran alpargatas confeccionadas con fique y caucho. La ropa se alisaba con una plancha que se ponía a calentar en el fogón, se llenaba con carbón encendido o se le echaba

un palo caliente. El vestuario lo hacían las mujeres a mano, tejido y bordado. Para las cobijas se hilaba lana y se hacían en telares; los retazos de la ropa usada se cortaban en cuadros, se cosían y se armaban tendidos para las camas.

Como distracción se escuchaba Radio Recuerdos y las radionovelas. Se jugaba al papá y a la mamá, a hacer arepas de barro o a la familia. Los juguetes eran muñecos u hojas que hacían el papel de plata y ruanas de los niños o bebés.

En la casa se cultivó en una época maíz, trigo, cebada, alverja y después se cultivaron variedades de papa, entre ellas la criolla. Además, se tenían como animales domésticos los perros, los gatos, las vacas, las mulas, los caballos, las ovejas y las gallinas. La huerta casera era trabajada por la mujer y los niños pequeños, porque los mayores de doce años debían ir a trabajar al campo con los padres.

Cuando una persona se enfermaba no la llevaban al médico, recuerdo que mi papá decía:

— Para eso hay remedios caseros, los médicos no sirven.

Como medicina se empleaban diversas hierbas:

Para el dolor de cabeza: se ponían tajadas de papa en un chiro y se lo colocaban en la cabeza. Para tratar el dolor de muela se hacían buches con malva, hojas de centella o trementina de frailejón que cogían y metían en la muela y ella sola se caía. Para la gripe se empleaban hierbas revueltas y se la hacían tomar u oler. Para los riñones aguas de hierbas.

Los hijos los ayudaba a tener una partera porque los médicos no quedaban tan cerca y mi papá decía que no había nadie más que ella.

No pude estudiar, así que no pude conocer el hogar de un colegio o la compañía de dos o tres amigas y los colegios eran construidos por la comunidad, entre todos se ayudaban para poder progresar.

La casa de nuestros padres era de bahareque: de paja y barro revuelto y los chusques como para sostener la construcción. La casa tenía tres alcobas, una para mis padres, la otra para los hombres y la otra para las mujeres, no tenían baño y tocaba ir al monte o al municipio.

Las diversiones de la familia consistían en celebrar durante cuatro días las fiestas de navidad, 8 de diciembre, San Isidro y los días santos. Nos reuníamos

muchos a familiares y amigos, se hacían envueltos y los hombres iban al río y traían costalados de pescado capitán en la época de Semana Santa. En navidad se apostaba en las noches a los aguinaldos, al sí y al no, tres pies, grito a media noche y los hombres apostaban carreras en sus caballos.

La vida de mi mamá fue buena no tan alegre pero vivía contenta porque no la maltrataron, ella era una buena ama de casa. Mi papá trabajaba en el campo y hacia lo que el patrón le dijera, no tenía trabajo fijo sino en una parte y en otra. Mi mamá se levantaba temprano y le preparaba de desayuno un pan y chocolate o una arepa y agua de panela. Mientras mis padres trabajaban los hijos les colaborábamos con los oficios de la casa y lo que nos dejaran.

Mi papá tomaba muchísimo y cuando los tragos se le subían a la cabeza llegaba a la casa, no comía y se ponía bravo; pero no pasaba de ahí, no nos pegaba. Le decía a mi mamá que era muy bonita y fea, se ponía a reír y a nosotros nos mandaba a dormir pero si no hacíamos caso nos pegaba, lo mismo a mi mamá. El dejaba apenas lo necesario para la comida y los gastos y el resto para tomar y jugar billar. Mi papá a veces dejaba que mi mamá visitara su familia y cuando no la dejaba le decía que quedaba muy lejos y que al día siguiente había obreros. Como medio de transporte se empleaban las mulas y los caballos, pero que no fueran del patrón porque de lo contrario nos echaban a todos y mi papá obedecía. En esa época el agua se cargaba de los ríos o de los nacederos en baldes de plástico o en moyos.

En esa época había solo dos partidos políticos los liberales y los conservadores que a propósito siempre se han peleado.

Cuando tenía 16 años me enamoré de un joven de 18 años, el noviazgo consistía en que el que se casa se mantiene, ya que no se podía seguir viviendo con los papás y decían — El que se casa quiere casa y costal para la plaza—. Nos fuimos a vivir a la Cajita. Tuve siete hijos, tres mujeres y cuatro hombres. A mis 17 años nació el primero.

Ya en mi hogar desayunábamos con chocolate, arepa y caldo; almorzábamos con papa, arroz y carne; la cena consistía en mazamorra o sopa de chucho. Los platos eran de esmalte; las ollas de lata y algunas de barro; el fogón era una parrilla y utilizaba la leña, la cual recogía con mis hijos. Había que llevarla en un trayecto al hombro y a mí me sangraban los hombros por la presión que hacían los rejos con los cuales se sujetaba los trozos de leña, los niños acercaban las mulas y la llevábamos a la casa. Todavía se planchaba con planchas de carbón. De noche nos alumbrábamos con velas o con antorchas que consistían en un chiro amarrado a un palo, le echaban gasolina y lo prendían. Como no había luz eléctrica no teníamos ningún medio de comunicación.

El vestido era diferente para hombres y mujeres, las mujeres vestíamos enaguas, blusa y ruana; los hombres vestían pantalones, camisa, chaqueta y ruana. Los zapatos eran alpargatas y después llegaron las botas de caucho. En esta época el vestuario lo seguían haciendo las mujeres.

En una época se cultivó papa abonándola con estiércol y cal, también se sembraba maíz, cebada y trigo. Después se empezó a mejorar el cultivo de papa empleando químicos. Teníamos caballos, perros, mulas, vacas y gatos.

Como medicina tanto para las personas como para los animales se cocinaban hierbas. Los hijos los ayudaba a tener una partera, no se podía ir al médico porque mi esposo decía: —Usted es mía y de nadie más. Ella es como de la familia y las mujeres les debe ayudar a tener los hijos otra mujer, los hombres solo miran y no hacen bien el trabajo—.

Mis hijos estudiaron en la escuela Las Mercedes, algunos hicieron hasta 5° de primaria, en aquel tiempo los colegios los construía la comunidad de la vereda realizando rifas y bazares que duraban hasta tres días, así no tuvieran hijos estudiando. No había uniforme, los niños iban como los padres los pudieran mandar, no había refrigerio por parte del gobierno, los padres les daban chocolate, un pedazo de panela y una arepa.

Mis hijos jugaban a correr por el campo o hacían pelotas de trapo y se divertían quitándose la al otro. A mis hijos e hijas les tocó trabajar muy duro desde niños.

Mi casa era de barro y bahareque y constaba de tres alcobas, cocina, no había baño.

Las fiestas que llegamos a celebrar fueron San Pedro, navidad, año nuevo y seis de reyes; se bailaba y tomaba durante tres o cuatro días. En navidad se apostaba a los aguinaldos, al sí y al no, el grito a media noche; en Semana Santa se acostumbraba a hacer comidas, envueltos y arepas. Las fiestas eran alegradas por músicos de la región, personas que tocaban guitarra y cantaban.

Mi esposo se levantaba muy temprano a trabajar en la agricultura y ganadería, cuando él se levantaba yo ya debía tener listo el desayuno. Mientras nosotros trabajábamos mis hijos me ayudaban a hacer oficio, a sembrar, a cocinar, a trabajar en el campo.

Yo me dedicaba a cocinar para veinte obreros y para mi familia, además, lavaba, cocinaba, barría, trapeaba. Recuerdo que una vez no pude lavar

ni trapear porque me sentía enferma y mi esposo me pegó, me dejó toda amoratada. Vivía muy triste porque mi esposo me pegaba mucho, me decía cosas horribles y una vez me dio una mano de palo que casi me rompe un hombro. Mi esposo tomaba demasiado y botaba toda la plata en la tienda y no llevaba nada, ni una panela, y cuando los tragos se le subían a la cabeza, llegaba a la casa y me decía: —Por su culpa, usted es una mal..., una pe..., no sirve para nada, solo busca mozo con quien dejarme para deshacerse de mí—.

Una vez me lastimó tan duro que me dejó inconsciente y calentó aceite y metió mis pies en él. ¡Ay!, yo grité. Duré un mes sin poder ponerme los zapatos, sin poder caminar y continuaba pegándome. Les decía a mis hijos que en lugar de poner cuidado se echaran. Mi esposo nunca me dejaba ir a visitar a mi familia. Yo bajaba la cabeza y con tristeza soporté vivir alejada de ellos.

Como medio de transporte y de carga se utilizaban las mulas y los caballos. Mi esposo era arriero y yo lo acompañaba en ese trabajo, caminaba largas distancias arriando las mulas, regresábamos a la casa a las dos o tres de la madrugada y yo tenía que desenjalmarlas y llevarlas a un sitio en donde encontrarán alimento. Fueron épocas muy duras, pues mi esposo no me reconocía ni un peso por mi trabajo.

El agua se traía en moyos de la quebrada que pasaba por abajo de la casa, ese oficio lo hacían las mujeres y los hijos, pues en aquella época no había acueducto, a pesar de que en estas montañas abundan los nacaderos, imagínese lo que es cargar agua loma arriba.

Había dos partidos políticos los liberales y los conservadores. En esa época los seguidores de los dos partidos se peleaban mucho y un liberal no se podía ver con un conservador porque se mataban.

Mi vida acabó rápido. Un buen día enfermé, al comienzo no tuve atención médica; después sí, pero ya fue tarde.

Me fui con la certeza de que mis hijos y mis nietos contarían esta triste historia para evitar que sigan maltratando a las mujeres y desconociendo su trabajo. Las mujeres trabajamos más de ocho horas diarias y sin derecho a descansar.

# *Una vida con sabor a aguapanela*

*Jorge Andrés Jaramillo Muñoz*

**D**esde la fría noche en que arrullabas, hasta la tibia madrugada luego de que soñaste. Al surgir del sol que resplandece por las montañas, por sorpresa, unos confortantes brazos de mujer calcinan de amor a dos pequeños a medio dormir, envueltos en un calor por el dulce olor del agua de panela servida en tacitas de peltre y succulentas arepas a medio tostar, saludando con un gesto de encanto por la graciosa sonrisa que los despierta en un nuevo día.

Usando por momentos un cepillo como micrófono, atentamente observando el reflejo en un pequeño espejo y cepillando sus amarillos y retorcidos dientes humeantes de cigarrillo, la mujer de cabellos castaños, espera que sea el mejor día de su vida. - ¡Y amarnos hasta quedar sin alientos... soñar despiertos, vivir lo nuestro!... esto es Radio Latina, 93.5 FM-, canción que con locura la mujer entona, palabras que por inercia repite.

El apasionamiento por las melodías de la radio hacía que María, una joven madre en la ciudad de Medellín, se transportara al dulce y melancólico sentimiento de felicidad, que la hacía escapar de una dura realidad que enfrenta desde que tiene uso de razón: - Desde que escapó embarazada de las playas encementadas del río y por necesidad, se estableció en una empinada, angosta y sobrepoblada ladera en la Comuna 13.

Allí es donde reside con sus dos inquietos hijos, los mismos que todas las mañanas saluda con un dulce beso, queriéndoles otorgar el escudo protector que solo una heroína como ella podría concederles a la luz de sus ojos.

- Apúrense pues mis amores que tenemos que llegar rápido-, presiona María, antes de salir en su búsqueda diaria de un diario vivir junto con sus dos

pequeños. Si la calle le ha enseñado algo a esta mujer, es que sólo ésta le puede ofrecer lo que tanto necesita y si son dos niños los que la acompañan, será mejor recompensada.

Jefferson, de 8 años, y Silvana, de 6 años, son los dos pequeños que durante tres años han acompañado a su madre hasta la esquina de una gran fábrica al sur de la ciudad. Ellos se apresuran en ayudar a organizar la chaza de madera en la que venden gomas, bombones, confites y cigarrillos. De eso han sobrevivido y creen que con esto tendrán que seguir.

Esa mañana no esperaban que por las pequeñas calles de mecánicos, aceites y demás mezclas oleosas que empañan el pavimento, unos hombres en una moto, totalmente enigmáticos y simpáticos a primer ojo, le dieran una mala noticia a María: - Señora ¿cómo le va?-, pregunta de forma inmediata y cortante uno de los sujetos, al cual Jefferson sentado en la acera le desamarró los cordones.

- Mujer, lo que pasa es que estás en nuestra propiedad y pues me tenés que “ligar”... ¿me entendés?-. Los sujetos pretenden que María les pague una “miseria extorsión”, según ellos, de doscientos mil pesos mensuales, con el compromiso de que ella y sus hijos no sufran represalias.

María en tono irónico pero asustadizo les refutó: - Y sí me rehúso ¿qué?. Ustedes no me pueden hacer nada-. Los hombres inmediatamente sacaron sus armas de la parte trasera de sus pantalones y de inmediato amenazaron con un tiro certero en el rostro a la pequeña Silvana que se encontraba jugando con dos tarros de aceite para frenos. Los motorizados se marcharon y con el susto de ver a sus hijos muertos, María no volvió más a esa zona.

Es un nuevo día. María llegó a la famosa avenida Oriental. Sorprendidos sus hijos por los grandes edificios que se encuentran allí y por los vestidos y trajes lujosos exhibidos en aparadores de los grandes almacenes, la pequeña Silvana le pregunta a María si algún día tendrán dinero para entrar ahí, a lo que María responde: - Sí mi vida, algún día si Dios muy grande en el cielo nos lo permite-. El día no pudo haber sido peor, María solo logró vender unos cuantos confites, y sus pocas ganancias le cabían en su pequeña mano derecha:

- ¡Dios mío!... tres mil pesos, esto no me alcanza ni para devolverme.

Tan mala suerte la de esta mujer que, a la vuelta de la esquina, un grupo de policías que se encontraba patrullando la zona, retuvieron a sus dos pequeños hijos, alegando que ellos estaban trabajando. María llora, se arrodilla, ruega.

Sus ojos café se tornan rojos, sus lágrimas caen al pavimento humedeciendo las brucasas placas de cemento. Ellos se fueron, no volverán. La mujer en lágrimas lo vio todo perdido.

No tuvo más remedio que volver sola a su pequeña casa enjaulada de latas y tejas de asbesto. - Silvana y Jefferson se han ido ¿quién sabe cuándo volverán?-, arrullada la mujer por las almohadas que aún al finalizar el día, contienen el dulce olor del agua panela que provocaba la radiante sonrisa de sus dos pequeños, con los cuales no dormirá más.

María cayó en un profundo sueño, la mujer de cabellos castaños no despertará jamás, mientras la pipeta de gas que dejó abierta, vació por completo un sofocante y alucinante aire que la transportó al final de una vida que, por su pobreza, nunca habría llamado una vida plena.



# *Al calor de las voces las memorias se cuentan*

*Flor Alba Lopera Zuleta*

*A mi madre, sobrina y abuela*

**L**eonila y su madre eran dos mujeres de familia conservadora y en extremo católicas que enfrentaban la vida con valentía, mientras los hombres del hogar, lejos de sus casas, peleaban una guerra que no les pertenecía y sin razón conocida, solo tenían que disparar contra el enemigo que les indicaban quienes tenían el poder para ello.

Durante muchas noches, ellas tenían que huir al monte y esconderse de los Liberales, quienes tenían por orientación política asesinar a conservadores. En el lugar donde vivían, lejos del casco urbano, era muy común escuchar que, a machete, a bala y quemadas, morían familias como producto de esta guerra sin razón entre liberales y conservadores. No había lazos sanguíneos que valieran, importaban más los partidos políticos y, quien no fuera del mismo, bando era declarado enemigo.

Así fue la época de infancia y mocedad de Leonila quien, ya casada, rezaba juiciosamente el santísimo rosario cada noche con padres nuestros para las ánimas del purgatorio; devastaba sus ojos bajo la luz lánguida de lámparas de petróleo y velas de parafina, leyendo historias fantásticas a su hija Mariana, la mayor de tres hermanas y dos hermanos, quien embelesada imaginaba los personajes de “Lejos del Nido”, “El Mártir del Gólgota”, “Genoveva de Brabante”, “Aura o las Violetas”, incluido “El fin del mundo del apocalipsis de la Biblia”, leían gran cantidad de textos maravillosos que las llevaban muchas noches lejos del dormitorio a media luz, donde se encerraban después que los demás se iban a dormir.

A hurtadillas, en punta de pie para no ser escuchadas, se les pasaba la noche

en un abrir y cerrar de ojos. Cuando menos lo pensaban el canto estridente del gallo anunciaba el amanecer a las tres de la mañana, ocupadas por dejar el libro justo en la página que correspondía.

Leonila usaba la estampita de la virgen del Carmen como separador, dormía una horita y se levantaba tan campante a despachar a los veinte peones al cafetal cargados con desayuno, almuerzo y sobremesa.

Atizaba el fogón de leña, molía el maíz que se cocía en brasas durante toda la noche, mientras ellas viajaban a través de la magia de cada página leída. Todo lo hallado en la literatura les invadía la piel, el cuerpo, sus vestidos se cargaban con los ecos de las voces de los y las protagonistas de cada historia, paisajes, colores, palabras, y personajes nunca imaginados, nadie entendía que les plasmaba esa sonrisa en los labios que les duraba todo el día hasta que llegaba la magia de la noche y de nuevo el encuentro con los libros.

Leer las alejaba de la rutina, del tedio y el horror incluso en las noches que Leonilale relataba a su hija cómo fue su infancia, incluso recién casada les tocaba pasar largas faenas a escondidas por si la “chusma” estaba cerca; debían refugiarse para no morir quemadas o violadas. Recordó que cuando Mariana era aún muy pequeña, la pico el mosquito que transmite el paludismo y casi muere como producto de esta terrible enfermedad.

Pese a todo, recuerdan buenos tiempos gracias a que ellas sabían leer; la mayoría de las mujeres de aquel remoto lugar ni siquiera podían firmar, aseguraban sus familiares con vehemencia que el estudio no era cosa para mujeres, que para criar niños, cocinar, lavar, planchar y atender a un marido, bastaba con ser juiciosas y sumisas, “ser buenas mujeres”, ese era el mandato y mientras menos supieran y hablaran, mejor.

Cumplir quince años, era para Mariana la edad de casarse; ella escuchaba a su padre y madre decir que ya era hora de ser “mantenida” por un hombre y desligar la responsabilidad de la familia, antes de quedarse solterona, o para vestir santos como decían en el pueblo. Ella no opinaba.

No fue precisamente un príncipe azul de cuentos quien se la llevo a vivir lejos de su hogar, a otra casa con paredes de caña brava, empañetada con boñiga y barro, puertas pintadas de azul petróleo, piso de tierra, techo de hojalata y letrina lejos del cuarto.

Aún era muy niña; a veces en las noches se despertaba ante el jadeo incesante de su marido cuando terminaba de depositar una nueva semilla en su útero,

que no paró de ser fecundado por años y años por ese hombre que de ningún modo supo decirle palabras de amor y sí, muchas veces, injurias y agravios sin razón, muchas más de las que “por derecho tenía sobre su mujer”.

Allí con el termo lleno de aguapanela caliente y la bacinilla como testigos, cada dos años o menos, lloraba un bebe recién nacido. La misma camacuna con barrotes color granate y verde oscuros donde durmió la primera niña fue ocupada luego por el que acababa de nacer hasta... y fueron quince: once mujeres y cuatro varones. La cortina del cuarto donde nacían los bebés siempre estaba custodiada por el estampado de jarrones grandes con flores de colores verde agua, azul cielo, amarillo sol, café madera, palo de rosa y rojo sangre.

Mariana era una bella mujer de cabellos negros, mirada insondable con ojos marrón oscuro, como los de una gitana y tenía magia en sus manos, era artesana. Ella misma hacía las camas para sus hijos e hijas con palos de café; rellenaba los colchones y almohadas con lana de balso; decoraba su casa con rostros que hacía con la mitad de una calabaza seca, la adornaba con botones, telas y lanas... era tan laboriosa siempre.

Cuidaba con dedicación cada uno de sus hijos e hijas, cosía y tejía sus ropitas y luego como un muñequero las extendía al sol en el patio de la finca después del lavado: Saquitos, baberos, manoplas, gorritos, cobijas, frazaditas y cantidad de pañales de tela despercudidos con ramas de azulina...No paraba jamás de trabajar.

Años más tarde decía a sus hijas mayores que no sentía haber tenido quince embarazos, sino haber estado embarazada durante quince años, toda una vida porque nacía un bebe tras otro. Nunca tuvo tiempo de pensar si amaba a aquel hombre que doblaba su edad, solo sabía obedecerle y servirle porque eso fue lo que le enseñaron su madre y tías paternas.

Antes que él diera una orden, ella se adelantaba para no provocarle disgusto alguno; nunca expreso lo que sentía, nunca negó nada, siempre en la misma línea respondió, “sí señor”, “ya voy”, “amen”, “lo que diga”, “así sea”.

Pidió perdón a Dios cada vez que sintió en su corazón dolor y rabia contra su madre que la había sacado de su morada argumentando que era su deber, que las mujeres se deben casar rápido o irse al convento antes que las tentaciones del demonio las hagan caer.

Una noche le contaba estas historias la madre a Daniela, la cuarta de las once hijas que parió Mariana, le contaba de su infancia, de la abuela y su madre, la niña se fascinaba escuchando a la madre y siempre con su picara mirada le decía:

- Cuéntame otra historia mami.

Ella le relataba travesuras de la niñez al lado de sus hermanas y hermanos en la finca, donde luchaban con los ataques de cólera de su padre, enfermo de resentimiento por el maltrato recibido por su progenitor durante su época de albor.

La madre lograba separar la angustia que le producían algunos recuerdos para transmitirle a la niña historias increíbles que invadían su imaginación. Daniela conseguía comprenderlas y recrearlas de manera mágica para que en su ilusión fueran historias menos dolorosas, una que otra vez preguntaba a la madre cómo las mujeres podían resistir tanto, atender sus familias y encima ser tan poco valoradas por los demás, no eran apreciadas por su labor y no paraban nunca de trabajar.

La madre se quedaba en silencio unos instantes repasando un poco la historia que conoce de las mujeres en el país, para luego decirle: - Nunca ha sido fácil para las mujeres, hija.

Una noche en el dormitorio la madre le contó a Daniela cómo después de tantos años de aguante y resistencia, la abuela se liberó del yugo que le oprimió el pecho y la espalda durante tantos años.

Cuando los hijos e hijas crecieron, estudiaban y trabajaban, la abuela ya no tenía que seguir en la misma línea de sumisión con su esposo, ya no estaba sola y la comida para alimentar tantas bocas ya no dependía de él. Eran ellos y ellas quienes se encargaban de mercar, pagar las facturas y llevar los gastos, entonces una noche la abuela ya no se acostó más al lado del señor, en la casa de la ciudad que tenía dos ambientes.

Organizo su lecho en el segundo piso de la casa al lado de sus hijas quienes la apoyaron y por más que el señor se enojó, grito y pataleo, ella expreso por primera vez lo que sentía, dijo: -NO, basta, ahora quiero vivir mi vida-. Lo que más le gustaba era bailar, la danza era su pasión, se inscribió a un grupo de folclor colombiano, baila cumbia, sanjuanero, bambuco, guabina y, lo que suene a música, lo baila.

Además decidió terminar sus estudios, ya que lo poco que sabía leer fue gracias a su madre que le enseñó mientras le leía aquellos libros en la niñez. Aunque fue a la escuela, no alcanzó a terminar el primer grado. Ahora con sus hijas profesionales, siente la necesidad de estar un poco a su nivel y termina la secundaria con honores cuando cumplió 60 años; en el colegio donde estudio fue admirada por el equipo docente por su dedicación y esmero en lo que hacía. Y, aunque nunca fue a una empresa a laborar como otras mujeres, su trabajo es reconocido por quienes la aman.

Cose y atiende su hogar, cuida de su madre quien vive con ella desde que un año después de la muerte del padre de Mariana.

Ya viviendo en la ciudad, después de misa, Leonila no encontró el camino de regreso a la casa, estaba perdida y no sabía ni quién era; los médicos recomendaron no dejarla sola. Mariana sintió que era ella quien debería cuidarla como la mayor de todas, además se siente respaldada por sus hijas. Y pese a que ha velado y despedido a dos de sus hijos y una hija, el dolor más fuerte que ha sentido es el de la muerte de su amada nieta Daniela.

Mariana acompañó todo el ritual del velatorio donde las oraciones fueron las lecturas de lo que la niña escribió sus últimos años, no creía poder vivir para contar lo que se siente:

- Duele en el alma, la piel y el aire que respiras-, dijo esto mientras guardaba la cantidad de álbumes de fotos de Daniela con la familia en un baúl de mimbre forrado con terciopelo rojo.

De cuando en vez se los enseñaba a su madre Leonila de noventa y tres años, quien la miraba vagamente con sus preciosos ojos azules y preguntaba:

-¿De quién son esas fotos? ¿Y vos quién sos? ¿De dónde nos conocemos? ¿Por qué estoy en esta casa?.

Mariana acariciaba con ternura el rostro surcado y viejo de su madre, enjuagaba las lágrimas que rodaban por sus mejillas y respondía: - ¡Sí que nos conocemos mamá y esta es tu casa!-. Sintió que ya había perdonado esta mujer, que la arranco de su regazo cuando escasamente cumplía quince años. Recordó ya sin resentimientos aquella vez que su esposo la había agraviado en extremo y regreso a la casa a buscar el apoyo de su madre. Pero, junto con su padre, Leonila la echó diciendo que ya era propiedad de aquel señor al que el sacerdote la había entregado. "lo que Dios ha unido no lo separa el hombre". Mariana sumisa regreso al lado del esposo que habían elegido para ella. Y Así vivió muchas décadas sin refutar.

Ahora Mariana es una mujer fuerte, guerrera, que no tiene miedo de decir lo que siente, reírse, bailar, salir y ayudar a quien lo necesite sin pedir nada a cambio, porque así le enseñaron su madre y tías paternas. Siente un gran amor y la obligación de cuidar esta mujer anciana y perdida de sus recuerdos; en las tardes le lee la biblia, los laudes y las vísperas, también algún capítulo de novelas de Laura Restrepo y Gioconda Belli. A Leonila de vez en cuando se la ve llorar mientras tararea un viejo tango que guarda en su memoria como una bendición.

# Julia no se ganó la gallina

Fabiola Inés González Cuartas

Julia será mamá. Mamá Ana vino para cuidarla. Llegó la hora, la comadrona también.

Luis esperaba hombrecito.

Entre soba y soba nació una niña, gordinflona, renegrída, “ojibrotada” y además ñata. Luis, gritó: - Suegra, ¡Julia no ganó gallina!, mátele un huevo.

Rosa, pregunta a Zoila: - ¿Qué tuvo Julia?

- Una miona...

Acudieron a conocerla, pero Julia, cobijándola toda, dijo: -Está dormidita...

Como nació el 16 de julio, le pusieron Carmen. Al año regresa “la cigüeña” trayéndoles un niño, este no era feo, era ¡horroroso! Parecía ratón enrazado en mico.

A éste sí lo dejaban ver, diciendo:

- El hombre como el oso, mientras más feo más hermoso.

Luis contaba orgulloso:

- ¡Nació varoncito!

Vivían en el campo lejos, del pueblo. Ana los visitó cuando Carmen cumplió siete años.

Ella le preguntó: - Abuelita, ¿quién manda en casa?

Ana responde con otra pregunta: - ¿Quién manda en el gallinero?

- Pues...el gallo. Bueno, es lo mismo en casa.

Carmen cuando su abuela los visitaba, aprovechaba para hacerle muchas preguntas, pero cada vez quedaba más inquieta. Ella no alcanzaba a asimilar tanta injusticia.

Poco a poco Carmen fue creciendo, lo mismo que las diferencias en el trato entre hombres y mujeres. Le impresionaba ver que un hombre se casaba y llevaba a su mujer a una finca que no era propiamente de recreo, a trabajar como mula, a tener hijas e hijos cada año, sin derecho al descanso.

Carmen, no pudo estudiar, pues allí no había escuela y lo poco que aprendió fue gracias a su abuela. Según Julia, Carmen había dado la vuelta, ya no era tan fea. Cuando cumplió los dieciocho años, se enamoró y se casó con Pedro, pero le fue más mal que a perro en misa, el tal Pedro salió más malo que Caín, no pasaba una semana sin que le diera una tremenda paliza.

Pedro era de los que decía: - A la mujer hay que tenerla en la cocina, descalza y en embarazo-. En una ocasión le prometió darle más libertad y le amplió la cocina.

Cada año recibían una visita de “la cigüeña” que, por la pobreza que llevaban, no era muy deseada. Además se repitió la historia de Julia, pues cuando “la cigüeña” llegaba con niña, su marido ordenaba: - Nada de gallina, que le dieran agusal pero sin huevo. Carmen cocinaba, ordeñaba, criaba gallinas, sin embargo Pedro decía: - No sirve para nada. Yo si camello.

Cuando Pedro salía, vendía gallinas, huevos, queso...que con el jornal malgastaba. El mercado que llevaba era un “calambombo” (hueso de res) y panela.

Pedro iba de fonda en fonda bebiéndose hasta el último centavo. Carmen no tenía días festivos...

Ella pensaba que le sucedería como a Teresa, que salió en camilla rumbo al cementerio. O como a su amiga Josefa que la mató un colerín negro y la enterraron debajo de una Ceiba.

Carmen curaba el rebote de lombrices con paico, la diarrea con hierba buena.

Llegó el día en que salió muerta, pero del miedo, pues fueron desplazados por los grupos insurgentes.

Sin saber qué hacer, fueron a parar donde una prima, pero no hay mal que por bien no venga y, aguantándose la cantaleta de Pedro, aprovechó un curso de panadería y con créditos montó su propio negocio. Pedro estaba “que se echaba tierra en el ombligo”, como decía mi mamá, la humillaba, la ultrajaba, pues no quería que ella ganara plata.

Un día, Carmen invitada por una vecina y dejando todo listo, salió para una capacitación sobre maltrato intrafamiliar. Pedro, golpeándola, le dijo:

- Para dónde va, la mujer es de la casa, ¿qué diablos tiene que ir a hacer allá?

De todos modos, Carmen se fue. Al volver encontró los niños hambrientos y a Pedro viendo televisión. Esto desencadenó su furia, ya no aguantó más, y agarrándolo a escobazos le dijo:

- ¡Infeliz!, veinte años maltratándome. ¡No más la boba aguantadora!

Juanita su hija tuvo que intervenir arrebatándole un machete mohoso, pues si no lo mataba la herida, la infección sí.

Carmen volvió a los encuentros de formación. A la capacitadora le había llegado el chisme sobre la pelea y aprovechó para recomendar que no debe hacer justicia por sus propias manos, utilizar el diálogo y acudir a las autoridades competentes. Carmen sintiéndose aludida prometió dialogar.

Cuando regresó a casa, Pedro seguía igual. Ella se propuso buenamente sensibilizarlo para que cambiara. Pacientemente, poco a poco, lo convenció. Ahora juiciosamente trabaja en la panadería: “CARMEN Y PEDRO”

# *Un día de mujer, un día como todos*

*Orfelis Jaramillo Garcés.*

**S**uena el despertador, son las 5:00 a.m., es hora de levantarse. Doy gracias a Dios, saludo al nuevo día y a mi hijo para que se levante y vaya al colegio. Hoy es un día especial porque tengo la oportunidad de enfrentarme a mí misma, soy yo con mis retos, mis sueños, grandes sueños. Esos que pensé en un momento que tendría que dejar por tenerte, por asumir el papel de ser madre a los 17 años, edad en la que estas lleno de imaginación, de cosas por hacer que dan vueltas en la cabeza, de confusiones.

Un día como hoy son todos los días de mi vida, un día en el que miro más allá del horizonte y te recuerdo, veo la luz que me guía hacia a ti. Tú que eres el motor de mi búsqueda constante por encontrar la mejor manera de hacer las cosas para alcanzarte. Mi gran amor, mi sueño, de ser una profesional capaz de dar a los demás los mejor que tiene en lo profundo de su ser.

En este día confronto mi cotidianidad entre las labores de la casa, hacer el almuerzo para llevar al trabajo, dejarle el almuerzo a mi hijo en el microondas para que solo lo caliente, organizar la ropa lavada del domingo, tender la cama, organizar la cocina e ir responder a la oportunidad que tengo laboralmente.

Le doy gracias a Dios porque él me da las ganas de hacer las cosas y poder sacar tiempo para lo que creo importante para mí y para hacer felices a otros: Mi familia. Puedo decir que tengo un buen empleo porque me gano un buen sueldo en comparación con los que lamentablemente ganan un mínimo, los cuales se van yendo entre la responsabilidad de pagar la universidad, el crédito de la casa, los servicios, el mercado y otras deudas que se van adquiriendo en el diario vivir. Pero es gracias a ese empleo que inicie a estudiar y me he sostenido en la carrera durante estos dos años.

Son las 12:00 m. y continúo mí día, hora de ir a la práctica. Comparto con mis estudiantes de octavo, parte de mi sueño, lo quiero que ellos potencien, que se sientan cómodos y que todos de alguna manera participen en la clase.

Creo en la educación como eje dinamizador y transformador de historias de vida. Estoy en el camino de ser maestra y es por ello que en mi horario de almuerzo me alegro en cambiar de actividad para hacer mi práctica y volver al trabajo a las 2:00 p.m. recargada de energía, sabiendo que muy pronto tendré la oportunidad de dedicarme a ello, a vivir mí sueño. Aunque esto implique que almuerce a las carreras, la verdad me siento feliz.

Llega la noche, se oscurece el cielo y el cuerpo tiende también a hacer lo mismo, en ocasiones se agota, pero la alegría de llegar a casa a ver a mi hijo me relaja, me hace sentir plena. En casa mi hijo me espera con sus cuadernos para el otro día de clases, le ayudo con las tareas y los regaño por no haber hecho la actividad del colegio.

La noche continúa con su templanza y frialdad que invita a buscar la cama para descansar, acompaño a mi hijo a velar su sueño, mientras su padre duerme respondiendo a su gran cansancio físico, después de una dura jornada de trabajo en construcción.

Es así como puedo aprovechar el silencio de la noche, tomar el computador y hacer los trabajos de la universidad, leer un buen libro de superación personal o ver un video que me inyecte más energía para el nuevo día que vendrá. Así pasa del lunes al sábado y el domingo donde se descansa con otras tareas. Es ver como mi hijo crece sanamente y mi esposo es feliz. La, fortaleza, templanza, optimismo, emprendimiento, lucha, constancia, entrega incondicional, amor de acciones con los que nos hacemos mujeres quienes damos vida y no conformes con ello, realizamos todo lo posible en desarrollarla hasta morir.

Homenaje a todas esas mujeres que cada día lo entregan todo para que sus familias sean felices y a que ven en sus sueños, la mejor oportunidad de valorarse y sentirse dignas.

# *El relato de un hijo desaparecido hace 16 años*

*Teresa de Jesús Ortega Delgado*

**É**l salió a ver un trabajo que tenía pendiente en un polideportivo de la ciudad. Desde que mi hijo desapareció, cambió totalmente nuestras vidas en el hogar.

Al ver que mi hijo no llegó al otro día, ya empezó nuestro sufrimiento y preocupación. Lo primero que hicimos fue dar parte a las autoridades y a la 12 horas colocar el denuncia de desaparición en el CTI de Udri Alí García Ortega.

Luego de la desaparición, nosotros fuimos todas las mañanas a la salida de la ciudad y a los pueblos más cercanos, sin tener pista de mi hijo.

Otro día que salimos por un camino muy lejano, al llegar a la entrada de la ruta que nos llevaba a una montaña, encontramos que en el piso había mucha sangre. Nosotros sospechamos que podría ser un rastro de mi hijo desaparecido.

Al llegar al sitio, encontramos un animal muerto, inclusive nos fuimos a buscar a todas las minas de arena en el departamento de Nariño, todos los ríos, quebradas y deshechos; ya que no encontramos rastro de mi hijo, oraremos dejándolo en las manos de Dios y la Virgen para que la ley se encargue de buscar pistas de mi hijo, sea vivo o muerto y que Diocito me dé la vida para recibir aunque sea los huesos de mi hijo.

Udri Alí García prestó su servicio militar obligatorio en Cali en el Batallón Pichincha. A los tres años de prestar su servicio militar desapareció. Era un joven trabajador y sano.

Yo Teresa de Jesús Ortega Delgado, soy la madre de Alí García, soy madre cabeza de familia, me desempeño lavando ropa, haciendo aseo en apartamentos cuando hay trabajo.

## AUTORAS Y AUTORES



Ana Julia Cebay

---

“Para eso el hombre es de la calle y la mujer es de la casa”  
Inzá, Cauca.

Ángela María Molina Castaño

---

Mi cuento es el reflejo la historia de mi mamá, una historia que  
hace mucho quería escribir.  
Santuario, Risaralda.



Adeline Vargas del Castillo

---

El cuento resalta el valor de una mujer en medio de las difíciles  
situaciones que se vive en nuestra región.  
Tumaco, Nariño.

Laura María Carvajal Echeverry

---

“El trabajo de la cocina es de todos los días, uno no tiene descanso.  
Y además, le toca a uno el trabajo material, ayudar a trabajar, coger  
café, desyerbar las matas de yuca, sembrar arracacha...”  
Cota, Cundinamarca.



Aydé Rivera

---

“Las mujeres antes no tenían tierra porque no tenían cédula y los  
títulos eran todos a nombre de sus maridos. Pero siempre han  
trabajado la tierra sin tener ningún reconocimiento, hoy en día hay  
mujeres a las que todavía les pasa esto.”  
Apio, Inzá, Cauca.



### Carlos Andrés González Peralta

---

“María, nuestra María, una enamorada de la vida nos contaba cómo la conquistaron con un papel de aluminio, la luna, unas gardenias, y una gallina.”  
Bogotá.

### Diana Carolina Mora Forero

---

“Clara tomó una maletica de tela, en ella empacó lo que más pudo con toda la desesperación y un nudo que se le hacía en la garganta al saber que tendría que salir de la casa que por tanto tiempo se esmeró en conseguir y también porque tendría que dejar a su esposo, a ese hombre que desde sus 15 años la había conquistado cada mañana.”  
Bogotá.



### Claudia Liliana Faria Castellanos

---

“Las responsabilidades se triplicaron, la salud desmejora cada día y  
LIBERAMOS A LOS HOMBRES”  
Florida Blanca, Santander

### Diana Patricia Ortíz Borja

---

“Ya que no encontramos rastro de mi hijo, oraremos dejándolo en las manos de Dios y la Virgen para que la ley se encargue de buscar pistas de mi hijo, sea vivo o muerto y que Diocito me dé la vida para recibir aunque sea los huesos de mi hijo.”  
Vereda Higuevones, Sevilla, Valle del Cauca.



### Sandra Paola Garzón

---

“En medio de la pobreza y la escases a sus hijos nunca les faltó la comida, el amor y el buen ejemplo.”  
[Bogotá.

### Esperanza Cerón Villaguiran

---

Vivir es aprender y aprender es vivir.  
Popayán, Valle del Cauca





### Fabiola Inés González Cuartas

“Al año regresa “la cigüeña” trayéndoles un niño, este no era feo, era ¡horroroso! Parecía ratón enrazado en mico. A éste sí lo dejaban ver, diciendo: El hombre como el oso, mientras más feo más hermoso. Luis contaba orgulloso: - ¡Nació varoncito!”  
Medellín, Antioquia.

---

### Flor Alba Lopera Zuleta

Gracias por la oportunidad de participar.  
Bello, Antioquia



---

### Vanesa Hernández Ossa

“Todas las que somos madres deberíamos ganarnos la entrada al cielo, porque esto de ser madre es el trabajo más difícil, de más responsabilidad y de más entrega que yo en mi vida haya podido conocido.”  
Bogotá.

---

### Irina del Rosario Gómez Guzmán

“No puedo dormir desde hace días y en las noches limpio la casita, lavo la ropa, hago la comida y ya cuando amanece me siento en la mecedora, allí trato de dormir.”  
Cartagena, Bolívar



---

### Jairo Montenegro Díaz

“El día que la conocí fue un lunes, no podía ser un domingo porque los domingos, para ella, eran sagrados.”  
Samaniego, Nariño



---

### Janeth Hernández Sánchez

“La negra, con un gran talego en la espalda, junto con otras comadres y vecinas iban saliendo de sus casas para coger camino rumbo al río, era en este sitio donde en medio de risa y conversaciones se dedicaban a lavar la loza, a brillar las ollas y a lavar la ropa.”  
Bogotá.





### Jorge Andrés Jaramillo Muñoz

---

“Si la calle le ha enseñado algo a esta mujer, es que sólo ésta le puede ofrecer lo que tanto necesita y si son dos niños los que la acompañan, será mejor recompensada.”

Antioquia

### Juan Pablo Pinzón

---

“Él solo se burló diciéndome que las riendas del restaurante las debe llevar un varón y no una india bajada con espejo y que como Marihuana me la pasaría entre nubes.”

Bogotá.



### Julieth Isa Alemán Yépes

---

“Experimentaba esas emociones, confiada en ese mundo donde solo ella conocía sus secretos.”

Bogotá.

### Julio Cesar Escobar Quiroga

---

“Parece que hubiera nacido adulta, no me la imagino de niña”

Antioquia



### Teresa de Jesús Ortega Delgado

---

“Ya que no encontramos rastro de mi hijo, oraremos dejándolo en las manos de Dios y la Virgen para que la ley se encargue de buscar pistas de mi hijo, sea vivo o muerto y que Diocito me dé la vida para recibir aunque sea los huesos de mi hijo.”

Betania, Pasto

### Arantzazu Mardones Vila

---

“Lo que le gustaba a Vica de la lectura, aunque pocos niños de la comunidad lo entendieran, era que aquellas páginas repletas de formas en tinta le contaban historias con las que jamás había soñado antes.”

País Vasco, España.





### María Alejandra Martínez

---

No soy escritora y jamás había escrito un relato y menos un cuento, pero me pareció interesante hacer el ejercicio y reflejar en ello lo que conozco. Escribo sencillo como lo hace una mujer del común que es madre y una joven desvinculada del conflicto, una ciudadana más de este país que a gritos pide un cambio.

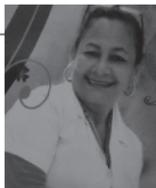
Neiva, Huila.

### María del Carmen Tascón de Urresta

---

Es una recolección de algunas anécdotas sucedidas durante en la labor de una docente de preescolar en el Colegio Ciudad de Pasto de Nariño.

Pasto, Nariño



### Manuela Elisa Vera

---

“Cuando se ha cruzado el umbral de la treintena recuerdas que a los veinte pensabas – a los treinta voy a hacer esto, aquello y lo otro -. Y hoy, que tienes treinta, entiendes que el futuro es ahora, que no hay pretextos para posponer los sueños y los retos.”

Bogotá.

### Martha Cecilia Andrade Acosta

---

Me siento complacida de participar en este espacio que han creado para que nosotras las mujeres a través del arte literario podamos visibilizar nuestros quehaceres, sentires, problemáticas, deseos, progresos, realizaciones, sueños, etc.

Samaniego, Nariño



### Orfelis Jaramillo Garcés

---

Muchas gracias por abrir estos espacios de participación.  
Medellín, Antioquia

### Pablo Emilio Obando

---

Felicitaciones por esta convocatoria que nos permitirá visibilizar a muchas mujeres en nuestro contexto.

Pasto, Nariño





### Nathalie Forero Perdomo

---

“No controlaba su fuerza, no controlaba sus emociones, no se controlaba en todo su cuerpo y en su pensamiento cuando le hablaba; venían los golpes, tiraba las ollas y los platos.”  
Medellín, Antioquia

### Pablo Iván Gálvis Días

---

“Anocheció, y le importó poco que sus estudiantes caminaran hasta cuatro horas para llegar a la escuela, que pasaron el día solo con el sorbo de agua de panela que en la madrugada recibían de sus madres al llegar de recoger la leña; que llegaran descalzos y con chiros de ropa sobre sus esqueléticos cuerpos...perdía la misericordia.”  
San Vicente del Caguán.



### Liliana Paola Dorado Arboleda

---

Espero contribuya a que las cosas sean cada vez mejor.  
Santander de Quilichao, Cauca

### Martha Cecilia Ortíz Quijano

---

“Entonces, la bisabuela Salomé se levantaba bien temprano se ponía su sombrero y sus botas, bajaba de su casa acompañada de su hija menor llamada Clemencia y mi madre, se dirigían hacia el río Telpí a hacer barequeo, cada una con su respetivas bateas de chachajilo o bateitas, como dice mi madre, en las que buscaban piedritas de oro, era una especie de juego según recuerda mi madre.”  
Cali, Valle del Cauca



### Humberto Bonilla

---

“Nos unimos a exigir que nos devuelvan nuestras tierras, a que nos digan dónde están nuestras familias, a que no mientan más ni jueguen con nosotros, nuestras familias, nuestros hijos, tenemos derecho a saber la verdad, a enterrar a nuestros muertos, a no seguir más humillados, a vivir dignamente y en paz como vivíamos antes del ataque de esos hombres armados hasta los dientes.”  
Bogotá.



**Edwin Morales Bello**

---

Colegio rural de la Localidad de Usme.  
Bogotá.

---

**Paula Camila Morales Morales**

Colegio rural de la Localidad de Usme.  
Bogotá.



**Ágelica Bernal Martínez**

---

Colegio rural de la Localidad de Usme.  
Bogotá.

---

**Régulo Ortiz bello**

Colegio rural de la Localidad de Usme.  
Bogotá.



**Edwin Morales Bello, Paula Camila Morales Morales,  
Ángelica Juliana Bernal Martínez y Régulo Ortíz Bello**

---

En el colegio rural Las Mercedes, de la localidad quinta de Bogotá Colombia, los niños de 2° a 5° de primaria han trabajado en una iniciativa de aprendizaje relacionada con las historias y vivencias de las mujeres de la vereda.

Colegio rural de la Localidad de Usme  
Bogotá

## AUTORAS Y AUTORES

Adeline Vargas del Castillo	Juan Pablo Pinzón
Ana Julia Cebay	Julieth Isa Alemán Yépes
Ángela María Molina Castaño	Julio César Escobar Quiroga
Ángela Morales Tobar	Laura María Carvajal Echeverry
Angélica Juliana Bernal Martínez	Liliana Paola Dorado Arboleda
Arantzazu Mardones Vila	Manuela Elisa Vera Guerrero
Aydé Rivera	Maria Alejandra Martinez
Carlos Andres González Peralta	Maria del Carmen Tascon de Urresta
Claudia Liliana Faria Castellanos	Martha Cecilia Andrade Acosta
Diana Carolina Mora Forero	Martha Cecilia Ortiz Quijano
Diana Patricia Ortiz Borja	Nathalie Forero Perdomo
Edwin Morales Bello	Orfelis Jaramillo Garcés
Esperanza Cerón Villaguairan	Pablo Emilio Obando A.
Fabiola Inés Gonzalez Cuartas	Pablo Iván Galvis Díaz
Flor Alba Lopera Zuleta	Paula Camila Morales Morales
Humberto bonilla Melendez	Régulo Ortíz Bello
Irina del Rosario Gómez Guzmán	Sandra Paola Garzón C.
Jairo Montenegro Díaz	Teresa de Jesús Ortega Delgado
Janeth Hernández	Vanessa Hernandez Ossa
Jorge Andrés Jaramillo Muñoz	



cooperación  
española

